

# En las lomas del Polo Norte



P. Segundo Llorente S. J.

**P. Segundo Llorente, S. J.**

## **En las lomas del Polo Norte**

1942

# ÍNDICE

<b>I PARTE.....</b>	<b>9</b>
<b>MI NUEVA MISIÓN.....</b>	<b>9</b>
1. ACERCÁNDONOS AL POLO NORTE.....	10
2. PRELIMINARES HISTÓRICOS.....	21
<b>II PARTE.....</b>	<b>35</b>
<b>EPISODIOS DE LA VIDA DIARIA.....</b>	<b>35</b>
3. LA VIDA EN KOTZEBUE.....	35
4. DIARIO DE UNA SEMANA.....	44
5. UNA TORMENTA SIN IGUAL.....	62
6. A LA LUZ DE MI LINTERNA.....	75
7. ECONOMÍA DOMÉSTICA.....	85
8. NOCHEBUENA DE 1940.....	94
9. PAPELETAS DE MI ARCHIVO.....	104
<b>III PARTE.....</b>	<b>118</b>
<b>TRES MESES DE AUSENCIA.....</b>	<b>118</b>
10.EL OASIS DE PILGRIM SPRINGS.....	119
11.DOS MESES EN NOME.....	128
12.LAS ISLAS DIOMEDES.....	137
13.LOS EXPLORADORES DEL P. HUBBARD.....	145
<b>IV PARTE.....</b>	<b>154</b>
<b>COMUNICACION CON EL MUNDO EXTERIOR.....</b>	<b>154</b>
14.CONTESTANDO A UNA CONSULTA.....	155
15.LEYENDO LA CORRESPONDENCIA.....	165
16.ATANDO CABOS.....	175

## PRÓLOGO CONFIDENCIAL

No fue mi intención prologar de nuevo libros del P. Llorente, entre otras razones porque nunca lo creí necesario, pero por aquello de que “el hombre propone y Dios dispone” tal como lo pensara hube de hacerlo todo del revés.

Unas explicaciones que te debo dar, querido lector, a fin de que algunas cosas no te llamen la atención y comprendas mejor otras, fuérganme a tomar la pluma y a hacer acto de presencia en estas páginas.

Es el caso que el presente volumen, y el que inmediatamente le va a seguir bajo el título de *Aventuras del Círculo Polar*, habían de figurar en uno sólo según la mente del autor,

Eran artículos que, con asiduidad y constancia benemérita había ido redactando el P. Llorente al calor de la estufa "puesta al rojo" de su casita de misionero perdida entre hielos y nieves en aquella ensenada de Kotzebue, más arriba del Estrecho de Bering, a caballo sobre el Círculo Polar.

A través del Atlántico sus cuartillas venían a recalar periódicamente en la redacción de EL SIGLO DE LAS MISIONES, desde cuyas páginas han hecho las delicias de toda clase de lectores. “EL SIGLO DE LAS MISIONES” —decía en carta— es mi revista predilecta y por ella estoy dispuesto a ir hasta el límite del sacrificio".

Cuando ya el material acumulado iba pareciendo suficiente para recibir los honores de imprimirse por separado, el mismo P. Llorente nos dio la voz de alarma: "Una vez publicado el artículo, queda a su cargo hacer de él lo que juzgue conveniente; es decir, si cree que una serie de ellos son materia adecuada para otro mamotreto, manos a la obra. Lo que importa es ayudar a la Revista y esparcir la idea misional por todos los ámbitos del orbe".

Algunos meses más tarde, el correo, vía Colombia, ponía en mis manos las últimas disposiciones y retoques para el futuro libro: "Queda Vd. en libertad absoluta —añadía en nota el autor—, de añadir todos los capítulos que juzgue necesarios hasta formar un

ramito exactamente del mismo tamaño que el primero, *En el país de los eternos hielos*".

Con estas indicaciones era natural quedaran excluidos unos cuantos artículos, sobre cuyo porvenir el tiempo diría lo que había de hacer.

...Y el tiempo habló antes de lo que esperábamos en forma de carta que, por vía aérea, sorbiéndose los vientos de tierras y mares, entrósenos por las puertas un buen día de septiembre de 1941. Decía nuestro corresponsal de Bucaramanga, Colombia:

"23 de agosto de 1945... Ayer tarde recibí por avión una carta del P. Llorente en la que me dice que el 10 del presente mes de agosto recibió un telegrama del Sr. Obispo de Alaska en que le manda preparar el baúl y salir inmediatamente para AKULURAK, como Superior, añadiendo que, al día siguiente, 11 de agosto, arreglará sus cosas para salir si es posible esa misma semana".

Aunque esta noticia en sí pareciera no tener más valor que el informativo, venía, sin embargo, a introducir importantes cambios en nuestro plan editorial. A fines de julio de 1938 había aterrizado el P. Llorente en Kotzebue: "Ya estoy en mi nuevo destino, ¡ojalá sea para siempre!", escribía en una carta dos días después.

Pero tres años más tarde la voz de la obediencia ha venido a poner punto final a su etapa de misionero de Kotzebue, para llevárselo muchos kilómetros al Sur junto a la desembocadura del Yukón, con más responsabilidad y mayores preocupaciones.

Esto nos ha movido a compilar de una forma o de otra todos los artículos escritos por él durante este periodo, buscando en su combinación la mayor unidad. Por lo que, en vez de un volumen, van a salir dos, con la ventaja de que no se nos queda rezagado si no algún que otro artículo que, por haber sido después tratado más despacio, hubo de ser descartado definitivamente.

No van los artículos en el orden en que fueron escritos, ni se escribieron desde el principio con el fin de formar un todo ordenado y armónico. Además la monotonía e igualdad de unos días con otros, y de un año con el anterior o el siguiente, no hubieran dado

tema suficiente para hilvanar en torno episodios novelescos, que exigirían también mayor espacio de tiempo para desarrollarse

Sin embargo la clasificación de los capítulos en dos grupos separados estaba hecha con sólo atender al protagonista de cada uno de ellos. Así, este primer libro vienen a formarlo todos aquellos artículos en que el sujeto de la acción es el mismo P. Llorente. En ellos nos cuenta sus actividades como misionero en aquel rincón del Polo Norte, la vida de fervor o de degradación de sus eskimales, las pavorosas tormentas del Círculo Polar, sus tres meses de ausencia, etc.

Bajando luego a particularidades se entretiene en referirnos cómo se las arregla en los mil detalles menudos de la vida diaria, para meterse por fin con la correspondencia, que le llega del mundo exterior y terminar "atando cabos" que habían ido quedando sueltos en artículos precedentes.

La circunstancia de haber sido escritos la mayor parte de ellos durante la gloriosa gesta de nuestro Movimiento Nacional se refleja con frecuencia en sus páginas. En ellas se siente latir el corazón patriota de un misionero español que, alejado miles de kilómetros de su madre patria, no puede olvidar que, mientras el eterno silencio nevado le envuelve en aquellas latitudes árticas, una guerra cruel, provocada por gentes sin Dios y sin patria, se ceba en las tierras y en los hijos de España.

¡Con qué emoción más intensa, recibe, en medio de deshecha borrasca polar, la fausta noticia, del triunfo definitivo de los ejércitos de Franco! "¡Habíamos triunfado! —exclama—. Aunque yo no había vestido el uniforme, hablaba en plural y afirmaba que habíamos triunfado... ¡Y ni un alma a quien comunicar el histórico acontecimiento!..."

En el mismo capítulo de donde son estas frases, hace un ligero resumen de sus esfuerzos por neutralizar la descarada propaganda roja, que, con los escasos medios, de que disponía, se esforzaba por deshacer y contrarrestar.

En fin, ya que puse al Prólogo el sobrenombre de "Confidencial" me voy a permitir descubrir a los lectores lo que el P. Llorente piensa de sus artículos, entresacándolo de su correspondencia.

"Mi prosa es prosa amena, prosa callejera. Escribo para la calle, por parecerme lo mejor hoy día. Ya pasaron de moda floreos retóricos, que premiaban Academias provinciales o municipales. Lo que hay que decir se dice en castellano plano... y se acabó. Pudiera ser que a Vd. no le llene el manuscrito, en ese caso, empaquéte de nuevo y échelo al fuego. Lo escribí para recreo mío; para matar el ocio de aquellas noches eternas; para solazarme recordando cosas pasadas..."

"Tengo verdaderos deseos de volver a leer (elegantemente impresas) las cuartillas que tecleé en Akulurak, mientras bramaba la tormenta y rugía el vendaval. Casi no puedo creer que tales cuartillas vean la luz del día en forma de libro. Las escribí sin borrador. Tal vez una sencillez espontánea sobrepuje a una superficialidad pulida y acicalada. Yo no sé pulir, ni lo quiero aprender..."

"Todavía conservo en los huesos cierto temorcillo de que el artículo no va a ser digno de la revista. Ese temor me acomete al final de todos y cada uno de los artículos. Le hablo con franqueza. Como luego recibo cartas gratulatorias, todo ello me parece un tinglado y jeroglífico insolubles. La prosa de otros artículos me parece pulida y acicalada; la de los míos se me antoja tan horrible, que los leo sumamente de prisa, medio aturdido, confuso y hecho una miseria. ¡Cosas de la vida!..."

"Algunos artículos me agradan, otros me desagradan; otros son neutrales en esta guerra de agrados y desagradados..."

Hablando de una obra recién publicada en España, y que acababa de leer, pone unas acotaciones a su estilo: "es un estilo, dice, nuevo para mí. Estilo ultramodernísimo, formado por disparos, flechazos, fogonazos, frases descoyuntadas y cláusulas lanzadas como por catapulta, que el lector tiene que aguantar y recoger. No hay párrafos. La fuga de los verbos es casi total. Acaso prive ese estilo. Acaso sea el mejor. A mí se me atraviesa. Prefiero a Menéndez Pelayo y a Cervantes, con aquellos párrafos aristocráticos de catorce renglones que son carrozas regias en que cabalgan ideas próceres. Nada de fogonazos; más bien luz perpetua de sol que da vida..."

Y, por fin, este último párrafo en que deja al descubierto la razón íntima de sus escritos, a saber, el que puedan hacer algún bien a las almas:

"Me están llegando de diversos puntos cartas y más cartas animándome a seguir enviando artículos... porque les gusta mucho leer cosas de Alaska. Lo hago con gusto, pues he llegado a sospechar que es una forma más de apostolado, despertando tal vez vocaciones, que algún día den mucha gloria a Dios. Y de eso se trata: de dar mucha gloria a Dios según nuestro lema A. M. D. G."

Y esto es cuanto se me ha ocurrido decir al lector respecto del libro que tiene en las manos. Los escribió su autor con miras apostólicas, para que fueran sus capítulos dando gloria a Dios por esos mundos. ¡Que vayan, pues, norabuena y que el mismo Señor se digne hacerlos germinar en frutos de bendición!



**I PARTE**  
**MI NUEVA MISIÓN**

## ACERCÁNDONOS AL POLO NORTE

Regreso a Alaska. — De Akulurak a Kotzebue. — Volando sobre el Circulo Polar. — Mi nueva casa — Las minas de oro y los cuákeros. — La Misión católica. — Mis dos consuelos.

Al cabo de dos años de permanencia con los eskimales de las riberas del Yukón, fui llamado a los EE. UU. con el fin de hacer allí la Tercera Probación, algo así como los últimos retoques que la Compañía de Jesús da a sus noveles sacerdotes antes de echarlos definitivamente a volar por esos mundos. Fue un año de paz espiritual adquirida en el silencio de la Casa de Retiro; paz que se vio alterada con frecuencia por el ruido ensordecedor del rodar interminable de trenes, autos, tranvías y otros vehículos que hacen en los LE. UU. la vida poco menos que insoportable.

Después de una visita a dos Comunidades de Religiosas mejicanas en California, terminada felizmente la Tercera Probación, me embarqué de nuevo con rumbo a mi querida Alaska.

Esta vez el viaje no me impresionó tanto como cuando lo hice por primera vez. Casi me atrevería a decir que ni siquiera me impresionó. Costas abruptas salpicadas de cumbres coronadas de nieve, pasaban por la retina de mis ojos sin dejar la más mínima impresión. Villorrios de pescadores, aldeas del interior, Anchorage, minas de oro, Fairbanks, el Yukon... nada me impresionó. Cerrado en el camarote, pude dormir unas siestas más largas que un día de lluvia en una caseta mal retejada.

\* \* \*

Al llegar a Nulato me echaron el alto y tuve que bajar del vaporoso fluvial que marchaba agua abajo camino del Estrecho de Bering. El P. Superior de la Misión me estaba esperando en Nulato para decirme que había decidido cambiarme el destino de Akulurak. Yo debía descansar otro poco con otras siestas más largas aún que las pasadas, y luego debía esperar al primer aeroplano que volara en dirección norteña. Allá, encima del Círculo Polar, casi a un tiro de piedra del Polo Norte, está una aldea que llaman Kotzebue. Tiene una casita muy maja y una iglesia también muy maja, pero no tiene misionero. Y yo iba a ser el misionero de Kotzebue.

Con las maletas aun en la mano, envié mentalmente y en una fracción de segundo mi adiós de despedida a mi inolvidable Akulurak. Aquel sitio lo apellidé "el suspiro del moro", pues no creo que el asendereado Boabdil sintiera despedirse de Granada más que sentí yo despedirme de Akulurak.

Me esperaban en Akulurak diez cachorros formidables que yo había medio domado, y que quedaron llorando cuando yo marché.

Me esperaban 60 huerfanitas y 40 huerfanitos, que deseaban danzar al compás de un acordeón nuevo que llevaba en el baúl.

Me esperaban 5 Madres Ursulinas, que ya se estaban preparando para hacer los Ejercicios, donde esperaban oír maravillas acerca de Santa Teresa, San Ignacio, San Juan de la Cruz y otros Santos españoles de nombradía.

Me esperaban los aldeanos de los contornos, que ansiaban volver a escuchar mi eskimal desastroso, con el que les imitaba sus sonidos infrahumanos. Me esperaban los ajedrecistas de la Misión, confiados en que al cabo de un año de no jugar me podrían dar a mansalva las palizas más soberanas.

Y yo esperaba con ansia ver de nuevo todo esto... y no me fue dado. Akulurak es un oasis, y yo debía emprender rumbos nuevos por desiertos desconocidos,

Descansé tres días en Nulato. Allí me enteré de que tres aldeas del Yukon habían sido abandonadas por imposibles, como Babilonia, que no quiso ser sanada. Desde que se abrogó la ley seca, el aguardiente está arruinando estas comarcas. En los almacenes se venden litros de licor sin descanso.

Como el organismo de los eskimales es mucho más débil que el nuestro, bastan dos copas para derribar por tierra al eskimal más forzado. Total: que la borrachera está diezmando la población. El eskimal ya no compra calcetines, ni harina, ni café. Compra aguardiente y se emborracha, y emborracha a la mujer y a los hijos.

En el cementerio de Nulato había docenas de cruces que marcaban el yacimiento de niños inferiores a dos años. La sangre de los padres está alcoholizada. Al niño no le queda más salida que morir de anemia.

Todos los esfuerzos para poner fin a la borrachera resultan inútiles. La única solución era ahorcar al almacenista blanco que vende aguardiente a los indígenas. Pero eso no se puede hacer, por dos razones: lo prohíbe el quinto mandamiento, y aunque no lo prohibiera, los EE. UU. creen aún en la democracia.

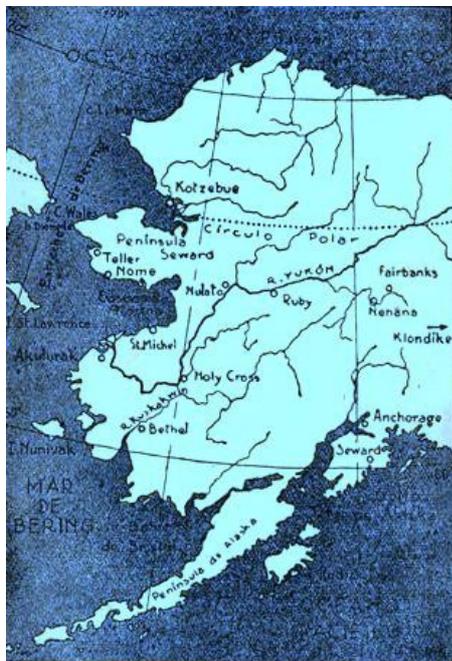
\*\*\*

Por fin llegó el aeroplano. Era un aeroplano pequeño, rojo, rojo, como si acabara de ser teñido en sangre. El aviador era ateo, pero me dijo que me llevaba de balde porque su mujer, judía, le había amenazado con el divorcio el día que cobrara un céntimo a un misionero católico.

Kotzebue estaba fuera de su ruta; pero sentía una satisfacción inmensa de poder rodear 100 kilómetros y dejarme sano y salvo en Kotzebue. Y así fue. Me senté en el pescante, y nos remontamos por los aires a 3.000 metros de altura. Debajo se veían pasar colinas, valles, llanuras, lagos, ríos que zigzagueaban en todas direcciones, hasta que al cabo de dos horas nos vimos sobre la bahía de Kotzebue. En los mapas que llevábamos pude ver el sitio exacto por donde pasa esa línea imaginaria que llamamos Círculo Polar. "Adiós" —le dije al Círculo; y continuamos en nuestro vuelo. 50 kilómetros encima del Círculo pude ver extendida a lo largo de la costa, la famosa aldea de Kotzebue, la más famosa de todas estas aldeas, aunque en España sea perfectamente desconocida.

Al volar en círculos concéntricos sobre la aldea, se veían grupos de personas que corrían al aeródromo.

Al aterrizar me vi enfrente de caras eskimales nuevas para mí. Les saludé con el eskimal del Yukon, pero no me respondieron. Aquí hablan un dialecto para mí ininteligible. ¡Vaya por Dios; hay que arremeter con otra lengua!



**Pasado el Estrecho de Bering, sobre el Círculo Polar Ártico, se encuentra Kotzebue, avanzada misionera de la Iglesia camino del Polo.**

Eran las once de la noche cuando llegamos, pero se veía perfectamente, pues aquí no se pone el sol en el verano, es decir, en el mes de junio. En julio se puede rezar el Breviario a media noche paseando fuera de casa. En el invierno se vuelven las tornas, y no hay luz solar fuera de unas horas hacia el mediodía.

\* \* \*

Entré en casa, y torné posesión de ella; y lo mismo hice con la iglesia. No dormí, aunque me acosté unas horas, y después de Misa me puse a ordenar la vivienda. Se entenderá fácilmente el estado lamentable en que la encontré, si digo que tardé cincuenta y siete días justos en ordenarla, y en hacer ella una morada decente. Fue menester algún trabajo de carpintería. Yo en mi vida había cogido un martillo; pero la necesidad es la madre de la invención. Con serrotes, tenazas, martillos, clavos y madera mejor o peor —vestido de mono como un marxista de Madrid—, hice unos urinarios, y unas alhacenas, y unos bancos que, después de pintados, parecían recién comprados en alguna almoneda.

Lo importante fue que di feliz remate a toda la obra con un solo martillazo en el pulgar izquierdo. Y aun ese martillazo no fue cosa mayor. Me acordé de lo de "ciento en el clavo y uno en la herradura".

En un cobertizo trasero, repleto de trastos inútiles, me encontré con las alas del famoso aeroplano "Marquette", el que se estrelló en octubre de 1930 con la muerte de dos misioneros y el piloto. Se estrelló a 300 pasos de aquí, ante la aldea toda que se había congregado para verlos elevarse.

Lo peor del caso es que el accidente ocurrió sin necesidad de que ocurriera. El P. Walsh nunca había volado. El P. Superior le invitó a dar un vuelecito de 10 minutos y... ¡cataplum! Me cuentan que a los infelices no les quedó un hueso sano, los ojos fuera de las órbitas, etc., etc.

Al día siguiente se heló la bahía, cayó una nevada regular, y todo siguió como si no hubiera ocurrido nada. Las alas del artefacto están aquí en mi cobertizo. Cada vez que las miro me llenan de escalofríos; creo que las voy a quemar.

Desde el accidente del aeroplano hasta mi llegada pasaron por aquí nada menos que 8 misioneros, uno tras otro, y ninguno echó raíces. El señor Obispo —sin duda para halagar mi vanidad— me aseguró que ésta es la Misión más dura de Alaska. No por el frío —en Alaska el frío se da por supuesto—, ni por la lejanía, pues el aeroplano ha puesto fin a las distancias, sino por la gente. La gente es la que ha puesto en fuga a los Misioneros.

\* \* \*

En 1898 se descubrieron por aquí varias minas de oro. Miles de blancos se esparcieron por estas latitudes en busca del precioso metal. Se abrieron almacenes y se armaron buques especiales que transportaban mercancías a estas playas del fin del mundo. Hoy el oro ha desaparecido casi por completo; pero aun quedan yacimientos acá y allá donde viven hombres barbudos embrutecidos por el trabajo y la vida semisalvaje.

Algunos cuákeros, restos desligados de algo que fue protestante, vieron que aquí no había iglesias de ningún género. Se

sintieron apóstoles y abrieron una Misión en cada una de estas aldeas. El código que predicaban no tenía más que tres artículos:

- 1.º Pagar diezmos a la Iglesia de Dios.
- 2.º No jugar, no beber, no bailar, no ir al cine, no reírse,
- 3.º Los cuákeros, y sólo ellos, se salvan. Los demás se condenan.

Cuando en 1929 abrieron aquí los Jesuitas una Misión, se añadió un cuarto artículo al código de marras: "Los católicos son demonios disfrazados de hombres".

Y estos pobres eskimales han venido pagando diezmos a estos aventureros del dólar por espacio de 40 años. Si cazan 10 zorras, una es para el cuákeros predicador. Si cazan una y la venden por veinte dólares, dos son para el misionero, etc., etc. Cuando un misionero se hace rico, deja el puesto a otro, y éste a otro, etc. Lutero no soñó que sus premisas llevaban forzosamente a estas conclusiones.

Como los cuákeros son el pueblo escogido, no necesitan bautismo. Nacen como ángeles y no necesitan ser lavados. Todos los eskimales de estas comarcas, hasta 1929, murieron sin el bautismo.

Para suplir la falta de altares, velas, incienso y Sacramentos, se da poder a todos y a cada uno de los eskimales para predicar la Palabra de Dios en el templo. Y así es que en las reuniones religiosas se levantan a exponer a los demás el medio más rápido de asegurarse la salvación.

Pero como el corazón humano necesita algún consuelo, algo de regocijo, diversiones y demás; y como el código cuákeros prohíbe todo esto, muchos eskimales mandaron el código a paseo y se fueron al otro extremo, llenando las aldeas de borrachos y de hijos ilegítimos.

\* \* \*

En 1929 se abrió esta casa. A los dos años había en el registro 123 bautismos, contando niños. Todas las almas sinceras vieron la diferencia, y se nos vinieron con los brazos abiertos. Pero

a los demás les halagaba demasiado la idea de que eran el pueblo escogido, el arca de Noé, fuera de la cual se ahoga todo el mundo. Por eso se quedaron.

Además, en nuestra iglesia no les estaba permitido levantarse los domingos durante la misa y exponer algún pasaje del Deuteronomio a los circunstantes. Por eso se quedaron. Claro que los diezmos son en sí cosa peliaguda; pero prefieren seguirlos dando. Cuando el demonio echa la zarpa, agarra que se las pela.

Hoy Kotzebue es esto: una aldea de 330 habitantes; 40 blancos ateos, 80 católicos y el resto nada.

Todas las tardes vienen dos indias a enseñarme la lengua de la región. Cuando nos cansamos de pronunciar sonidos duros y de escribir palabras larguísimas, me cuentan con detalles cien episodios de la vida de estas gentes.

Cuando se estrelló el aeroplano, los cuákeros aplaudieron y dieron gracias a Dios, que les había escuchado sus peticiones. Las peticiones eran que Dios barriera de la faz de la tierra —o por lo menos de la faz de Kotzebue— a todos los demonios católicos.

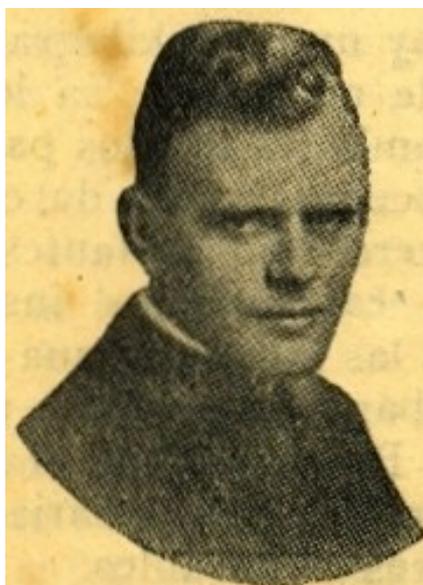


Al sacar de entre las ruinas del aeroplano los cadáveres, los católicos estaban pálidos de asombro; los cuákeros se daban con el codo y se reían a carcajadas. En especial se reía una mujer muy gorda que vive detrás del almacén indígena, casada con un inglés que no sabe leer.

También a los principios los cuákeros nunca pasaban por delante de la iglesia católica; y cuando se veían forzados a hacerlo, lo hacían con la cara vuelta al lado opuesto. De vez en cuando creían dar gloria a Dios rompiendo un par de cristales al misionero católico para que entrase la nieve y el misionero se fastidiara y se marchase.

En la iglesia cuáquera se discutió todo un año cómo arreglárselas para que ningún eskimal se hiciera católico. Las calumnias adquirieron tal magnitud, que el P. Walsh —de 29 años de edad— visitó al misionero cuáquero, le agarró por las solapas y le retó a salir a la calle y resolver el problema a mojicones. El cuáquero, lleno de hijos, se amedrentó y amainó.

Al P. Walsh le veían algunas veces llorar en silencio. Tuvo que levantar la casa él solo; dormía en un cobertizo sacudido por la borrasca, y comía tocino de ballena, que a los blancos nos apesta. Tengo para mí que la muerte repentina en el aeroplano le llegó para verdadero alivio de penas.



El P. William F. Walsh, misionero en Kotzebue, el 12 de Octubre de 1930, a los 30 años de edad.

Hoy aquí yo estoy como un príncipe. Junto a la puerta tengo un bastón, con el que he amenazado romper el cráneo al primero que me rompa un cristal. Ningún cristal ha sufrido desperfecto alguno. Por las tardes doy un paseo por la playa con el bastón, y los cuáqueros, cobardes, meten la barbilla en el pecho, temerosos de que se me ocurra empezar a bastonazos.

El resultado ha sido muy famoso: veinte pasos antes de llegar a ellos sacan una sonrisa forzada y me saludan. Yo les enseño la dentadura recién acepillada, que lo mismo puede ser sonrisa infantil que amenaza de mastín. Son como niños, con una mentalidad primitiva, y hay que tratarlos como a tales. La casa está ahora

limpia que da gusto. Techos, ventanas, paredes, puertas, todo está pintado. No había dormitorio. En la cocina había un camastro tirado en un rincón, y allí dormían. Ahora el camastro es una cama decentita repleta de mantas, oculta entre tabiques de cartón pintado a la moderna.

En los plúteos hay nada menos que 950 libros. Están todos muy bien ordenados, los plúteos pintados de azul, y debajo de los libros hay hileras de revistas antiguas y modernas que nos trae el correo dos veces al mes. El número de folletitos píos y devocionarios es inferior únicamente al de las arenas de los mares. Hay unos 50 kilogramos de estampas y otros tantos de medallas. En los desvanes hay trompetas, dos tambores con los palillos respectivos, máscaras por docenas, y así de otras superfluidades. Cada misionero dejó bastantes huellas.

Tengo varios catecúmenos instruyéndose. Los domingos cantan las mozuelas una Misa que da gloria oírla. En los bancos se sientan unas 60 personas. Por la tarde hay Bendición con el Santísimo, y cantan el *Tantum ergo* como lo harían tiples de coro. Tienen unas voces admirables.

\* \* \*

Dos cosas me consuelan aquí sobremanera. La primera es que Kotzebue es la estación católica más norteña de Alaska. Sin embargo de estar tan remota, hay aquí una iglesia con su lámpara y su sagrario. Se esponja el alma al cantar en la Misa, con los brazos extendidos, el *Adveniat Regnum tuum*, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad, etc.

Luego, por la noche, da gusto orar ante el altar a solas, a dos pasos del sagrario. Allí es donde se forjan nuevas tácticas de ataque para derrotar a Satanás. Las tácticas son muy sencillas: se pide a Jesucristo que él los traiga. Y él se encarga de traerlos. El misionero es el martillo, y con él da Jesús los martillazos.

Debo confesar aquí que lo de romper cráneos a bastonazos no me fue inspirado ante el altar, sino ante las ventanas que tienen unos cristales muy majos. Pongamos las cosas en su punto.

La segunda cosa que también me consuela mucho es el silencio del lugar. Cuando me acuesto tengo la seguridad completa de que ningún ruido me va a perturbar el sueño.

No ha habido en esto más que una excepción. Una noche me despertaron unos golpes terribles a la puerta. Creí que se trataba de la Extremaunción; pero no, se trataba de una india que venía miedosísima porque su hermano estaba borracho y quería suicidarse. Tal vez si yo elevara al cielo algunas oraciones cesaría la borrasca. Prometí elevarlas, y reanudé el sueño interrumpido.

Claro es que en semejantes casos dan ganas de enfadarse; pero con los eskimales no conviene enfadarse. Y fuera de aquella noche, siempre he podido dormir de un tirón, sin obstáculo de ningún género.

En mis viajes por los Estados Unidos, el ruido crudelísimo hizo riza en mis nervios, y llegué a cobrar al tráfico verdadero pánico. No es como en España. Los yankis tienen matriculados 32.000.000 de automóviles. He visto carreteras con doble fila de autos que se atropellan o poco menos por espacio de 20 ó 30 kilómetros cerca de las ciudades. Las calles son un infierno día y noche.

Dentro de las casas tampoco hay silencio: el teléfono y la radio se encargan de romperlo. La pobre alma revolotea como pajarillo entre aves de rapiña, o buscando en vano una salida que no aparece.

Cuando aterricé en Kotzebue me pareció soñar. Silencio, paz, sosiego, tranquilidad, bienandanza. Estoy solo, pero prefiero estarlo. Así puedo leer, estudiar la lengua, guisar, visitar a los cristianos, escribir cartas siempre y cuando me parezca oportuno. Este privilegio se me antoja tan inmenso, que a veces creo ser un niño mimado. Pocas personas en el mundo gozan de semejante privilegio. Después de comer toco el acordeón para digerir con toda paz las chuleta de reno o las rajas de salmón. El resultado ha sido que, con el dormir tranquilo y el digerir aún más tranquilamente, me voy poniendo gordo aquí junto al Polo Norte, donde uno creería que la vida es imposible.

Entre tanto, los pobres misioneros chinos viven entre dos fuegos, y los sacerdotes españoles de la zona roja son cazados como conejos. Hoy día el lugar más seguro es el Polo Norte; y mientras más cerca del Polo, mejor.



El P. Francisco Menager, S. J.,  
misionero de Kotzebue  
durante cinco años.

## II

### PRELIMINARES HISTÓRICOS

Las lanchas balleneras. — Excesos y abusos. — Los naloagmi. — Los ministros protestantes. — El sermón del Juicio Final. — Sacrificios y dificultades. — El ministro de Kotzebue. — Los soldados de Washington. — Tristes resultados. — Los mestizos. — Cárceles y policías. — Vida católica. — Ejemplos de fervor.

Al estudiar el estado religioso y social de los eskimales, que viven desparramados por las costas del mar glacial desde la desembocadura del Yukón hasta la del río Mackenzie en el norte del Canadá, nos encontramos con que la mayor catástrofe que visitó a estos indígenas fue el haberse puesto en contacto con las expediciones balleneras antes que con ninguna otra clase de hombres blancos.

Los blancos de aquellas expediciones fueron para ellos seres misteriosos, como los soldados de Cortés para los indios mejicanos. La diferencia, sin embargo, está en que Cortés rezaba las Horas de Nuestra Señora en un librito que llevaba siempre en el bolsillo, mientras que los capitanes de los barcos balleneros eran individuos desalmados, más voraces que vampiros y de conciencias anchas como los mares que navegaban.

La vida en las lanchas balleneras no era vida de recreo. La dureza y privaciones de aquella vida se hicieron tan proverbiales en las costas del Pacífico, que se hizo punto menos que imposible reclutar expedicionarios, a pesar de los salarios ultra-pingües que se ofrecían.

Entonces se acudió a un proceso de reclutamiento tan bárbaro que difícilmente habrá sido superado desde los días de Nabucodonosor y Ciro.

Cuando el barco estaba ya listo en la bahía de San Francisco de California y no quedaba más que la dotación de mozos vigorosos, los oficiales visitaban las tabernas de la ciudad y emborrachaban a veinte, treinta, cincuenta o cuantos se necesitasen para el proyectado viaje.

A estos mozos vagabundos, con bigotes ensortijados, que escupían por el colmillo y vivían de atracos y borracheras, una vez embriagados hasta perder el conocimiento, los metían en coches y de los coches los descargaban en la cubierta del barco como si fueran fardos de sal.

Cuando al cabo de veinticuatro horas volvían en sí y comenzaban a restregarse los ojos y a rebullir, se veían en alta mar arrullados por las olas cargadas de salitre, y allí, de pie junto a ellos, había un oficial con un látigo, que los iba distribuyendo metódicamente y con frases cortas por los diversos empleos manuales de a bordo. Si querían, podían escapar, pero ninguno lo intentaba. Nadar 100 kilómetros no es cosa tan baladí como pudiera parecer.

\*\*\*

Esa lancha ballenera, que estamos estudiando, no va sola. Con ella y con dotaciones similares navega toda una flota de balleneras, que se desperdigan a velas desplegadas por el mar glacial, infestado de bloques de hielo en pleno verano.

En sus idas y venidas, las balleneras anclaban en las aldeas eskimales de la costa y traficaban con los indígenas. Aquellos marineros forzados, que hablan pasado medio año en alta mar trabajando como burros de carga, al echar pie a tierra y ponerse en contacto con las aldeanas del país, se daban a toda clase de excesos sin parar mentes en escrúpulos de moral ni estética, como sátiros de paganismo legendario.

Las indígenas no estaban acostumbradas a semejante tratamiento. Pronto corrió la voz entre los habitantes de que aquellas flotas balleneras eran verdaderas plagas de langosta, y se

aprestaron a la defensa; pero los marineros no eran gente que se intimidaba, y lo único que tuvieron que hacer para conseguir su intento fue cambiar de táctica.

Bajaban a tierra con botellas de aguardiente que daban a los indígenas sin distinción. Como aquellos estómagos aborígenes no estaban acostumbrados al licor, beber un trago y rodar por el suelo como picados por víboras, era todo uno.

Cuentan que al emborracharse adoptaban estado y ademanes de locos desatados. A unos les daba por matar y a otros por matarse, siendo rarísimos los casos de borrachos a quienes les daba por cantar o decir necedades sin más extralimitaciones.

Como el tigre que, según dicen, una vez que gusta carne y sangre humanas ya no quiere otro manjar, así nuestros inocentes eskimales una vez que gustaron los efectos peregrinos del aguardiente, ya no podían vivir sin él. Los marineros lo conocieron y procuraron sacar ventaja; en vez de llevar a tierra el aguardiente, llevaban las mujeres a las lanchas donde tenían verdaderas orgías y las comilonas más desenfrenadas.

Dando un paso más, enseñaron a los indígenas a fabricar bebidas alcohólicas con harina, cebada y melazas; bebidas fortísimas y cuasi venenosa que sembraron la miseria por toda la región.

\*\*\*

Entre las focas del país hay una de piel blanca que los eskimales llaman *naloag*. Al ver las caras rubias de los marineros, los indígenas las compararon la piel de esas focas y llamaron a los blancos *naloagmi*, o sea, el que vive dentro de una piel blanca, nombre con que me han saludado a mí por activa y por pasiva.

Por eso, en estas regiones inmensas que se extienden al norte del Círculo Polar y se empalman con los hielos eternos que las unen al Polo Norte, la palabra *naloagmi* es sinónima de gente blanca joven y sin conciencia, amiga de guitarras y borracheras, sin escrúpulos, sin religión, sin respeto a nada que tenga visos de sagrado.

\* \* \*

Tras las balleneras vinieron las expediciones de ministros protestantes; gente sin preparación ninguna para predicar el evangelio genuino de Jesucristo; ministros sin ordenar, casados y con hijos, que cayeron aquí como bandadas de buitres tragadores, con ojos de lince para explotar y con almas farisaicas mucho más ladinas que las de Caifás y compañía.

Lo primero que hicieron fue distribuirse las aldeas para evitar la competencia y poder sacar el jugo a los indígenas sin contradicción. En sus iglesias sectarias se hizo dogma de fe el siguiente triple estado de las almas redimidas:

Los que daban al ministro el diez por ciento de cuanto ganaban, cazaban, pescaban o en manera alguna adquirían, esos iban al cielo *ciertísimamente*. Los que defraudaban algo del diez por ciento, iban al cielo *ciertamente*. Los que defraudaban una ración considerable, iban al cielo *dudosamente*. Quedaba, por fin, un cuarto estado que no merecía el nombre de estado, y era el de aquellos que no daban nada. Esos se condenaban *irremisiblemente*.

Por desgracia aun está en vigor este dogma que tuvo su origen en aquella escuela del Templo de Jerusalén, regentada por aquellos escribas y fariseos a quienes Jesucristo llamó serpientes e hijos de víboras.

La norma, pues, por la que se computa en estas sectas el grado de gloria en el cielo, es la bolsa mayor o menor que entregan al ministro del Crucificado. Tres veces al año tienen lo que llaman "conferencias" y obligan a venir de las aldeas limítrofes a todas las personas alistadas en la secta.

\* \* \*

Aquí, en Kotzebue, tienen la Caja Central con un salón repleto de bancos que llaman "la iglesia", sin cruz, sin altar, sin imágenes, sin cuadros, sin nada que pudiera recordarles escenas relacionadas con la vida venidera.

Bien apretados en esos bancos, escuchan un sermón en el que se les dice que todas las profecías acaban de cumplirse, y que el Juicio final es cosa de unos meses.

Hace varios años predijeron el Juicio final el 14 de marzo al atardecer. Luego el 7 de agosto a medio día, y finalmente el 3 de noviembre al amanecer. Los pobres eskimales esperaban en estado agónico el cataclismo y se quedaban estupefactos al ver que el día anunciado nacía y moría como los demás.

Para evitar que los más discretos sacasen conclusiones desastrosas para la secta, el ministro vociferaba que todavía no estaban preparados para el Juicio y que Dios, en su infinita misericordia, había prorrogado la disolución general.

Ahora Dios se va cansando ya de prorrogas y parece que nos va a matar a todos cualquier día. Los eskimales, en consecuencia, tienen a Dios verdadero pánico, como si se tratara de un tirano sin entrañas que proyectara caer sobre ellos por sorpresa y degollarlos a todos sin compasión.

Durante la semana que duran esas conferencias el salón sectario se convierte en una. Babel que sólo puede tener lugar en un país democrático. Todos gritan, todos lloran, todos tienen visiones, todos tiemblan y ninguno se entiende. Jesucristo va a venir.

Cuando se calman un poco, los más santos se adelantan y confiesan en voz alta sus pecados. Adulterios recientes, mencionando los nombres de los cómplices, robos, fornicaciones, malos pensamientos, malas palabras y peores obras, todo sale a la plaza en medio de un silencio que interrumpen sollozos mal cohibidos.

Cuando los más santos han terminado sus confesiones, se invita a los no tan perfectos. Si vacilan un poco, se les riñe a voces y salen al escenario a confesarse. Finalmente los imperfectos, que no quieren en modo alguno confesar sus maldades, son arrastrados y obligados a limpiar su alma confesándose delante de todos. Al día siguiente se repite la operación, *"para lo mismo repetir mañana"*.

\* \* \*

La iglesia se abre a las ocho de la mañana. A las doce salen y a las dos se vuelve a tocar la campana, que los reúne en el salón hasta las cuatro de la madrugada siguiente.

No lo creería yo, si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Recuerdo que algunos días llovía copiosamente y desde la ventana los veía yo vete cargados de chiquillos mojados, chapoteando lodo, alegres y risueños porque así se preparaban bien para la pronta venida de Jesucristo. Si obligase yo a mis católicos a una cuarta parte de mortificación y vencimiento, estoy seguro que me fallarían en masa.

El caso es más misterioso de lo que a primera vista parece. Durante la semana de conferencias no cazan, ni pescan, ni trabajan, ni apenas comen, Nada les importa nada. Lo único que los fanatiza entonces es la perspectiva de Jesucristo viniendo por las nubes a exigir cuentas atrasadas.

Las doctrinas falsas, las sectas heréticas, el culto velado a Satanás, las religiones e iglesias puritanas exigen con frecuencia a sus adeptos sacrificios muy subidos.

La Iglesia católica, en comparación, es una Madre cariñosísima que mira por sus hijos con amor verdaderamente maternal. Cuando sientan sus caricias los infieles, se convertirán indudablemente. Más fácil es confesarse con un sacerdote católico que tener que hacerlo en público y con la obligación de nombrar los cómplices; caso en cierto modo anti-social y que se debía prohibir por una ley en toda regla.

En la aldea de Noatak, al norte de Kotzebue, se separó un matrimonio porque ella se confesó de haber sido infiel al marido, sin habérselo dicho antes a él. No perdamos de vista que estamos tratando de salvajes. Si se dicen mutuamente sus infidelidades, no pasa nada; pero si él o ella oye esas infidelidades a un tercero, entonces se rompen las relaciones. La disciplina católica funciona pacíficamente aun entre los salvajes a quienes mejora incluso socialmente.

Cuando San Francisco Javier se internó en la India y en el Japón encontró, sí, el obstáculo natural de los bonzos y boncerías y de los brahmanes, diestros en el sánscrito y depositarios de civilizaciones multiseculares; pero pudo enfrentarse con ellos libremente y predicarles a Jesucristo tal cual es, o sea, tal cual

aparece en los Evangelios y en las Epístolas de san Pablo. La semilla caía en terreno virgen.

Si le hubieran precedido grupos de ministros luteranos que llevaban la Biblia debajo del brazo y predicaban a Jesucristo tal cual ellos se lo imaginaban, entonces la labor del santo navarro hubiera sido doblemente penosa y cuesta arriba.

Primero había que demostrar que Lutero, Calvino y demás caterva de soberbios no daban en el blanco; y, si lograba hacerse escuchar y vencía en la refriega, tenía luego que empezar por el A B C y vigilar las maniobras del ministro vecino, casado y con levita.

Aquí, en Alaska, las estaciones o puestos misioneros católicos se redujeron al Yukón, a los mineros vagabundos y a las costas del sur de Nome. La primera invasión del territorio enemigo no se efectuó hasta el año 1929 —ayer, como quien dice— cuando el malogrado P. Delón reunió 15.000 dólares y levantó la casa e iglesia de Kotzebue, aquí en el corazón mismo de la esfera de acción de los cuákeros o ministros sectarios.

El ministro que residía en Kotzebue el año 1929 había sido tabernero. Se casó con una beata cuáquera, fanática, y los dos decidieron hacerse misioneros.

El buen tabernero asomaba la oreja con demasiada frecuencia. En una riña que tuvo con una enfermera del hospital territorial, la llamó un nombre tan obscuro que ella ni quiso ni pudo aguantar. Le citó a los tribunales con testigos y el misionero postizo tuvo que pagar la multa nada irrisoria de mil dólares.

En otros encontronazos con gente decente se desató más de lo debido, por lo cual fue despedido de la secta cuáquera. Al día siguiente se independizó y empezó una secta suya. Yo mismo pude ver en un barrio de Nome la campanilla que colgó a la puerta de una casa arrendada que convirtió en capilla.

\*\*\*

Detrás de los ministros sectarios vinieron compañías enteras de soldados que el gobierno de Wáshington colocó en lugares estratégicos desde Nome hasta Tanana; desde San Miguel hasta

Skagway. Más tarde se vio que era un gasto inútil y las compañías fueron repatriadas.

Pero dejaron en Alaska huellas que tardarán mucho en borrarse. Varias veces al preguntar por el padre de algún mestizo se me ha respondido con aire de admiración: "¡Un soldado!", como si quisieran decir: "¿Pues quién iba a ser?"

Con la petaca llena y la cantimplora mediada de aguardiente los soldados iban de acá para allá en trineos oficiales entonando canciones poco santas y pernoctando en aldeas sin cuartel ni centinelas.

Como aquellos soldados distaban mucho de ser Javieres, la reputación de los blancos en la mentalidad indígena bajaba y bajaba como el mercurio en los termómetros de Kotzebue los días sin viento del mes de Enero.

\* \* \*

El resultado de todos estos factores no pudo haber sido más desastroso para los indígenas. Hubo, claro está, algunas mejoras materiales. Los indígenas aprendieron a lavarse la cara, a peinarse, a cambiar la ropa antes de que cayese hecha pedazos de puro usarla sin mudarla, y mejoraron un poco las viviendas; pero el nivel moral estuvo muy lejos de subir.

La sangre eskimal se vio mezclada con la peor sangre blanca que se puede imaginar. Lo blanco prevaleció sobre lo indígena y los eskimales comenzaron a usar alimentos blancos y a vestirse ropa traída de los EE. UU.

La harina había sido alimento del todo desconocido. Cuando los barcos mercantes empezaron a traer verdaderas montañas de sacos de harina, los indígenas se acostumbraron al pan y afirmaban que ya no podían comer sin pan; pero lo que ellos amasaban no era pan; era una especie de bizcocho mal tostado que los mismos perros no comían a no ser en casos de hambre extrema,

Los eskimales mojaban los bizcochos en aceite de foca y los deglutían enteros, como los pavos tragan las nueces, Siguieron luego indigestiones y dolores de estómago, pero ellos no se

preocupaban por la sencilla razón de que el eskimal no se preocupa en serio de vivir o morir.

A fines de siglo vino una epidemia que barrió pueblos enteros y diezmó la población. Por fin los rebaños submarinos de ballenas gigantes abandonaron las costas de Alaska y las flotas balleneras desaparecieron como por encanto.

Los mineros de 1898 se esparcieron rápidamente por toda la península y contribuyeron a llenar de mestizos las regiones mineras. Muchos mineros perecieron víctimas del frío y de las privaciones inherentes al clima; otros se volvieron a sus casas, y únicamente los mejor dotados físicamente permanecieron en Alaska.

Una buena parte de ellos se casó con mujeres eskimales y nos dio esta raza mestizoide que nos rodea dondequiera que vayamos. La situación de estos mestizos es bastante deplorable.

En primer lugar, los varones son mozos inútiles, haraganes, viciosos, borrachos y sin pizca de ambición noble y loable. Se pueden contar con los dedos de una mano los mestizos decentes que he topado en mis marchas y contramarchas por estas latitudes al norte del Círculo Polar.

En cambio, las hembras parece que nacen con mejor estrella. En primer lugar ganan mucho en corrección de facciones. Desde los 15 hasta los 25 años pasan por señoritas blancas y las igualan en pudor y vergüenza natural femenina.

Por desgracia, no hay blancos elegibles, y las pobres chicas se marchitan en deseos inútiles de tomar por esposos hombres dignos de sus sueños; hombres que no encuentran entre sus co-mestizos de quienes abominan, ni entre los eskimales de pura cepa a quienes desprecian como a seres inferiores, ni entre los blancos que quedan en las minas, viejos ya y con los dientes ralos y negros por la malhadada pipa que no dejan si no es para comer y dormir.

Cuando llegan a los 25 años se desesperan y unas tiran por un camino y otras por otro de los tres arriba indicados. Creo que las más acertadas son las que vuelven a los puerros y cebollas de Egipto, o sea, las que toman por esposos a eskimales puros.

La razón es obvia. Con un eskimal por esposo, ellas son las mandonas y las que lo disponen todo, aunque los niños nazcan con facciones predominantemente indígenas que ellas aborrecen.

Las que se casan con mestizos se embarcan en una nave, que las lleva a velas desplegadas por los mares procelosos del hambre, de la necesidad y de la miseria en todos sus aspectos. Si acaso aciertan a ganar un duro, aquella noche están los dos borrachos.

Si tienen buena suerte y ganan dos duros, uno es para vino y el otro para cigarros que aquí cuestan un ojo de la cara. Creo no exagerar si digo que el número de mujeres fumadoras iguala fácilmente al de los fumadores.

Por último, las que se casan con un blanco solo las más desgraciadas. Tienen, sí, mejores botas y faldas más vistosas, pero ahí termina todo. El blanco lee Revistas y libros y quiere hablar del porvenir de Polonia y Checoslovaquia, o gusta discutir los pros y contras de las dictaduras y democracias. La pobre mestiza no sabe la diferencia que hay entre Polonia y la Cochinchina, ni sabe qué es dictadura ni qué es democracia.

El blanco se venga llamándola salvaje y otros nombres saturados de oprobio e ignominia hasta que a ella se la atufan las narices y responde indignada con nombres que no se pueden estampar aquí. Si una roca disparada por una catapulta choca en el aire con otra roca igualmente pesada y disparada, el resultado es un montón de arena en el suelo.

\* \* \*

Más tarde vinieron mejores ejemplares de blancos y la situación mejoró un poco, sobre todo en los centros más populosos. El establecimiento de cárceles y policías ayudó no poco a esta mejora. Ya no es tan fácil cometer crímenes y seguir como si allí no hubiera pasado nada.

Desde hace unos años está vigente una ley no escrita ni promulgada, pero sancionada por una tradición que jamás ha dejado de fallar en ningún caso particular.

En virtud de esta ley todo blanco convicto y confeso de ser el padre de la criatura de una indígena soltera, es por el mero hecho forzado a casarse con ella, a no ser que prefiera dar con los huesos en la cárcel o soltar una multa que lo dobla y lo balda de por vida.

Como, después de todo, el blanco escoge casarse, el matrimonio parece tener visos de válido; pero es una validez muy cuestionable y que ha dado origen al apelativo de “matrimonio a punta de revólver”. Alguien me dijo no sé dónde que en las naciones hispanoamericanas prevalece la noción de que tanto el Derecho Canónico como los rescriptos todos de la Santa Sede mueren en Cádiz y jamás cruzan el Atlántico. Esta exageración cómica e inexacta pudiera aplicarse con más propiedad a Alaska y decir que todos los edictos del Vaticano mueren en Nueva York y nunca llegan a las lomas del Polo Norte.

\* \* \*

Hasta aquí hemos pintado el lado negro de la cuestión; pero esta cuestión, como las monedas, tiene dos caras. Bien o mal, lo cierto es que los eskimales han sobrevivido a la invasión blanca y siguen creciendo y multiplicándose. Ha sido una verdadera supervivencia del más fuerte, pero al fin y al cabo supervivencia.

Dondequiera que se eleva un campanario católico, apenas se esparció la buena semilla, comenzó a crecer y a propagarse y a seguir dando retoños que son para alabar a Dios. Al ponerse en contacto con una raza pagana se palpa la necesidad de injertar en ella la doctrina de Cristo so pena de perderse todo por derroteros extraviados.

Sin religión el pagano *civilizado* se hace más diestro en amañar embustes, más ladrón, más lascivo, y un hipócrita perfecto como si le hubierais hecho a la medida. En cambio al abrazar el catolicismo se inicia en ellos una mejora en todos los sentidos.

Donde los eskimales viven incontaminados con los blancos y al abrigo del campanario católico, la parroquia es una réplica de las parroquias cristianas afamadas, donde se reciben los Sacramentos debidamente y donde se vive en paz como Dios manda.

Aquí mismo, en Kotzebue, tengo yo ejemplares que he tomado por modelo. Ahí está Effy la viuda, mi maestra de eskimal y mi fiel intérprete de sermones y explicaciones catequísticas. Rigurosamente hablando, está tullida y por ello está dispensada de venir a la iglesia. Otra menos fervorosa se agarraría a esa dispensa natural. Pero no así Effy.

En las mañanas de invierno, cuando la calma y serenidad de las nubes es la señal infalible de una temperatura baja frigidísima, Effy se levanta, se viste y viene a Misa.

Da pena verla caminar por la nieve. Las junturas todas y en especial las rodillas rehúsan doblarse y funcionar; pero Effy camina, a pesar de todo, arrastrando unas piernas tiesas en las que ha hecho presa un reumatismo crónico de mal cariz, jadeando y despidiendo un aliento espeso que la envuelve como el humo de una chimenea, parándose acá y allá, pero siempre adelante camino de la iglesia.

Sabe que el arrodillarse es un martirio y me ha oído decir cien veces que está dispensada de arrodillarse aun durante la consagración; pero ni aun por esas. No concibe cómo puede un alma orar si no es de rodillas.



Es la mejor bordadora de la aldea y ganaba la vida cosiendo y haciendo abrigos de pieles para los blancos; pero últimamente el artrismo se ha extendido a las muñecas y a los dedos y la ha imposibilitado dar una sola puntada.

A veces tiene que estar en cama toda una semana. Jamás la he oído una sola queja ni asomo de queja, Todo va bien. Dios lo dio, Dios lo quitó; sea su nombre bendito. Dios es su Padre y la ama, y ella se ha entregado a Él, venga lo que venga y caiga lo que caiga. Aunque es la pobreza personificada, se considera millonaria por tener la conciencia tranquila. No habla mal de nadie. Todos son buenos.

Por Navidad me regaló unos guantes de punto que hizo a ratos durante el invierno, aunque sé que cada puntada fue un pinchazo sufrido con esa sonrisa que, si la tuviera otro, se consideraría el mejor de los mortales. Estoy viendo que cuando se muera la voy a hacer novenas como se las hacemos a los muertos en olor de santidad y a los ya canonizados.

Y aunque no tan perfectas al parecer como Effy, ahí están Marta y Memmy, abnegadas madres de familia, eskimales de pura cepa como Effy, fidelísimas en venir a todos los ejercicios de piedad, calladas, afables, rezadoras, caritativas, respetuosas con el Misionero, limpias y ordenadas y de vida tan intachable que nadie puede echarles en cara cosa alguna digna de reproche.

Ahí está Raquel que va de casa en casa diciendo a los cuákeros que ella es feliz desde que se hizo católica y que ellos se van al infierno si rehúsan el bautismo.

No me deja ni a sol ni a sombra; siempre con preguntas religiosas que me hacen explicar todo lo que aprendí en las aulas de Teología y que ella devora con unos ojos muy abiertos, ansiosa de saber la respuesta correcta a todas las preguntas de los cuákeros ignorantes.

Dice que cuando yo explico los misterios de la religión mis palabras la saben a terrones de azúcar, mientras que cuando los cuákeros la instruían hace años, mientras más hablaban más perpleja se quedaba. Inútil decir que salidas de este jaez me hacen partir de risa. Ellos lo dicen como lo sienten, sin adobos, como a veces hacemos nosotros.

Y si de Kotzebue pasamos a los isleños de las islas de Nelson el King Island, nos encontramos con que aquellos eskimales hacen durante el día visitas al Santísimo Sacramento con un espíritu y un fervor, que nos recuerdan lo que leemos de los primitivos cristianos.

Pero esto se debe en gran parte a que no saben una palabra de inglés, ni tienen entre ellos a blancos de costumbres depravadas. Los indios de las Montañas Roqueñas desprecian a los blancos y los tienen por seres inferiores.

Los eskimales, por el contrario, los admiran como a seres supraterrénos y tienden a imitarlos en todo, desde la borrachera hasta el divorcio.

Por eso es más de alabar el comportamiento de aquella mujer del Yukón que no quiso casarse con el almacenista blanco, joven y adinerado, por ser ateo y de modales poco cristianos. Más tarde la pobre mujer perdió las dos piernas, amputadas debajo de las rodillas, porque se le helaron en una tormenta en que se extravió a menos de un kilómetro de su aldea, Aun vive mientras esto escribo.

Cada vez que el Misionero visita aquel pueblo, la buena vieja se arrastra sola por la senda de nieve apisonada y no pierde la santa Misa ni un solo día, haga viento o no lo haga, llueva o nieve, tarde o temprano, salga el sol por Antequera o salga por donde quiera.

Tiene reservado para sí un asiento, y aquel asiento está infaliblemente ocupado todas las mañanas, aunque el temporal impida venir a los demás. Parece que el Espíritu Santo ha escogido aquella alma como mansión predilecta en la que se recrea como en un jardín de lirios.

Todo es alabar a Dios por sus bondades y todo es bendecirle por habernos redimido y por haberse quedado con nosotros en la eucaristía. Esta actitud se presupone en una monja de clausura; pero no la esperaba uno en aquella vieja coja de las riberas del Yukón.

Estos son ejemplos excepcionales y casos raros, porque los santos son raros en cualesquiera parte. Tenemos acá y allá parroquias enteras de una vida espiritual excelente. Ya saben amasar buen pan y criar niños limpios y bien cuidados. Los maridos tratan a sus mujeres como a iguales y no como hacían antes, que las consideraban como esclavas. Aun no se ha llegado en todo esto al límite de la perfección, pero se va ganando terreno visiblemente.

## II PARTE

# EPISODIOS DE LA VIDA DIARIA

## III

### LA VIDA EN KOTZEBUE

Estragos del alcoholismo. — ¿Un murciélago gigante? — La visita de la viuda del aviador Post. — La expedición del P. Hubbard: origen de los eskimales. — Las ballenas. — Mis cuentos a los niños. — Un toro en Alaska.

Dije que aquí, en Kotzebue, me estaba yo tratando a cuerpo de rey. Por desgracia hoy día los reyes no son las personas más envidiables. Es un privilegio vivir aquí; pero todo privilegio tiene su contrapeso.

Varias familias católicas se han mudado a otras aldeas y se han perdido de vista. Otras se han vuelto al cuakerismo como el perro al vómito. Otras llevan una vida espiritual a media máquina, cojeando visiblemente o dando unos tropezones peligrosísimos, demostrando con luz meridiana que la luz de la fe en sus almas está dando continuas boqueadas, siempre a punto de extinguirse.

La borrachera está a la orden del día. Cuando un eskimal gana una peseta, la gasta en vino. Entretanto los niños visten andrajos y están en los huesos. En la mayoría de las casas que he visitado no he visto cosa de provecho en punto de alimentos, pero sí he visto muchas botellas vacías amontonadas detrás de las casas, en la basura.

Un joven bebió alcohol puro sin diluirlo y murió al día siguiente con los intestinos estrangulados y con dolores tan intensos que le

quitaron el conocimiento. A los dos meses un primo suyo hizo lo mismo y murió de la misma manera a las 24 horas.

Dos madres de familia católicas compraron un garrafón de vino. Después de beber hasta embriagarse fueron con el garrafón aun vecino cuáquero que dormía tranquilamente; le insultaron, le despertaron, le convidaron, se emborrachó, riñeron, a una le llenó la cara de renegridos y a otra le dio tal puñetazo en un ojo que la tiró para atrás y al caer se hirió seriamente contra el canto de una mesa. Con el ojo y nuca vendados hizo mucha impresión al juez, quien condenó al cuáquero a seis meses de cárcel.

Otra católica, apostólica, romana, llevaba en los brazos a una hijita de dos semanas. Se emborrachó, cayó sobre la criatura y la mató. Podía seguir con una letanía de casos parecidos; pero bastan los apuntados.

Los causantes de estas borracheras son los blancos. Ahora entiendo perfectamente por qué los Misioneros exigieron del rey de España una independencia completa en las Misiones del Paraguay. Un blanca solo tiene la virtud de echar por tierra en un invierno toda la obra levantada penosamente en una generación.

Pero no hay que desalentarse. Vivimos entre salvajes, y no hay que perderlo nunca de vista. O, si se los quiere llamar de otro modo, llamémoslos paganos, que eso son.

El quicio de la dificultad está en hacerse cargo de la situación y tratar de mejorarla con buen humor, mirando el desaliento como al mayor enemigo y como a la tentación más fuerte con que Satanás le puede atacar a uno.

Los coros angélicos tuvieron un Lucifer; el colegio apostólico tuvo un Judas; los primeros diáconos tuvieron un Nicolao; la jerarquía católica produjo un Arrió; las Religiones dieron al mundo heresiarcas a granel. ¿Por qué va a ser menos Kotzebue?

Y si apuramos más la cuestión hay que hacer justicia a Kotzebue y decir que en comparación de los individuos de izquierda mencionados, somos todos poco menos que canonizables.

En esta aldeita diminuta tengo yo arriba de treinta personas verdaderamente buenas. Jamás pierden la Misa los domingos y días festivos y viven como Dios manda, que no es poco decir.

\* \* \*

Hay en ese grupo algunas personas que vienen a Misa diariamente. Antes de comenzar la Misa toman una hostia y la ponen en el altar. Así no tengo que andar preguntando cuántos desean comulgar.

La iglesia es sólo para los domingos. Los días de semana digo misa en un cuartito muy mono con un altar guapísimo que se calienta con solo abrir la puerta que le comunica con la cocina.

\* \* \*

Hay no pocos pormenores interesantes acerca de la vida en Kotzebue. Ayer las olas nos dejaron en la playa un bicho raro, que será enviado a la Universidad de Fairbanks para que algún naturalista curioso lo analice. Tiene cuerpo de zorra, alas de murciélago y dos patas de cordero. Tiene una dentadura delgada muy fina.

Todo él está medio comido, aunque se le puede estudiar muy bien la contextura esquelética sin necesidad de suplir con la imaginación órganos nuevos. ¿De dónde vino? ¿Se trata de un murciélago gigante?

Dicen que en las islas Hawai se dan murciélagos de un tamaño desmesurado. Si este animal es un murciélago, confieso que he vivido hasta aquí en un mundo falto de emociones. Porque habrá que ver la impresión que hará ver revolotear encima de la cabeza a un bicho como una zorra con pezuñas en las patas, dientes afilados y cola sabe Dios cómo. Realmente que vivimos aquí en el fin del munda.

\* \* \*

Hace unos días atracó en la bahía el barco del gobierno que surte a las escuelas, hospitales y estaciones de telégrafo del Territorio. Entre los pasajeros que vinieron a tierra se encontraban dos señoras aun no entradas en años.

Una era la viuda del aviador yanki Post, que dio la vuelta al mundo solo en su aeroplano y que luego se mató al norte de Kotzebue, en otro intento de vuelo alrededor del globo.

Venía a presenciar la dedicación de una lápida al intrépido aviador. Con ella viajaba una enfermera oficial, católica, y las dos vinieron a verme, o mejor, a ver al Misionero, pues no nos habíamos visto jamás.

Residió que durante la visita se encapotó el cielo y nos envió un chaparrón que llevaba camino de no parar. No tenían con qué defenderse de la lluvia. Tampoco tenían a dónde ir. Lo que sí teníamos los tres era un hambre canina.

Aunque yo siempre me las eché de buen cocinero, pero ahora al ver que la cosa iba en serio protesté que no sabía nada de cocina; que mis guisos eran una farsa; que aunque bastaban y sobraban para mí, a ellas les iban a dar una indigestión que las podía costar la vida.

Puestos estos prenotados y viendo las caras de hambre que tenían, encendí la lumbre y procedí a guisar una cena en toda regla. Mientras comían, todo eran exclamaciones de ¡Ay, qué rico está este arroz! ¡Pero qué sabor tan de cielo! ¡Yo voy a reventar! ¡Yo también! ¡En mi vida he probado arroz tan rico! ¡Y lo preparó en un santiamén! ¡Pues estas peras en conserva! ¿Verdad que hemos salido ganando?

Por fin, una se echó a reír y dijo que lo que más la divertía era el hecho de que un sacerdote se había convertido en cocinero de señoras. Nos reímos los tres de la ocurrencia y concluimos que Alaska es un país extraño donde el noventa por ciento de las veces ocurre lo inesperado y donde hay que estar siempre preparados para salir airoosamente de situaciones que le asaltan a uno como ladrón nocturno.

\* \* \*

Otra visita muy distinta fue la de la expedición del P. Hubbard. Después de haber pasado el invierno en King Island, apenas desapareció el hielo, armó el Padre una *úmiak* o barcaza inmensa hecha de pieles de focas cosidas como sólo los eskimales saben

coserlas. Esas barcas flotan como burbujas y no se hunden en las tempestades más huracanadas.

Tomó el Padre consigo seis eskimales, y con ellos y con dos blancos, antiguos discípulos suyos, que le siguen en todas las expediciones científicas, se lanzó a explorar las costas del Océano Glacial Ártico, para ver de averiguar si los eskimales son todos de la misma raza y si vinieron del continente asiático en expediciones aisladas o en masas considerables.

Que los eskimales son de origen mongol está ya fuera de toda duda. Basta verlos, sin otras pruebas científicas que lo comprueban y que sería prolijo enumerar.

Lo más difícil de asentar es la época en que emigraron. Tal vez lo hicieron a principios del siglo XIII, huyendo de las levadas del Genghis Khan, aquel celebrado mongol que extendió sus dominios desde el golfo Pérsico hasta Siberia.

Desde los cabos siberianos pudieron muy bien ponerse en las islas Diomedes en menos de tres días. Desde esas islas pudieron navegar hasta el cabo Wales, de Alaska, en menos de dos días.

Con viento favorable, una *úmiak* se desliza por la superficie del agua con una rapidez poco inferior a la de las gasolineras de nuestros días.

Pues bien; el P. Bernardo Hubbard halló el mismo tipo, las mismas características, y, con excepción de algunas variantes mayores o menores, la misma lengua. Los seis eskimales que le acompañaban hablaron perfectamente en su lengua con todos los pueblos de la costa, desde Nome hasta Point Barrow, y más al nordeste en las costas del mar glacial.

Ya de vuelta hicieron alto en Kotzebue y se alojaron aquí en casa. Comparando su lengua con la que yo había aprendido en el Yukón —que es la misma que se habla tierra adentro hasta el río Kuskakwim—, pudimos ver que algunas palabras eran idénticas, otras eran parecidas, y, naturalmente, muchísimas eran completamente distintas.

Teniendo en cuenta que los alemanes pueden leer noruego, los castellanos italiano y los gallegos catalán, hay razones convincentes para afirmar que emigraron en masa desde Siberia y tenían entonces una misma lengua.

Más tarde, a medida que se desperdigaban por las riberas de los ríos y se propagaban con la prolificencia que los caracteriza, cada región se desligó más o menos de las demás y desarrolló un dialecto emparentado con el de las regiones hermanas.

La explicación es satisfactoria. Hoy día los periódicos, la radio, los trenes y las carreteras tienden a unificar la lengua, la vida y las costumbres de los pueblos.

Cuando no había eso, nuestra misma España era un hervidero de dialectos y regionalismos. Sin ir a los extremos del gallego y el andaluz, los labradores leoneses tienen para los instrumentos de labranza nombres que no entienden los palentinos, y viceversa.

Lo mismo ocurrió en Alaska, cruzada por desiertos, marismas, ríos y cordilleras infranqueables. Lo que importa a nuestro caso es que este hecho no había sido comprobado hasta este verano.

El P. Hubbard lo comprobó, aunque le costó dos meses de vida errante por costas inhospitalarias en una *úmiak* que navegó 2.000 millas impelida por un motor de gasolina.

¡Cómo estaban cuando llegaron a Kotzebue! Ojos hinchados de no dormir, melenas ensortijadas, manos de carboneros, barbas que espantaban, doblados por el cansancio de 48 horas de marcha ininterrumpida aguantando llovizna tras llovizna con impermeables pesados, tiritando de frío y medio reventados.

No quisieron desayuno. Tendieron en el suelo los sacos de dormir y se metieron en ellos como conejos en las madrigueras. El P. Hubbard, a fuerza de rogárselo, se acostó en mi cama. Bajé todas las cortinas, cerré todas las puertas, y la expedición durmió trece horas seguidas en un silencio de sepultura. Cuando despertaron estaban hambrientos como lobos. Puse en marcha las sartenes y las ollas y esta vez tuve que preparar un banquete, no para señoras quebradizas, sino para exploradores de pelo en pecho, rollizos e inquebrantables. Uno se quejaba de que aquello no tenía bastante sal, otro hacía muecas a los tomates y el de más allá gruñía porque no había puesto más cebollas. Al fin hubo para todos los gustos y terminamos en paz.

El P. Hubbard nació y se crió en California. En el rancho de su padre trabajaban peones mejicanos y con ellos aprendió a

chapurrear el español. Conserva algunas palabras muy fuertes que me hicieron reír.

Más tarde, al terminar los estudios eclesiásticos en Austria, dio una vuelta por España y estuvo un mes en Lequeitio haciendo de capellán de la emperatriz Zita. Oír hablar de Lequeitio en Kotzebue es cuanto se puede pedir.

Después de tres días de convivencia patriarcal, la expedición se puso en marcha camino de Nome. Iban renovados en todo. Alegres, la ropa seca, y hasta afeitados. Al P. Hubbard le corté yo mismo el pelo para que no se lo tomaran en Noma, donde le aguardaba la población con una expectación inmensa.

Al verme de nuevo solo en la cocina, no tuve tiempo para pensar en soledades. Allí estaban tirados por todas partes platos, cuchillos, jícaras, cáscaras de huevo... ¡Dios mío cómo me dejaron la cocina!

\* \* \*

Cuando doy por las tardes un paseo a lo largo de la playa no es mi único fin respirar aire puro ni espaciar la vista por el vasto horizonte ni siquiera ver cómo los pescadores sacan de las redes docenas de salmones.

Lo que me arrastra a la playa es la posibilidad de que hayan arribado las lanchas balleneras. ¡Qué impresión tan extraña para un español tocar con el bastón los lomos rollizos de una ballena descomunal recién cogida!

La última expedición volvió con tres: la madre y dos crías. Estas fueron arrastradas y dejadas en seco sobre el cascajo; la madre tuvo que ser despedazada dentro del agua donde tocó la arena con la barriga, pues su corpulencia desmesurada frustró todo conato de arrastre.

Armadas de cuchillos afiladísimos, las mujeres más diestras despachan una ballena de dos toneladas en menos de una hora. Aunque la ballena pertenece al que le metió la bala por el cuello, sin embargo, es costumbre inmemorial que los que no tengan nada que comer carguen con un par de canastas de ración. Dios nuestro

Señor hizo la ballena tan grande que da ración suficiente para toda la aldea.

A veces vienen de alta mar con 25 ballenas preciosísimas. Y es que no son sólo las personas las que comen ballena, ni muchísimo menos; los que hacen el verdadero gasto son los perros que engordan con ella de una manera pasmosa.

\*\*\*

Aunque vivo solo en esta casa, pero eso es técnicamente hablando. En la práctica me ahoga tanta compañía y quisiera vivir más solo. Las dos puertas se abren y cierran sin interrupción y desde el desayuno hasta la cena mi casa es un verdadero

Tres noches a la semana cuento historias a la rapacería. Sentados en los bancos del catecismo niños y niñas, atizo la estufa, apago la luz y me paseo por entre ellos contando cuentos. Son cuentos originales.

Empiezo sin saber cómo, sigo a la buena de Dios, enredo la narración con tramas y nudos que no sé cómo voy a soltar, lo desenredo todo finalmente sin explicarme yo mismo cómo se me ocurrió aquello para salir del paso, y por fin termino sin saber yo mismo que iba a terminar así.

Pero el efecto es terrible. Monstruos horribles y espantosos que habitan en cavernas oceánicas dejan aquellos antros a media noche y caen cautelosamente sobre aldeas descuidadas. Hay que llenar luego media hora con episodios que le ocurren al monstruo.

Algunos de esos gigantes tienen una boca más grande que esta puerta, unos brazos como ese poste, siete piernas como aquella viga y un ojo en la cabeza tan grande como esta estufa. Los oyentes se apretujan unos contra otros y dejan escapar a cada paso unos suspiros medrosos que me han obligado más de una vez a encender la luz a la mitad del cuento y tocarles el acordeón para contrarrestar el efecto de pánico que ya los iba envolviendo como una boa en sus anillos gigantes.

A la noche siguiente tengo un auditorio doble. Algunas veces, en vez de catequesis, tengo cuentos aun con los adultos que, a fin de cuentas, son niños crecidos.

Terminemos este capítulo con un episodio típico de lo apartado que está Kotzebue del resto del mundo.

No se había visto por aquí una vaca jamás. Deseando tener leche fresca un almacenista trajo el año pasado una vaca suiza que pasó el invierno en un establo calentado por una estufa.

Los eskimales ya se iban haciendo a la vaca a quien todos llamaban cariñosamente Flora como si fuera un miembro más de la familia. De pronto se anuncia la llegada de un toro. La aldea en pleno estaba apiñada en la playa esperando ver salir al toro del barco.

Es un novillote mansurrón de medio año. Al verle prorrumpieron todos en exclamaciones de sorpresa como quien ve la mar por primera vez. Allá en un yerbazal le esperaba la vaca y los dos se saludaron amistosamente oliéndose y poniéndose a pacer sin volverse a separar.

Hombres y mujeres, niños y viejos se pasan las horas muertas mirando al toro desde lejos como mirarían los niños españoles a un elefante o a un tigre de Bengala.

Un blanco sugirió la idea de tener una corrida, y que yo debo ser el torero por ser el único español. Veo que no voy a tener más remedio que aceptar aunque se mueran de envidia y celos Belmonte y compañía.

La vida, pues, en Kotzebue no deja de tener sus novedades y aventuras, sus rutinas y sus sorpresas, sus vaivenes, en fin, como la vida en cualquier otro lugar. Poco a poco se va uno compenetrando con el lugar y las personas hasta convertirse al fin en jugo y sangre de la localidad.

## IV

### DIARIO DE UNA SEMANA

El trabajo de un Domingo. — Llegada de la correspondencia. — Ancianos, niños y adultos. — Las ballenas blancas; mi biblioteca. — Un criadero de nutrias y de zorras; charlando con un ateo. — El cuerpo místico de Cristo; la razón del hablar de pie. — Las novedades del sábado. — El minero Miguel. — El tic-tac del despertador.

Estamos en octubre y nos damos cuenta de que el invierno polar nos está envolviendo poco a poco en los pliegues escarchados de su manto de nieve. Nada nos dará una idea tan clara de la vida en Kotzebue durante el mes de octubre como una relación a manera de diario que cubra los siete días de la semana.

\*\*\*

Domingo. La Misa es a las diez. Entro a las ocho en la iglesia tiritando y enciendo la estufa que brama sin cesar hasta que poco antes de las diez en la iglesia se siente paz y bienestar. Los eskimales van llegando y se divierten en el salón donde también ruge la fogata dentro de otra estufa. El fuego aquí es condición indispensable.

Me mezclo con los eskimales y bromeamos un poco hasta que dan las diez. Entramos con orden en la iglesia y una mozuela se sienta a un armonio portátil. Cantan una Misa gregoriana sin tropiezos, y acá y allá cantan motetes en latín, en inglés y en eskimal.

Kotzebue es la misión más norteña de Alaska y casi del globo. Se ha cumplido el mandato de Jesucristo de predicarle "en

Jerusalén y en Samaria... y los últimos confines de la tierra". Porque también aquí vienen a Misa y reciben el Pan de los Ángeles y rezan las oraciones prescritas por la Iglesia. Les echo un sermoncico poco menos que a voz en cuello para ahogar los gimoteos de los nenes que llevan las matronas en las espaldas.

El lado de las mujeres está lleno; tal vez 50. En cambio no veo más que una docena de hombres. Es bastante probable que haya en el infierno más hombres que mujeres. Estas son más devotas, se emborrachan menos, lloran más fácilmente, no blasfeman, ni matan, ni roban tan al por mayor como lo hacen los hombres.



## Capilla de Kotzebue

Terminada la Misa, frío un par de huevos y hiervo una taza de café que blanqueo con leche condensada. En Alaska el que no coma y digiera bien, que se dé por perdido. Escribo algunas cartas y leo hasta las cuatro de la tarde, en que vuelvo a encender las estufas para la Bendición con el Santísimo, que tenemos a las cinco.

Vienen bastantes mujeres y niños, pero no hacen acto de presencia más que dos hombres. Les explico una lección de catecismo con muchos ejemplos para que no se distraigan, rezamos el Rosario y terminamos con la Bendición, durante la cual entonan todos el *O Salutaris* y el *Tantum ergo*.

Ya es noche cerrada; todos marchan corriendo y yo me quedo solo en esta casona. Tengo un hambre canina y enciendo la cocinilla que quema petróleo bruto, muy barato, y con más calorías que el sol de julio en Andalucía.

Echo manteca, tomates, cebollas y vinagre en una sartén enorme y me apresuro a freír una trucha de tres libras que me trajo

un rapazuelo. Por toda la cocina se esparce un olor tan rico que la boca se me hace agua, mientras preparo la mesa, en la que no falta nada.

Afuera silba un viento helado que mata, pero yo estoy en la cocina como un rey. De la trucha en cuestión no queda más que la osamenta. Con la trucha entraron varios pedazos de pan con emplastos de mantequilla, un trozo de queso amarillo muy sabroso, unos higos y dos tazas de café.

Me da vergüenza escribirlo, pero lo apunto aquí con gusto para que se cumpla una vez más el refrán de que *"unos llevan la fama, y otros cardan la lana"*. Será cierto que Alaska es la Misión más difícil del mundo; pero a mí me cuesta mucho trabajo creerlo.

Después de cenar, friego los platos en agua hirviendo y me siento a leer y escribir hasta las nueve. Antes de acostarse hay que ir a dar las buenas noches a Jesucristo en el sagrario. Generalmente me acuesto a las diez menos cinco, pues siempre me agradó un refrán que oí a un viejo de mi tierra: *a las diez en cama estés, mejor antes que después.*

\*\*\*

**Lunes.** Llega el aeroplano que nos trae el correo. A mí me entregan trece cartas, más tres cajas y una infinidad de revistas de todo género. Las cajas son cosa buena, pues me traen chocolate, calcetines, cepillos de dientes, cuchillas de afeitar, toallas y caramelos en buena cantidad. Las revistas no sé quién las manda.

Las cartas tienen de todo. Desde luego la mitad de ellas están escritas por gente que no conozco. Unas piden sellos de Alaska y anticipan las gracias; otras quieren fotos y también las anticipan; otras piden a voces una respuesta muy larga y muy chistosa que les endulce la vida; otras son íntimas, y, por fin, en la última se me ruega que traduzca al español la novísima "IMITACIÓN DE CRISTO" que, según se acaba de comprobar, no fue escrita por Tomás de Kempis, sino por Gerardo Groote.

El buen Kempis la tradujo del holandés al latín y, no contento con traducirla, insertó una docena de capítulos que sacó de su cabeza, añadió un sinnúmero de versículos e interpoló una infi-

nidad de frases y sentencias de su cosecha. Ahora se ha publicado íntegro el manuscrito de Groote, recién hallado.

Traducido directamente del holandés al inglés, quieren que yo lo ponga en español para beneficio del continente hispanoamericano. Ya estoy viendo a los viejos regañar y condenar semejante ocurrencia. Buenos eran los tiempos antiguos y a todos nos había encantado el Kempis. Esta juventud moderna no piensa más que en novedades.

Terminar de leer la correspondencia y dar comienzo a contestarla es todo uno. A cinco cartas diarias termino en tres días.

Recuerdo que el P. Lucchesi sugería la idea de un amanuense para que él pudiera entregarse a la evangelización sin el estorbo de las cartas. Al cabo de treinta y tantos años en Alaska la correspondencia que se le había aglomerado era sencillamente de proporciones astronómicas. ¿Cómo iba a dormir en paz si estaba para llegar el correo quincenal y todavía le quedaban sesenta cartas sin contestar?

Al llegar a Kotzebue me entregaron un paquete repleto de gorras de lana. Las tales gorras habían sido fabricadas pacientemente por nueve señoras octogenarias, neoyorkinas, muy amigas de las Misiones. En un papel, entre las gorras, estaban las señas de las nueve damas con una nota en la que se me rogaba enviar a cada una por separado una carta entusiasta, so pena de no volver a recibir ni una gorra más.

Tienen que ser cartas de contenido diferente, pues las buenas señoras se juntan una vez a la semana y leen las cartas y las comentan. Enviar nueve copias de una misma carta sería una injuria que clamaría al cielo. No hay más remedio que sentarse a la máquina de escribir desde el desayuno hasta la cena y despachar el correo en un par de días, aunque termine uno con la cabeza a punto de estallar.

Pero esta tragedia tiene también su aspecto cómico. Una señora recién convertida me envía desde los EE. UU. todas las semanas una carta de diez y seis páginas. La última página es una letanía de amenazas ordenadas a obligarme a contestar a vuelta de correo. La correspondencia me ha enseñado más que todos los libros, y no cede en este punto ni al confesonario. La

correspondencia es una fase más del apostolado moderno. ¡Cuánto bien se puede hacer con una carta!

Hay un sinnúmero de personas presa de un miedo malsano sobre el porvenir; agitadas por un oleaje de preocupaciones sobre el presente, con un pánico mortal a los espectros de un pasado tétrico, que dejó en el alma heridas aun no cicatrizadas. En medio de la aglomeración desmesurada de personas en las modernas ciudades, el alma se encuentra en una soledad de desierto, anhelando en vano caricias e intimidad, mientras el cuerpo sufre cien codazos y pisotones por las aceras congestionadas de gente con caras hoscas y desconocidas. .

El pasado ya no existe; el porvenir está en las manos amorosas de Dios, nuestro Padre común; el presente depende de nuestro valor y del buen uso que hagamos de los medios a nuestro alcance. Muchas personas, heridas injustamente en lo vivo durante la niñez con sarcasmos ponzoñosos, humilladas en la adolescencia por los que tenían el oficio de alentarlas e instruir las, arrastran toda la vida una existencia miserable sin encontrar una persona que las entienda y les diga que pueden levantarse a gran nivel si se ponen a ello con ahínco, y que ciertamente sobrepujarán a los que las estropearon con sus condenaciones y pesimismo.

Tal vez me engañe; pero creo que el remedio general para curar tantos males es una dosis exagerada de amabilidad. Con ella van la paciencia y el optimismo. El que se extralimite en amabilidad, ese dará en el blanco. (Todo esto —que se podía excusar— a propósito de la correspondencia).

En los dos meses largos que llevo aquí, ya llevo escritas exactamente 97 cartas. Tomen cuenta de esto los aspirantes a Misioneros y saquen las consecuencias. Junto al catecismo y los Evangelios hay que tener la máquina de escribir, y cuidar que los pantalones sean de tela fuerte.

\* \* \*

**Martes.** Dos horas de lengua eskimal por la mañana. Toda la gente joven habla inglés, que han aprendido y aprenden en la

escuela del gobierno; pero los dichosos viejos y viejas son del antiguo testamento y no hacen más que mascullar el eskimal.

Como también las viejas tienen derecho al reino de los cielos, no tengo más remedio que arremeter con este dialecto. Lo hago con la ayuda de dos eskimalas gordinflonas y desdentadas que se ríen estrepitosamente cuando no pronuncio bien palabras como *nukakpeágaruk* (niño), y otras por el estilo. Por la tarde doy un paseo por la playa. El sol brilla sin calentar y la brisa me molesta tanto que me obliga a tomar un paso rítmico muy apresurado. Flotan bloques enormes de hielo, pero ésta es la estación del pescado llamado *herring*, que se viene a calentar a lo raso, en bandadas espesísimas. Me llevo las manos a la cabeza al ver a los pescadores echar la red y sacarla a los diez minutos con cincuenta sacos de estos peces.

Burlando los bloques de hielo se acercan canoas que arrastran una o dos focas rechonchas como cueros de vino. Dios nuestro Señor no puede ser más pródigo con estos hijos de la nieve. El que pase hambre aquí, es porque quiere.

A las cuatro vienen los niños de la escuela y les explico el catecismo. Son muy trastos y llenan la casa de vida y animación.

Después de cenar vienen los adultos. Vienen tres veces por semana, que es bastante pedir. Las mujeres vienen sin dificultad y me llenan los bancos. Son los hombres los que fallan. Una vez di una vuelta por la aldea, ya avanzada la noche. (Véase el capítulo VI). En las esquinas había grupos de ambos sexos, mezclados, fumando ellos, y ellas con botellas en las manos, tambaleándose, y así por el estilo. En frente del almacén donde venden aguardiente vi grupos de eskimales sin dinero, ateridos de frío, con las manos en los bolsos y olfateando el alcohol como lobos carniceros que rondan las tapias de un bardal que no pueden asaltar. Como la noche era cerrada, nadie me conoció; por eso algunos me invitaron a echar un trago, mientras se tambaleaban penosamente. Esta es la civilización que les traen los blancos.

Los almacenistas replican que tienen licencia para vender bebidas alcohólicas y que tienen que pagar por ella una contribución muy subida. Es decir, que la venta de licores es legal. Concedemos que es legal, pero nos consolamos pensando que si en los antros del infierno hay algún rincón donde los demonios

administran tormentos refinados y exquisitos a personas excesivamente perversas y monstruosas, ese rincón —o rincones— estarán reservados para estos almacenistas sin conciencia, que abusan de la idiotez del indígena para chuparle la sangre vendiéndole a un precio quintuplicado bebidas alcohólicas que le embrutecen y le degeneran y amenazan con exterminarle. Una acción puede ser legal y ser diabólica si la ley esta viciada en la raíz. De vuelta para casa, un beodo cayó sobre mí y me pidió un cigarro.

—Quítate de aquí, queapestas a vino— le dije; y, aunque le empujé con una suavidad premeditada, cayó de bruces sobre piedras.

No sé qué porvenir esperará a este distrito con tanta embriaguez, tanto paganismo y tanta contradicción.

\*\*\*

**Miércoles.** Como los bloques de hielo se van espesando y la bahía nos amenaza con helarse toda a la hora menos pensada, tres eskimales me llevan en un vaporcito a dar la última batida a las ballenas. Ellos iban armados de rifles; yo no llevaba más que un capotón muy pesado y unos ojos muy abiertos. Ya en alta arar divisamos un grupo de ballenas que se divertían inocentísimamente.

A una de mediana estatura la seguía tenazmente una cría muy regordeta y vivaracha. Un ciego vería que se trataba de madre e hija. Los eskimales no entienden de sentimentalismos. Ramón, sin más sombrero que sumelenota de león, disparó y le dio la bala por el pescuezo a la pobre madre. El grupo se metió en los abismos como por encanto. Tras la bala fue el arpón y la superficie se empezó a teñir de sangre. Hubo coletazos hercúleos y hundirse y volver a flotar y más coletazos; pero la mancha de sangre por la superficie se iba agrandando considerablemente hasta que la ballena se volvió boca arriba y se entregó a discreción.

Con pértigas terminadas en garfios se arreglaron para amarrarla con maromas y atarla al barco que la arrastró despacio hasta la misma playa donde estábamos de vuelta poco después del

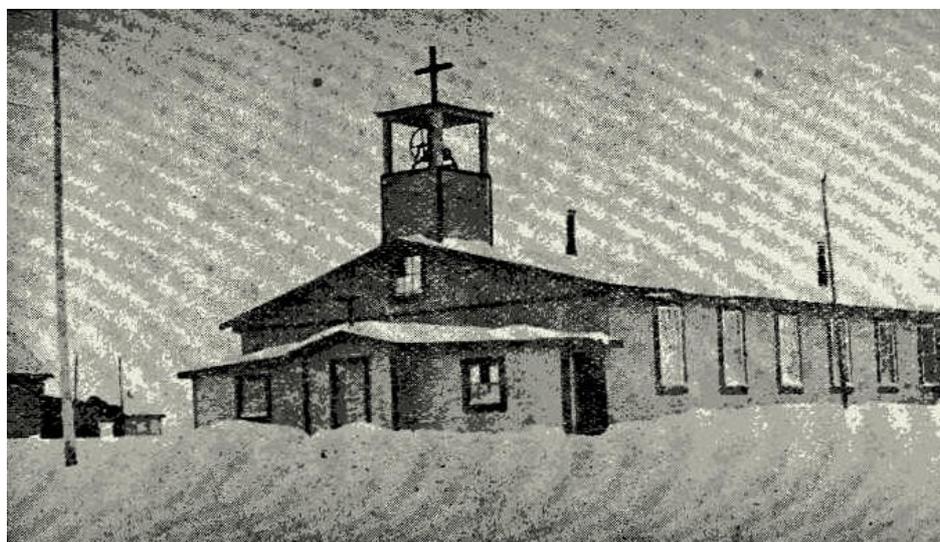
mediodía. Ya en la playa, tres mujeres, con cuchillos afilados, comenzaron el desuello.

La ballena tiene una costra de esperma o tocino durísimo, de tres pulgadas de grosor, y debajo está la carne, con pulmones, intestinos, costillares y demás, como una vaca gigante. Las ballenas de la playa de Kotzebue son blancas y muy chicas comparadas con las del interior, que miden 30 metros y son de color negruzco.

La carne se puede comer los viernes y días de vigilia, aunque es una carne durísima, sin pizca de apariencia de pescado; pero la ballena vive en el agua y la consideramos pescado. Conocida es la anécdota del irlandés de Nueva York que entró en un restorán un día de vigilia y pidió un plato de ballena. Cuando le dijeron que no había, respondió:

—Pues tráigame unas chuletas de ternera; bien sabe Dios que pedí pescado y no lo hay.

Nosotros llegamos hambrientos y muertos de frío; pero la madre de Ramón nos coció un plato de la ballena recién cogida, y comimos y nos fortalecimos. Ya en casa, y cambiada la ropa, me senté a leer perezosamente.



La iglesia católica de Kotzebue.

Tengo una biblioteca riquísima de más de novecientos volúmenes adquiridos penosamente por los diversos Misioneros que me precedieron. Libros magníficamente encuadernados y muy serios. Tratados de Teología, de Filosofía, comentarios muy

extensos al texto del Derecho Canónico, libros de Moral, una enciclopedia abreviada, una hilera enorme de vidas de Santos, libros de devoción de todo género; una colección de novelas recién publicadas, la Iliada y la Odisea, que por estar en el original las puse en el rincón más alto y menos accesible; varias oraciones de Cicerón y las obras de Virgilio que tengo sobre la mesa; un plúteo repleto de obras Magníficas en francés, que no pienso leer hasta que Franco sea el amo único de España (<sup>1</sup>), y por fin 20 libros en español que yo traje en el baúl. La otra noche empecé el Quijote por undécima vez, y ya sé de memoria varios capítulos de Santa Teresa.

Es una lectura seria la que impide que el Misionero descienda al nivel del indígena. Claro que no hay que exagerar. Más me ayuda un libro devoto y sólido, que hable de la gracia en términos que entienden hasta los eskimales, que un tratado teológico sobre la diferencia entre el molinismo, el tomismo, el congruismo, los agustinianos, los escotistas y otros disidentes. Sin embargo da gusto leer sin preocuparse de exámenes, tratados teológicos que se vieron en las aulas con el programa delante.

Anoche me interrumpió la lectura un rapaz que me traía por encargo de su madre un mazapán muy mono con baño blanco y todo. Se trata de una familia mestiza muy buena que no hace más que traerme molletes de pan. Otras veces me interrumpen grupos de muchachos enlodados, que irrumpen sin ceremonias y se sientan con toda seriedad en espera de historias y cuentos tártaros.

Con frecuencia alguno de ellos me trae un pato silvestre que ya están emigrando, o un par de *tármigans* —especie de palomas norteñas—, o un cesto de peces grandotes. No piden nada por ello; pero yo siempre les pago con ropa, pues sé por experiencia que esperan algo en recompensa y vienen cien veces al día hasta que logran lo que pretenden.

Tomo el regalo y lo pago y asunto concluido. Conviene, además, que el Misionero viva con una independencia absoluta, para poder amonestarles a todos libremente sin que nadie pueda excusarse con la reconvención de que él mantiene al Misionero.

---

<sup>1</sup> Advierta el lector que este artículo se escribió en Octubre de 1938.—  
N. del E.

**Jueves.** Tengo en casa luz eléctrica, porque un Misionero aficionado a la Mecánica instaló una batería que carga un molino de viento. Estos molinos de viento se van esparciendo por Alaska con tal rapidez que pronto la Mancha se va a quedar tamañita.

Pero a veces no sopla el viento en dos semanas y entonces hay que agarrarse a las lámparas de petróleo. O viene de pronto un huracán que estropea la hélice. Esta hélice me da más que hacer que la borrachera indígena; pero, a fuerza de paciencia y de limar tornillos desgastados, la batería se carga con relativa regularidad y puedo leer a la luz clara de una bombilla.

El Misionero aquí tiene que ser electricista, carpintero, herrero, cocinero, etc., etc. Después de dos horas de tarea, subido a la cúspide de este elevadísimo molino de viento — ¡cuánto me he acordado de Don Quijote! —, hago funcionar la hélice y me siento a descansar rezando el Breviario.

Luego voy a visitar el criadero de nutrias y zorras que tiene a poca distancia, de aquí un señor entrado en años.

Guarda la propiedad un perrazo suelto que se me vino como un rayo; pero se llevó tal bastonazo en el hocico y le miré con tales ojos, que el mastín huyó despavorido y aullando como alma que lleva el diablo. El hocico es un sitio peligroso y se puede matar a un perro de un golpe seco en ese lugar; pero, cuando a uno le viene un mastín, no se paran mientes en eso; allá va el bastonazo y sálvese el que pueda.

El buen señor me enseñó con mucha cortesía los viveros. Para más animación les dio de comer peces helados que devoraban con verdadero frenesí. Los machos a un lado y las hembras a otro; y cada bicho en una caseta muy artificiosa donde saltan, y corren, y toman el sol.

Las zorras viven en unas alambradas muy altas y disponen de un corralito lleno de departamentos donde se dan la gran vida.

Mi presencia las ahuyentó a todas en una fracción de segundo y se metieron en las madrigueras. El amo las llamaba y salían, pero al verme, se volvían a esconder. Tuve que retirarme y atisbarlas, mientras iban muy confiadas a comer en las manos mismas de su amo.

Las nutrias eran más formales y se dejaron mirar sin tanta esquivez.

\* \* \*

Luego entré en la vivienda del señor a charlar con él, pues se me había quejado de que nunca le visitaba. Una mirada a los libros de los estantes me avinagró el rostro y todo el organismo. Allí no había más que los peores libros que se han escrito en la última centuria. Las obras del ateo Ingersoll, que se pasó la vida estudiando el Antiguo Testamento para maldecir a Dios llamándole los nombres más execrables; la vida de Jesucristo, por Hubbard, cuyas páginas son un tejido de blasfemias libros sectarios que llaman al Papa el anticristo; novelas de tinte anticatólico, y hasta tenía una Biblia en caricaturas que parodiaban el sagrado texto de la manera más repugnante.

Este pobre señor, a fuerza de leer, y discurrir, y meditar, y volver a leer estas porquerías, ha llegado al convencimiento íntimo de que no hay Dios. En política vi que abominaba de Franco. Todos los ateos y librepensadores que he tratado en los dos últimos años abominan de Franco. Es curioso ver cómo Dios los cría y ellos se juntan. Dios los cría buenos; pero ellos se tuercen, y se juntan, y se entienden a maravilla.

Se ve en la frente de todos ellos el signo inconfundible de la Bestia apocalíptica que los marca misteriosamente y les imprime un carácter diabólico inconfundible. Hombres encanijados por los vicios, decrépitos, calvos y arrugados, con una pipa maloliente entre las dos carreras de dientes sucios y ennegrecidos, con un pie en el sepulcro y un pasado detestable, se atreven a levantar al cielo unos ojos vidriosos por la embriaguez e, hinchándose como la rana de la fábula, afirman con todo aplomo que la ciencia hoy día ya no necesita la hipótesis de Dios. Le pregunté al hombre si vivía feliz y... después de estremecerse de un modo extraño, me respondió que sí. Lo dudé visiblemente y así quedó el negocio. Este señor fue el policía del distrito muchos años.

Ahora le sucedió otro que fue minero y que tampoco cree en Dios. Su padre era pastor protestante —luterano—, le hacía estar

en la iglesia las horas muertas cuando era chico y él cogió tal odio a la religión que ahora ni siquiera profesa creer en Dios.

No es que se emborrache francamente; pero bebe como un camello. En medio de esta defección catastrófica y de esta apostasía casi universal, hay que procurar ser del número de los pocos y agarrarse a aquello de que "el que perseverare hasta el fin, se salvara".

Por la noche, para quitar el mal humor, que me había invadido, leo a Santa Teresa y recobro gradualmente la paz alterada. Luego apago la luz y toco un cuarto de hora el acordeón. Toco canciones españolas que terminan por ponerme de muy buen humor. ¿A qué viene el perder los estribos porque un viejo insista en que el Papa es el anticristo? ¡Con su pan se lo coma!

\*\*\*

**Viernes.** Cae una nevada de primer orden. En la bahía se ven llanuras de hielo de varios kilómetros cuadrados. El invierno se nos está echando encima a todo correr. Al iniciarse la bajamar el agua arrastra mar adentro hielo flotante, como un río de corriente rapidísima.

Parece que la bahía tiene vida y se mueve y forcejea y se pasea de adentro para afuera y viceversa. El hielo al chocar incesantemente despide un siseo o ruido típico, que invita al reposo. La gente se planta frente al agua en movimiento y apunta y grita cada vez que una foca asoma la cabeza entre los hielos.

Mi amigo Ramón no deja el rifle de la mano y al anochecer tiene en casa tres focas descomunales. Su madre desuella pronto una de ellas y manda a la rapaza con un plato de hígado para que yo me dé el gran banquetazo. Hígado purísimo y lo como en viernes—aquí no tenemos la Bula de la Cruzada—; pero la foca vive en el agua y es considerada como pescado.

Por la tarde vienen los niños al catecismo y empleamos media hora en machacar solas tres palabras: confesión, eucaristía y Smo. Sacramento. Estas tres palabras para ellos son tan difíciles de pronunciar y tan misteriosas que media hora no basta ni muchísimo

menos. Pero ahora es la ocasión. Cuando llegan a viejos es perder el tiempo.

Muchas veces me asalta el pensamiento de si vale la pena tener aquí un Misionero con tan pocos cristianos y con posibilidades tan escasas de prosperar. Es la tentación más común con que el demonio molesta a los Misioneros de Alaska.

La respuesta es que en otras partes se hace todavía menos; que también los eskimales tienen derecho a la salvación; que es cosa vergonzosa que los mercaderes vengán y vivan en las regiones polares por hacer dinero y nosotros nos arredremos y no queramos venir a ganar algunas almas, pocas o muchas, pero, al fin, almas redimidas por Jesucristo; y finalmente nos escudamos con la respuesta general de que estamos aquí haciendo la voluntad de Dios.

También en el cuerpo místico de la Iglesia hay órganos y miembros secundarios, pero no por eso inútiles. Bien están la cabeza y el corazón y los brazos y los pies, pero no hay que olvidar las pestañas, el cabello, las uñas y otras menudencias no tan menudas. Para que el cuerpo sea vistoso es menester que no le falte nada y que no tenga ni mancha ni arruga ni cosas por el estilo. Tiene que haber una lámpara y un sagrario en todas y cada una de las regiones del planeta diminuto que habitamos.

\* \* \*

Por la noche vienen los adultos, unos 25, y de ellos sólo 4 hombres. Después de un poco de acordeón y de algunos cantos sagrados, a remolque del armonio, empezamos el catecismo. Ellos están sentados, pero yo estoy de pie.

Es un hecho averiguado en psicología que el que habla de pie, y cerca del interlocutor sentado, da más peso y autoridad a lo que dice y, el que escucha sentado, es más propenso a recibirlo todo a carga cerrada, como si estuviera también en un plano inferior, mentalmente hablando; por eso a los procesados los interroga un abogado de pie y con el dedo apuntándole a los ojos. El pobre reo, sentado y mirando para arriba a la cara del acusador,

siente sobre sí todo el complejo de inferioridad y lucha con armas desiguales.

Los eskimales no pueden ser excepción a esta regla general. Si me siento entre ellos, todos estamos en el mismo plano; si explico paseando, y parándome a recalcar puntos más importantes, con el índice extendido y la cara un poco más seria que de ordinario, entonces escuchan boquiabiertos y tragan mejor el bocado. Al final les pregunto si tienen algo que objetar o si se les ocurre hacer alguna observación. Jamás la han hecho.

Cuando eran cuákeros y frecuentaban la otra iglesia no tenían inconveniente en levantarse y hablar a la buena de Dios media hora. Allí cada uno era libre para definir y anatematizar lo que se les antojaba.

En cambio, en el Catolicismo, todo está ya cortado y explorado y definido más o menos explícitamente y ningún eskimal se siente con bríos para hacer sobre ello la más mínima observación. Lo cree todo sencillamente, y asunto concluido. En esto es más dichoso que el soberbio profesor o médico o escritor que duda de la propia existencia,

Cuando salen de mi casa ya es muy de noche, pero el cielo resplandece con una selva de estrellas brillantísimas, que alumbran perfectamente el camino. Con la llegada del invierno empiezan a visitarnos las auroras boreales.

¡Estas, éstas son auroras y no aquellas del Yukón blanquecinas y raquílicas y de sólo un arco! Aquí son diferentes. Hay noches en que los arcos llegan a una docena y cubren todo el cielo y corretean por el firmamento y luchan unos con otros a fogonazos como dos árboles de fuegos artificiales muy próximos.

Al mirar a la estrella polar hay que echar para atrás la cabeza y estirar el cuello como cuando se mira al techo de una habitación. Hubo aquí un blanco original, que tenía unos sueños famosísimos. Solaba que estaba dormido en el extremo del eje de la tierra y que ésta, en su movimiento doble de rotación y traslación le despedía, como se despide una piedra con una honda y el pobre vagaba por el espacio infinito a merced de cualquier otro planeta.

\* \* \*

**Sábado.** Llega un aeroplano con varios blancos. Va a haber elecciones para mandar diputados a Washington y, en un país tan escasamente poblado como Alaska, 60 votos tienen mucho peso. Los propagandistas son del partido demócrata y echan unas arengas entusiastas a la multitud reunida en el almacén.

La multitud está formada en su mayor parte por eskimales que escuchan cifras, cuyo alcance sé yo que no abarcan, y oyen nombres para ellos ininteligibles como Congreso, ministro de Gobernación, tribunal de Garantías, leyes territoriales y otra jerga semejante.

Toda persona sensata ve que permitir a los eskimales votar es el colmo de la ridiculez, pues no saben lo que hacen y son victimas del explotador más astuto; pero son ciudadanos yankis y ¡viva la democracia!

En el aeroplano viene un minero con un brazo destrozado. Le hacen una cura a toda prisa y el pobre hombre entra en un sopor alarmante. Cuando le fui a ver al hospital deliraba con delirio de mal agüero. Me dijeron que era protestante, por lo que me retiré del campo cuya entrada me estaba prohibida. Al anochecer murió y en seguida hizo presa en el cadáver una putrefacción de lo más repulsivo que se puede imaginar.

En mi casa ruge la estufa y doy los últimos toques a una joven pagana, que ha venido con fidelidad a instruirse y está ya madura para el bautismo. Su hermana ya bautizada y un viejo vecino nuestro hacen de padrinos y la bautizo con toda paz.

Por la tarde tenemos confesiones. Ya es de noche y no he tomado nada desde el desayuno. Un pote enorme de patatas y arroz, más unas rajadas de un pez muy grande, más un pedazo de pan me dejan como nuevo. ¡Qué gusto da comer cuando hay verdadera hambre! No hay mejor cosa que comer sólo cuando hay hambre. Obligarse uno a comer a determinadas horas aunque no haya apetito, es, por lo menos, muy discutible.

Después de cenar oigo una gritería que se acerca y que se me echa encima y que me alarma unos segundos, hasta que caigo en la cuenta de que esta noche tenemos una boda. Toda la turba se quedó a la puerta y dieron paso libre a los novios y a los dos testigos o padrinos.

El novio no está bautizado, aunque promete poner los medios para ello antes de morir. Ella es católica.

Nuestros héroes salieron muy contentos y fueron escoltados por la plebe que gritaba lo mejor que sabía, pero que se contentaba con gritar sin echar mano a latas y cencerros y dar a los novios la cencerrada padre como hacen en muchas regiones de España.

\* \* \*

**Domingo.** Antes de amanecer llegó un aeroplano cargado de mineros, que vienen a asistir al entierro de su compañero Miguel. Uno de ellos me despierta y quiere saber a qué hora es el entierro.

Como yo le respondiera que Miguel era protestante, él me replicó que no, que Miguel había sido bautizado en la Iglesia católica como él; que los dos habían ido juntos a la escuela y a la iglesia; que habían pertenecido a los Estanislao de Portland; que, al morírsele la madre, Miguel fue adoptado por un señor sin religión, aunque había sido bautizado en el protestantismo. ¡Pobre Miguel! ¡Y no tenía más que 25 años!

Los mineros le trajeron una caja muy vistosa que tuvieron que cerrar herméticamente tan pronto como depositaron en ella el cadáver en putrefacción. A las diez tuvimos Misa cantada, como todos los domingos, a la que asistieron todos los mineros, con unas barbas que les daban aspecto de una partida de bandoleros. Tenían todos una constitución robustísima y eran de estatura hercúlea.

Estos son los que introdujeron el aguardiente en el distrito, con la diferencia de que ellos beben dos litros de una asentada y siguen tan serenos, mientras que los eskimales beben dos copas y ruedan por el suelo.

Entre los mineros se sentaba el diputado o senador que representa a todo el territorio de Alaska en las Cortes de Wáshington; un caballero católico muy simpático, que ha sido reelegido varias veces para el escaño del Congreso. Oye Misa con un devocionario en la mano como la monja más devota, y su ejemplo aquí consigue más fruto que todos los sermones que yo pudiera predicar.

Después de Misa traen el cadáver a la iglesia y, en presencia del ataúd, les echo un sermoncico sobre la muerte. Terminadas las ceremonias del ritual, procedimos al enterramiento aquí a cien pasos de la iglesia. Ahí están los restos de Miguel, descansando bajo la nieve, a 3.000 kilómetros de su ciudad natal. Algunos mineros dejaron la sepultura con lagrimones como perras gordas y con un hipo cavernoso salido de los antros insondables de aquellos pechos atléticos.

\* \* \*

Por la tarde me visitó el senador, acompañado del jefe de la policía territorial, y charlamos amigablemente al calor de la lumbre. Al despedirse metió la mano en el bolso y me alargó un billete de 10 dólares para que encargase aceite andaluz. Es de saber que los españoles en Norteamérica son conocidos por tres marcas: les gustan los toros, tocan la guitarra y guisan con aceite de olivo. Como aquí no hay plazas de toros y yo ya tengo un acordeón, los 10 dólares no podían ser para otra cosa.

En la visita me dijo que tenía noticias vagas de que Hitler había mandado tropas a Checoslovaquia. Aquí, en Kotzebue, Hitler y Checoslovaquia son palabras sin sentido, más misteriosas que los jeroglíficos de las tumbas egipcias. Aquí Checoslovaquia, y el Indostán, y Largo Caballero, son una misma cosa sencillamente, no existen. Y estamos mucho mejor. En los dos meses que llevo sin leer periódicos he engordado tres kilos y he dormido mucho más plácidamente.

Cuando por la noche salen todos y yo me quedo solo, me siento a la mesa de estudio y me considero el más feliz de los hombres. ¡Qué silencio éste y qué paz tan apacible! El tic-tac del despertador es inaguantable y tengo que retirar el reloj a otra pieza. Cuando el silencio se acerca a lo absoluto, la soledad echa de sí algo rumoroso, que no acierto a describir. Entonces se puede pensar en serio, sin embarazo alguno. San Juan de la Cruz aquí se hubiera remontado muchísimo más en las alturas de la contemplación.

En Kotzebue se está de primera. No hay aquí odios de razas, ni temores de invasiones militares, ni alarmas histéricas

infundadas, ni rencores nacionales acumulados en el rodar de los siglos. Tenemos, sí, la borrachera de los indígenas; pero como yo, por la gracia de Dios, no me emborracho, cuando considero el estado del mundo y los vaivenes de la vida y los peligros a que están expuestos tantos amigos míos por los despeñaderos de los Pirineos y otros frentes creo y afirmo que vivo en un verdadero paraíso.



**Kotzebue**

## V

### UNA TORMENTA SIN IGUAL

El mes de las tormentas. — A solas con Jesús. — Divagaciones de la imaginación. — La noticia del triunfo de Franco. — Domingo de Ramos. — La montaña de nieve. ¿Por dónde entra la nieve? — El ciclón continuo. — La Misa del Jueves Santo. — Después de la tempestad. — La Pascua de Resurrección.

Marzo es el mes de las tormentas. Ya se iba a terminar el mes y no habíamos tenido ni tormentas ni indicio de ellas. Los viejos se rascaban la cabeza y miraban al cielo con ojos de duda.

¿Acaso dejan de visitar a España las golondrinas, cuando, allá por San José, los días son más luminosos y benignos y como mensajeros del verano que se aproxima? Pues si las golondrinas nunca dejan de venir, ¿por qué van a fallar este año las tormentas a fines de marzo? Las tormentas aquí son tan infalibles como las golondrinas en España.

El 29 de marzo amaneció claro y sereno como los días precedentes para que no falle la ley general de que hay calmas que son presagio de la tormenta que se avecina. Al atardecer, el sol se escondió más pronto que de ordinario; y al anochecer, el cielo estaba plomizo y la brisa comenzaba a convertirse en algo más que una simple brisa. Desde entonces los acontecimientos se precipitaron con un ritmo desconcertante.

\* \* \*

### **Marzo 30, jueves**

No se ve nada. La tormenta va adquiriendo tales proporciones que lleva camino de convertirse en algo serio. Al abrir la puerta, la hallo tapiada por un muro de nieve que obstruye la luz y me da un susto que pasa luego. Es como si al abrir la puerta encontrara uno con un fantasma que hace muecas y amenaza con unas uñas retorcidas y muy largas.

Digo la Misa solo, sin que se me ocurra hacer señal con la campana. Da gusto tener en las manos a Jesucristo, mientras afuera el mundo es una madeja de remolinos vertiginosos de nieve que eclipsan el sol y convierten el suelo en un mar alborotado. Con Jesús se está bien, y hasta se sonríe uno con cierta despreocupación.

Toda la tarde el viento ha ido creciendo. Por la ventana no se ve materialmente más de cinco metros. Paso el día leyendo, escribiendo, haciendo gimnasia sueca, estudiando y rezando lo mejor que puedo. Me acuesto más temprano que de ordinario.

\*\*\*

### **Marzo 31, viernes**

La tormenta de hoy es mucho peor que la de ayer. La chimenea brama como cien toros bravos que ardieran vivos en una dehesa. La campana de la torre se cimbreaba sin cesar con una pausa rítmica que semeja un toque funerario sin fin. De pronto, la casa se sacude y... no pasa nada; creí que íbamos ella y yo a odiar por las nubes. Nuevas sacudidas; pero tampoco pasa nada. Me confirmo en que es más el ruido que las nueces y no paro mientes en las sacudidas que se suceden. Digo Misa solo, con toda la devoción que puedo acaparar y me resigno a pasar otro día de soledad leyendo, estudiando, escribiendo, rezando y haciendo gimnasia sueca. Ya no miro por la ventana; no se ve nada. Aunque tengo los ojos en el libro, la imaginación anda por los cerros de Ubeda, y se entretiene recordando al cartero eskimal que el año pasado se perdió en una tormenta parecida a ésta y se le agotó la ración de salmón helado y volvió al cabo de una semana con sólo tres perros. Los otros nueve se le habían helado. Los perros

resisten bien, si comen en abundancia. A dos días que estén sin comer, se debilitan y puede temerse de ellos cualquier cosa.

Sigo leyendo con los ojos, mientras la imaginación reanuda el hilo de sus divagaciones y me saca a cuento aquel pobre eskimal del otro lado de la bahía, que fue sorprendido por otra tormenta, mientras cruzaba en trineo una llanura, que le era conocidísima.

Los remolinos le desorientaron y dio órdenes erróneas al perro delantero. Llevaba en el trineo a un hijo de siete años y el pobre nene comenzó a dar muestras de atarirse. El padre se quitó el capote y se lo puso al niño; pero, sin capote, perdió el uso de los miembros y cayó para no volverse a levantar. Con capote y todo el niño se heló y fue hallado luego como una bola sobre la nieve.

El perro delantero, sin órdenes erróneas que le desorientaran, se guió por el instinto y llegó a casa con el trineo vacío. Todos los perros estaban sanos y buenos; pues, cuando les amenaza un peligro común, parece que lo huelen; y, en vez de reñir y matarse, tiran como movidos por un solo resorte hasta que se ven en lugar seguro. Como me es muy difícil concentrarme en la lectura dejo el libro, hago los ejercicios espirituales de la noche y me acuesto.

### **Abril 1, sábado**

La tormenta de hoy es muchísimo peor que la de ayer. El ruido de la tormenta de aquí, en la cocina, semeja al de las máquinas de un trasatlántico moderno.

Digo la Misa solo y después del desayuno me calo el impermeable y la gorra de cuero que cierra cuello y cabeza, y con una pala entro, en calor, abriendo un túnel a través de la puerta, y saliendo a flor de nieve por una escalinata, también de nieve, con peldaños muy anchos para no resbalarse.

Logro incrustar en la nieve tres tanques de petróleo vacíos que defienden el boquerón de la escalinata y me pongo así en comunicación con el mundo exterior.

Fue una inspiración del cielo, a lo que veo. Dos horas más tarde venía un eskimal y me entregaba un telegrama. Es de saber que el gobierno tiene en Kotzebue una estación de telegrafía sin hilos; la única al norte del Círculo Polar.

Un señor de Boston, que me escribe semanalmente, con la regularidad de un reloj, me había prometido un telegrama en el mismo punto y hora en que el Generalísimo Franco entrase en el último pueblo rojo y quedase de hecho y de derecho amo único de España.

Yo ya había olvidado tan caritativa promesa. Al tomar el telegrama, veo que viene de Boston, a ocho mil kilómetros de Kotzebue. Decía así "DESE GRAN BANQUETAZO. FRANCO DUEÑO ESPAÑA. SALUDOS". El buen señor pagó ocho duros por el solo placer de darme tan grata noticia.

Le di al eskimal una libra de chocolate, y, apenas salió por el túnel, me entregué a extremos de alegría, marcando el paso por la cocina con el brazo levantado y cantando la Marcha Real, por no saber ni la letra ni la música del himno "*Cara al Sol*".

A una silla, que se me atravesó, le di tal puntapié que luego gasté dos horas con puntas y un martillo hasta que la dejé casi como nueva. Empecé un Tedeum cantado que terminé en voz baja muy entrecortada. ¡Gracias a Dios! El sueño dorado de tantos y tan aciagos meses, se ha convertido en realidad actual.

Tantas Misas dichas por el triunfo de Franco; tantas oraciones y lágrimas; tanto rogar e importunar a Dios en las gradas del altar las noches frías de invierno en estos altares silenciosos de Alaska; tantos artículos escritos para refutar la propaganda roja, que tomó por asalto las diecinueve vigésimas partes de la prensa yanqui; tantos discursos en las costas del Pacífico, inundando a los auditorios con datos, nombres, fechas y escenas de la guerra que se prolongaba congojosamente, deshaciendo embustes, pintando la realidad y procurando no perder los estribos al oír los nombres de Maritain y compañía; todo esto y mucho más, que me callo, fue bien empleado, y ahora se regocija el alma al recoger la cosecha multiplicada el ciento por uno.

Recuerdo que, cuando hacía yo una semana de retiro a fines de enero, un día, al ir a meditar, paseando por el hielo plano de una laguna vecina, me dio voces un blanco y me dijo silabeándolo que, según la radio, las tropas de Franco acababan de entrar en Barcelona. ¿Qué sabía aquel blanco de retiros ni de silencios religiosos?

Meditaba yo aquel día sobre el misterio de la huida de la Sagrada Familia a Egipto. Como el día del Juicio lo han de saber

todos, quiero confesarlo aquí públicamente y acusarme de que, en las dos horas largas que paseé por la laguna nevada, todo intento de meditar sobre el misterio mencionado fracasó rotundamente, siéndome por otra parte fácil y en extremo agradable meditar sobre la prisa que se estarían dando los rojos en su huida precipitada camino de los Pirineos. Todo se había terminado ya.

¡Habíamos triunfado! Aunque yo no había vestido el uniforme, hablaba en plural y afirmaba con todo aplomo que habíamos triunfado. Luego dispuse en mi cabeza lo que se había de hacer con los prisioneros, que serían muchos y muy variados; tracé planes de reconstrucción nacional; ascendí a generales a varios oficiales de rango inferior; levanté a Franco una estatua monumental; abracé y di palmadas en los hombros a todos y cada uno de los soldados nacionales y les dije frases sumamente encomiásticas y de aliento; y luego me puse a preparar el banquete de la Victoria: carne de reno con arroz, patatas, cebollas y tomates que venden aquí en botes en el almacén; una tortilla dorada que parecía un sol; pan, mantequilla y una taza de te.

Lo comí todo muy distraído, ocupado como estaba en reconstruir la España Imperial. ¡Ni un alma a quien comunicar tan histórico acontecimiento! Afuera la tormenta seguía lo mismo. Sobre un banco de la iglesia hay un montón de ramos. No sé si dejarlos ahí o echarlos al desván.

\* \* \*

## **Abril 2, Domingo de Ramos**

La tormenta sigue impertérrita. ¿Tocaré la campana? La toco y veo con asombro que un grupito de eskimales luchan penosamente contra viento y marea, y vienen a Misa.

¡Ay, cómo llegaban! La nieve se les había metido por los pies y los había blanqueado como si estuvieran pintados de cal. Venían cegados, encendidos los rostros por lo difícil de la respiración, bufando y acoceando el piso y semejantes en todo a seres del otro mundo.

Al entrar en el portal, se sacudían y llenaban el piso de nieve que yo barría con una escoba. Se acercaban cautelosamente a la

estufa que allí cerca chisporroteaba y luego se sentaban y se miraban y empezaban a sonreír y a vivir.

Tuvimos la bendición de los ramos como en cualquier otra iglesia de la cristiandad, y un joven más inteligente leyó en inglés el Evangelio, mientras yo lo leía en silencio al extremo del altar.

Tuvimos una instrucción catequística sobre el significado de la Semana Santa, y los pobrecitos se encapucharon de nuevo a forcejear contra el vendaval furioso camino de sus casuchas sepultadas en la nieve.

Yo me vuelvo a quedar solo. Salir de casa sería exponerme a extraviarme apenas traspusiera los umbrales. El eskimal se agazapa y se arrastra y sigue por instinto rastros invisibles que le llevan a la choza, aunque todos los años se dan casos de indígenas perdidos y hallados muertos y helados a veinte pasos de sus casas. Se hartaron de rodearla y de pisarla sin verla en medio de una tormenta tenebrosa hasta que sucumbieron. Parece increíble si no pasara aquí, en estas mismas calles.

\*\*\*

### **Abril 3, Lunes Santo**

La tormenta sigue sin amainar. A eso de las dos de la tarde el huracán afloja unos momentos y veo por la ventana, con asombro, que entre mi casa y la próxima, que distan unos cien pasos, se está formando una montaña de nieve que se va acercando cada vez más a los cristales de mis ventanas.

Ahora me explico por qué no se ve. Es una montaña compacta de nieve cuyas cumbres se alzan y alzan con el soplar del huracán que la va amontonando y apretujando. Entre el muro de nieve y mis paredes no hay arriba de tres metros.

Por este callejón de tres metros el viento pasa silbando y bramando con un furor rabiosísimo, y yo empiezo a preocuparme de lo que ocurriría si el callejón se estrecha más y el muro de nieve se desploma sobre las ventanas.

Confío, sin embargo, en que el ímpetu del viento barrerá sin compasión hasta el más diminuto copo de nieve que quiera quedar-

se en este canal de aire impelido por fuerzas titánicas, y que llegará un momento en que el callejón no se podrá estrechar ni una pulgada más.



La chimenea continúa con sus gritos de angustia, y la campana no cesa de lanzar al aire sus acentos funerarios. Toda la naturaleza está desatada. ¡Ay del trineo cogido en campo raso, o del aviador impaciente y arriesgado, o del pescador que se adentró demasiado por el hielo de la bahía en busca de focas!

La naturaleza está desencadenada, furiosa, rabiosa; va con el puño en alto y blande un puñal de dos filos envenenado que hundirá implacablemente en las entrañas de la víctima que caiga en sus brazos mortíferos. ¿Cuándo amainará el viento, y cesará de volar la nieve por el espacio y veremos el sol en un cielo azul y sereno? Pero ¡eso es soñar! Los techos y tabiques crujen de nuevo, y el oleaje de remolinos de nieve sigue azotando con saña diabólica cuantos objetos se alzan sobre el nivel del suelo. Han vuelto las golondrinas. Las tormentas de marzo vienen de nuevo a saludar a los moradores del Círculo Polar Ártico,

Yo leo, estudio, rezo, hago gimnasia sueca, escribo cartas y guiso unos peces helados que conservo en un portalillo donde el fragor del huracán hace riza en los nervios más ajustados y mejor dispuestos. ¡Qué largas son las horas! Los monjes de la Tebaida se me van haciendo más familiares.

\* \* \*

## **Abril 4, Martes Santo**

La tormenta sigue un poco peor que ayer. No acierto a divisar el muro que se alza junto a los cristales de las ventanas. Tal vez está muy cerca, pues los copos sacuden los vidrios como látigos, señal de que el callejón se va estrechando.

¿Lucirá el sol en alguna parte del universo? ¿Habrá en la tierra algún lugar donde la gente camine por campos verdes y floridos, en un ambiente de calma y con un cielo apaciguado y transparente? Aquí, en Kotzebue, vivimos como en un submarino. El ambiente y la atmósfera todo ¿qué son sino un mar de nieve que nos envuelve en sus olas procelosas? Cada choza es un submarino. No se sabe si vive gente aquí; y, presuponiendo que viven, no se sabe si despiden humo las chimeneas, ni si sale alguien de casa.

Es evidente que en todos los hogares luce una luz brillantísima; pero al mirar por la ventana no descubro vestigio alguno de luz en ninguna de las casas que rodean a la iglesia. Nunca creí que la nieve era capaz de espesarse tanto.

Las rendijas de las puertas y ventanas no están bien rellenas de trapos. Mejor dicho, están lo más rellenas que se pueden poner; pero la tormenta de hoy es excepcional. Detrás de cada puerta y debajo de cada una de las ventanas hay unas dunas de nieve muy bonitas, que se formaron a pesar de todos los rellenos y de todas las trancas y picaportes,

La puerta trasera, aunque parecía que cerraba herméticamente, es una verdadera criba. ¿Por dónde entra la nieve? Eso no me lo preguntéis a mí; pero la nieve entró y está entrando.

Mirad, qué montículos de nieve tan monos se están formando nada menos que en tres sitios. ¿Acaso no entran los rayos del sol por un cristal sin romperlo ni mancharlo? Pues algo parecido debe pasar con la nieve de Kotzebue.

Yo no he querido tocar el acordeón por estar en Semana Santa; pero hoy cambié de parecer. Después de leer, rezar, estudiar, escribir, guisar y hacer gimnasia sueca, tomé el acordeón y toqué una infinidad de canciones.

Después de cenar, toco varios *Misereres y Lamentaciones* y me acuesto en ambiente de Semana Santa. El mundo exterior es

un misterio. En mi alrededor no hay más que viento huracanado, nieve, tinieblas y soledad. Es que vivo en las lomas del Polo Norte.

\*\*\*

### **Abril 5, Miércoles Santo**

No sé cómo es la tormenta de hoy. Ya me voy acostumbrando a lo que el primer día me pareció cataclismo catastrófico. Supongo que los defensores de Oviedo, y Huesca, y Verdún, y aun los mismos defensores del Alcázar de Toledo dormirían y hallarían tiempo para cortarse las uñas y aun para echar alguno que otro chiste en medio de aquellos bombardeos infernales.

Para mí éste es otro día de encierro forzoso en un edificio que no las tiene todas consigo, mientras el ciclón siga con estos humos. No se ve a nadie ni se oye otro ruido que el bramar alocado de la tempestad crónica que lleva camino de hacerse continua, perpetua y eterna. Que no me vengan a mí con sofismas los filósofos de oficio: se da el *continuo*; y quédese la tesis ahí sin más sofistería.

¿Quién sujeta a la casa en sus cimientos? Porque todo el conjunto da la impresión de que se han confabulado los terremotos, los ciclones, las trombas y los huracanes pasados, presentes y venideros y forcejean a lo gigante por arrancar la casa de los cimientos y divertirse con ella por los espacios interplanetarios.

Una vez acostado, tuve la pena de no estar de acuerdo con el regalón de Tibulo que, como nos dice él mismo en su celebrada Elegía, nunca gozaba tanto como cuando oía llover desde la cama; o cuando, acurrucado entre las mantas, oía, calentito, los zumbidos del vendaval que a tantos remeros traería a mal traer. ¡Hubiera querido yo ver a Tibulo anoche en esta aldea de Kotzebue!

\*\*\*

### **Abril 6, Jueves Santo**

Hoy en las parroquias de la cristiandad se tiene Misa solemne y se visitan los monumentos. Por la noche se cantan las Tinieblas

con sus Lamentaciones seculares, que enternecen el corazón y sugieren al alma pensamientos y deseos de hacerse mejor.

Aquí no podemos gastar esos lujos. La tormenta de hoy es tal vez peor que todas las demás reunidas. En absoluto no tengo derecho a decir Misa privada; pero rigurosamente hablando ésta es una parroquia y mi misa es por el mero hecho la misa parroquial, vengan parroquianos o no vengan hoy.

Si los Canonistas de Roma estuvieran en Kotzebue, concluirían, después de atar todos los cabos, que sí; que se puede decir misa el día de Jueves Santo en Kotzebue.

Además, si me quitan a mí la misa, me quitan el único sostén que me tiene en pie, y caeré, y me enfadaré, y agarraré una silla y destrozaré a silletazos esta chimenea de cinc que me está fastidiando con sus bramidos tremebundos. Arreglo el altar como de costumbre y, justamente antes de empezar a revestirme, oigo ruidos extraños a la puerta.

La abro y veo que entra algo blanco y arrollado que se mueve y me habla y me desconcierta. Es una eskimala de 50 años que me dice a secas cómo no pudo resistirse y se echó a la calle y vino, porque no quería perder la Sagrada Comunión este día, el aniversario de la institución de la Eucaristía.

Se extravió muchas veces por el camino y creyó que iba a perecer en algún ventisquero; pero se encomendó a Dios, y luego torció no sé cómo y de repente vio que estaba a la puerta de mi casa. Me decía todo esto mientras se sacudía y llenaba de nieve el pavimento que yo barría con la escoba, mitad asombrado, mitad emocionado, al ver una fe primitiva tan sincera, que me avergonzaba y alentaba y que, sin duda, llenaba de alegría a los cielos. Ya seca, y sin nieve, y después de empuñar en las manos el rosario entró en la capilla muy escandalizada porque no venían los demás. Los héroes son así. No comprenden cómo los demás no son héroes como ellos,

Después de misa quise invitarla a tomar una taza de te o café que la fortaleciera para desandar el camino de la amargura; pero, antes de que yo acabara de quitar las vestiduras, ya empezó ella a adobarse para salir. Salió dando un portazo para que no entrara la nieve, y yo, por instinto, pegué las narices a los vidrios para ver cómo se las bandeaba.

La pobre vieja trepó por el muro, pero cayó y el viento la arrastró unos pasos. Volvió a gatear muro arriba, ya toda blanca, y la perdí de vista en menos que se gasta en decirlo. Con gusto la hubiera yo guiado; pero es de todos sabido que si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la trampa; y si uno se ahoga y le ve otro que no sabe nadar, menos malo es perder una vida que dos.

Estos pensamientos crueles me asaltaban mientras recapacitaba sobre la suerte de la pobre vieja. Yo pasé otro día de encierro forzoso con los ejercicios de costumbre.

\*\*\*

### **Abril 7, Viernes Santo**

Dios aprieta, pero no ahoga. Hoy, al levantarme, vi con gozo que lucía el sol, y el viento había cesado, y la chimenea estaba muda. ¡Gracias a Dios! Después del desayuno tomé una pala, salí afuera y quedé como hombre que ve visiones al contemplar atónito los efectos de esta tempestad sin igual.

El telegrafista me informó que la velocidad máxima del viento había sido de 124 kilómetros por hora. En los anales de su oficina se conserva el registro de una tormenta de 138 kilómetros, sólo que tuvo lugar en el verano, cuando no hay nieve.

Por entre las casas hay montículos de nieve, que no había antes. Desaparecieron los rastros, los senderos y hasta las mismas calles.

Subido en la cima del muro famoso de nieve, tan alto como el tejado, con la pala al hombro, pude espaciar la vista por el horizonte y extasiarme ante aquel panorama blanco, mudo, inerte y como muerto.

A la tempestad ha sucedido una calma absoluta. Al noroeste hay espejismo y se divisan montes que no se ven a diario. La nieve envuelve el campanario. Trepó hasta la veleta abriendo delante de mí peldaños con la pala y, ya arriba, lo demás es sumamente encantador.

Esta nieve es seca y dura; no moja ni siquiera humedece, como si fuera arena; pero está compacta y apretada como cemen-

to. Al cortar con la pala un bloque, éste se desliza campanario abajo con suavidad mayestática y se estrella en la hondonada contra un ribazo muy duro.

Es cosa fácil arrancar bloques enormes que luego ruedan precipitadamente con sólo darles un leve empujón. Poco a poco queda descubierto el campanario por el lado por donde estaba cubierto, y sigo arrancando bloques más abajo hasta que me fatigo y lo dejo. Hay trabajo para varios días. En mi vida he visto tanta nieve.

Por la tarde tuvimos el ejercicio de las Siete Palabras, adaptadas a su alcance con algunos himnos a propósito. Siguió luego el *Via Crucis* y terminamos con la adoración de la Cruz. Vino un grupo muy respetable. Entre cada Estación del *Via Crucis* cantan una estrofa del *Stabat Mater* en un latín mejor pronunciado de lo que yo esperaba.

\*\*\*

El Sábado Santo por la tarde lo pasé en casa oyendo confesiones. No hay cosa que tanto le moleste al eskimal como fijarle tiempo y hora para hacer algo. Por eso les agrada oír anuncios como este:

"Mañana, Dios mediante, el Padre estará en casa desde mediodía hasta las ocho de la noche, desocupado y dispuesto a confesar a todos los que vengan a cualquiera de esas horas".

Y así sucede. Van viniendo separadamente, a intervalos mayores o menores, hasta que a eso de las ocho ya no viene nadie. El Domingo de Pascua se llenó la iglesia de católicos, infieles y cuákeros curiosos y tuvimos una Misa cantada muy hermosa, coronada con cuarenta comuniones.

Hay que notar que hace diez años no había aquí vestigio alguno de catolicismo. Por la tarde tuvimos Bendición solemne con el Santísimo, que amenizaron con himnos muy bien ejecutados.

Al misionero le hormiguea un placer interior inexplicable al verse solo entre estos eskimales, que hacen la genuflexión en la iglesia y entonan himnos eucarísticos a Jesús Sacramentado.

No hay duda que Jesús quiere vivir aquí. Ya se las arreglará El para hallar Misioneros que, dejando las 99 ovejas en el aprisco, se aventuren a extraviarse por cerros y valles en busca de la oveja perdida que vive extraviada en las tribus eskimales, en los desiertos africanos, en los ríos sagrados de la encantada India, en las islas diminutas del Pacífico y en tantos otros eriales del globo que habitamos.

Hoy la aldea de Kotzebue está un poco alborotada, porque cinco pescadores que andaban por la bahía, muy lejos, en busca de focas, no han vuelto ni dan señales de vida.

Corren de boca en boca historias de pescadores de antaño que fueron sorprendidos como en ésta, y el hielo se rajó y fueron llevados mar adentro camino del polo.

Unos aparecieron un año más tarde en las costas norteñas adonde un viento contrario y una marea favorable arrastró el bloque de hielo en que habían cabalgado tres o cuatro semanas; otros, no volvieron, o porque se ahogaron o murieron de hambre, o porque el viento y la marea los arrastraron a las costas de Siberia donde tal vez vivieron felices y cargados de hijos el resto de sus días.

Acaso a alguno se le antoje esto una verdadera novela. Por desgracia aquí, en las lomas del Polo Norte, la realidad sobrepuja en fantasía a la novela más quijotesca.



## VI

### A LA LUZ DE MI LINTERNA

Tomando el pulso. — ¿Nelson o Kénez? — ¿Qué tienes hoy, Fred? — La foto de una Primera Comunión. — Al pie de una ventana. — A las doce y media de la noche. — A lo pies del Sagrario. — Una trucha de siete libras.

En una carta que acababa de recibir del P. Superior se me encargaba hacer las diligencias necesarias para ver de convertir al pueblo de Kotzebue. Había que meter la hoz en mies ajena; o mejor, en mies que, por no ser nuestra, peligraba en manos ajenas incapaces de recoger las gavillas para el Reino de los cielos.

Tal vez dando una dentellada fuerte en terreno enemigo y engrosando las filas ya formadas se iniciaría un movimiento en favor de la Iglesia católica y en un día no muy lejano veríamos a Kotzebue convertido, si no en un Noviciado, sí al menos en una parroquia católica de la que nos podríamos gloriarnos.

Al día siguiente, domingo, faltaron muchos a Misa y apenas tuvimos *quorum* para la Bendición con el Santísimo al anochecer. Me extrañó un poco el suceso, pues no esperaba tal acontecimiento ya a la entrada del invierno, cuando la gente deja las pesqueras y yacimientos mineros y se recoge a las aldeas a pasar los días crudos del clásico invierno alaskano.

Los médicos conocen la enfermedad poniendo el dedo en la llaga y tomando el pulso al enfermo. Los médicos de las almas, a mi modo de ver, tienen que hacer otro tanto para curarlas, so pena de arriesgar muertes desastrosas que en las almas producen mayor estrago aún que en los cuerpos.

Con estos pensamientos flotando por mi mente, en vez de acostarme, como debiera, por ser ya las diez y media de la noche,

me disfracé de salteador de caminos, metí en el bolso la linterna y, por si acaso, debajo del capote oculté un bastón corto y fuerte, y me eché a la calle.

El barro me salpicaba las polainas, y del norte soplabla una brisa con llovizna tan penetrante que volví a casa a echar encima otro capote para evitar resfriados.

\*\*\*

Vuelto de nuevo a la calle, apenas había doblado la primera esquina, topé con un grupo de mozos que fumaban junto a la pared y hablaban todos a una y se tambaleaban y reñían. Uno de ellos me vio pasar y gritó con voz cascada y aguardentosa

—Ahí va Nelson; ése lleva vino.

Y todos a una, se me vinieron gritando:

—Eh, Nelson, ven acá. ¿A dónde vas? Danos un trago, hombre.

Dos de ellos al avanzar hacia mí cayeran redondos en el barro lodoso, los tres restantes lograron tenerse en pie y llegar sanos y salvos a donde yo les esperaba. Al acercarse, despidieron un olor repugnante a vino que apestaba. Tenían los ojos vidriados y la boca abierta por la que se desprendía a intervalos una baba sucia que provocaba náuseas.

— ¿Vas a bailar? —insistían. —Aguarda un poco, hombre, y danos un trago, que no estamos borrachos.

Y todos a una, incluso los que aun forcejeaban por levantarse y tenerse en pie, gritaron:

— ¡Qué vamos a estar borrachos!

Mi silencio los traía a mal traer y uno de ellos la idea de que yo no era Nelson, sino Kénez; pero la idea no prevaleció y los demás quisieron reforzar su opinión con mi propio testimonio preguntándome bonachonamente,

— ¿Verdad que no eres Kénez? ¿Verdad que eres Nelson? No hagas caso de éste que está borracho. Pero el aludido se ofendió que le llamaran borracho y la emprendió a puñadas con el grupo. En el aire resonaban palabrotas y rodaban por el barro

cuerpos perezosos que me dieron ganas de aplastar con el pie como se aplastan los sapos. Los dejé revolcándose en el cieno y avancé calle abajo camino de la taberna.

\*\*\*

Antes de llegar oí voces y ruido en una tienda de lona débilmente iluminada donde vive una familia católica con cinco hijos pequeños. La madre estaba desgredada, con los ojos hinchados y algunos rasguños menores en las mejillas, borracha hasta los huesos. Los niños habían huido de la quema y se habían guarecido en chozas próximas.

El marido y la mujer habían tenido una riña descomunal, cuando más llenos estaban de aguardiente, y en la refriega cayeron sobre la cama y partieron en dos el catre raquítrico donde dormían acurrucados los pequeñuelos.

Ahora él estaba roncando en un rincón y ella contaba la pasada hazaña a un grupo de eskimales borrachos, que se apiñaban junto a un hornillo apagado. Me tuvieron por un borracho más y nadie extrañó lo más mínimo mi presencia; por eso me enteré de cien detalles que luego tengo que explotar en las instrucciones catequísticas.

Seguí calle abajo y topé con tres parásitos que, para estar de pie, se apoyaban en las cabezas como los rifles de los soldados que se apoyan sobre las bayonetas en grupos pequeños, mientras los soldados descansan de la caminata. Como de noche todos los gatos son pardos, me arrimé a ellos lo más posible para conocerlos. Estos me tuvieron por Fred Henry y me invitaron a terminar la botella. Como me negué a ello, el que la tenía en las manos se la ofrecía temblorosamente al de la izquierda y le decía:

—Acábala, hombre, acábala tú, que luego compramos otra.

Y, sin hacerse de rogar, el paisano llevó la botella a los labios y la terminó, haciendo antes unos gorgoritos muy agradecidos. Luego se me encararon los tres y quisieron saber por qué no había bebido. — ¿Qué tienes hoy, Fred? ¿Por qué no bebes?

Y uno de ellos supuso en voz alta que yo no era Fred, sino algún advenedizo. El Fred que ellos conocían era incapaz de

rehusar un trago; de sobra lo sabían ellos, aunque estaban borrachos. Los dejé disparatando en plena calle y seguí adelante.

Ya junto a las paredes de la taberna vi venir una mujer, que caminaba como una culebra. No se caía por más que la fallaban las rodillas; pero culebreaba que daba gusto verla. Descubrió un bulto junto a la pared y se acercó a él; pero el bulto estaba vivo, y la prójima se asustó y dio un salto y volvió atropelladamente hacia las puertas de la taberna.

Entonces me entró a mí curiosidad de saber qué bulto era aquel y me acerqué cautelosamente con la linterna. Sobre el envoltorio de vestidos andrajosos descollaba siniestramente el rostro airado y emborrachado de una mujer muy joven, retrato acabado de la arpía más feroz e iracunda que han inventado los poetas.

— ¿Quién eres tú, ladrón? —me dijo con ojos de fuego—. Márchate, canalla, que hoy no estoy para bromas.

Y como yo me mantuviese indeciso, se irguió, sacó las uñas y se echó tras de mí toda furor. La pobre no avanzó mucho. Tropezó, cayó, y allí la dejé barboteando maldiciones. Entonces no pude más y dejé que me corrieran unas lágrimas que me serenaron un poco.

La tal arpía se hizo católica en 1934. Hizo la primera Comunión en la Misa de Gallo y al día siguiente, Navidad, el P. Menager sacó una fotografía del grupo. Eran ocho. En la foto están todos con las manos juntas y les cruza el pecho una cinta roja con la imagen del Sagrado Corazón.

Nuestra protagonista ostenta una sonrisa candorosa. Si se la sacase del grupo y se la pusiese en cuadro aparte, semejaría una virgencita que caería muy bien en algún altar lateral. En la foto aparece al lado de Enrique. Los dos se cansaron de ser católicos.

Por fin, hará cosa de una semana, se casaron por lo civil.

¡Oh, los misterios de las almas! Al dejarla allí en las tinieblas de la noche sobre el barro, oliendo a vino y aguardiente y echando maldiciones, la foto de su primera Comunión con las manos cruzadas ante el pecho, se apoderó de mí con una fuerza irresistible que me emocionó. Me dieron ganas de... enviar la foto a

EL SIGLO DE LAS MISIONES, pero... mejor es no seguir meneándolo.

\*\*\*

Por fin llegué a las ventanas iluminadas de la taberna. El tabernero es un católico austriaco que lleva en esta región 42 años, uno tras otro. Fue cartero desde Kotzebue hasta Point Barrow, el Cabo más norteño de Alaska.

Cuando los aeroplanos contrataron el correo, el austriaco se hizo tabernero y vive escanciando copas en el mostrador a esquimales hambrientos. Por la primera ventana vi cómo bailaban en un salón repleto de humo de pipa maloliente.

Por una puerta abierta, entraban y salían y se metían en la taberna propiamente dicha, donde Pablo vendía botellas de licor. Este Pablo fue considerado aquí hace años como la base, plinto, columna y fundamento de la Iglesia Católica. Tanto, que el P. Menager le dio el sobrenombre de Vicario general.

Poco a poco el Vicario se hundió hasta los ojos en el negocio del vino, y hoy día vive de eso exclusivamente: Este Vicario me ha venido diciendo por activa y por pasiva que en su casa no se ha emborrachado nadie ni se emborrachará jamás, porque él, católico a machamartillo y con una conciencia de monja, no tolerará jamás semejante cosa. Eso suena muy bien en mi cocina. Anoche era diferente. No se imaginaba el Vicario que yo le estaba viendo por los cristales de su ventana, a las doce de una noche fría y lloviznosa. Y, sin embargo, así era.

El Vicario tenía destapadas varias docenas de botellas de todos los tamaños y colores que tomaban las manos temblorosas de gente muy conocida. Una mujer no podía ya mantenerse en pie y se desplomó sobre un sillón. Un hombre la quería echar del sillón a viva fuerza y los dos rodaron por el suelo, emborrachadísimos,

La hija del Vicario, mi organista, iba de acá para allá, bebiendo aquí, bailando allá y desplomándose más allá.

El hijo del Vicario, monaguillo cuando era pequeño, ayudaba a su padre a descorchar botellas que daba a gente repleta ya de vino.

Por otra ventana observé a los que ya no estaban para fiestas y habían optado por sentarse y adormecerse en una especie de recibidor donde hay un crucifijo y un cuadro muy grande y hermoso del Sagrado Corazón.

El pobre Vicario cayó ignominiosamente del pedestal que él mismo había fabricado en mi cabeza. Le explicaré muy pronto aquello de que nadie puede servir a dos señores, y, puesto en el disparadero, se verá forzado a firmar su propia condenación. El único señor a quien este Vicario ha servido es al mismísimo Satanás en persona.

\* \* \*

Dejé las ventanas iluminadas de la taberna y me interné en unas encrucijadas, que hacen varias casas destartaladas, entre las que hay algunas tiendas de lona, donde viven algunas familias hasta que empieza a helar de firme. De una de esas tiendas salían unas carcajadas muy curiosas.

Una vez levantada la caza había que seguirla y metí la linterna por la hendidura que hace de entrada. No me detuve allí mucho.

Sobre una mesa, iluminada por una vela, jugaban a la baraja tres borrachos que braceaban y discutían acaloradamente. En un rincón, arrollados y abrazados y en las posturas más estrafalarias, roncaban unos diez hombres y mujeres, mezclados como si fueran cadáveres tirados allí de algún camión.

A las doce y media el Vicario no se tenía de sueño y echó afuera a toda la caterva de danzantes y bebedores. Al salir toparon conmigo; me tuvieron por uno de tantos y no se preocuparon lo más mínimo.

Una pareja se rezagó y seguía penosamente a los demás hasta que ella se desplomó. La levantó él lo mejor que pudo y los dos siguieron adelante tambaleándose ridículamente hasta que ella rompió a llorar y a decir entre sollozos las mayores tonterías imaginables.

Llegado que hubieron a una esquina, se arrimaron la pared y allí quedaron arrimados, ella gimoteando y él diciendo disparates. Abriéndome paso entre rezagados me encaminé a mi casica con el

corazón partido de dolor, los pies, fríos, los ojos cargados de sueño y todo el cuerpo molido por el cansancio. Eran las doce y media de la noche.

\*\*\*

Pero no quise acostarme así sin más ni más. Abrí la puerta que da a la iglesia y me arrodillé ante el sagrario a rezar el *parce, Domine, parce populo tuo; ne in aeternum irascaris nobis*, o, perdona a tu pueblo, Señor; perdona a tu pueblo; no estés eternamente enojado.

Este es el paganismo tal cual en sí es, sin máscaras ni adobos. Este es el paganismo que campeaba dos mil años ha, cuando Jesucristo nació pobre en Belén. Dos mil años de luz evangélica no han logrado disipar la lobreguez de estas tinieblas espesas que aun envuelven a una porción grande del género humano.

Kotzebue es un foco de paganismo puro y escueto. Todas las ideas que surgen a la mente cuando se oyen las palabras *gentilidad, paganismo, infidelidad*, pueden verse plasmadas y palpase aquí, en Kotzebue, con solo disfrazarse y salir de ronda una noche cualquiera por las callejuelas llenas de barro.

El que crea que ser Misionero es sinónimo de levantar el crucifijo en alto y llevarse de calle los pueblos y ciudades gentiles, se engaña de medio a medio. Eso no lo ha hecho nadie.

Desde el Calvario hasta el Gobierno rojo de Madrid, la empresa misionera ha sido una cadena larguísima formada por eslabones de conquistas, derrotas, más conquistas, nuevas derrotas, triunfos, fracasos, martirios, persecuciones, herejías, victorias parciales y fusión de sangre. No se avanza a paso de gigante, sino a paso de caracol. No se conquistan reinos; se ganan algunas almas dentro de los diversos reinos. Sólo uno de cada cinco en el mundo está bautizado en la iglesia católica. Mirado en conjunto, el mundo es aún pagano.

Cuarenta y dos años llevan en Kotzebue los protestantes cuákeros. Miembros de una secta que no tiene Sacramentos, ni

siquiera el bautismo, sin sagrario, sin Misa, sin cruz, todos sus razonamientos son fríos.

Quisieron levantar a esta gente al nivel sobrenatural con solos razonamientos y medios humanos de persuasión y prédicas, y fallaron. Tenían que fallar. Al nivel sobrenatural nos eleva la gracia, y ésta nos viene por los Sacramentos de que abominan los cuákeros.

Los eskimales de Kotzebue, sin bautismo, no hallaron ayuda alguna moral en la iglesia cuáquera y se desalentaron y cayeron en un abismo tan hondo que sólo una lluvia abundantísima de gracia divina los puede sacar a flote. Y de eso se trata.

Aquí, en medio de ellos, está el que los puede salvar. Aquí está el sagrario, iluminado día y noche por la lámpara litúrgica. Cada vez que me arrodillo ante él en el silencio de la noche, me pasma y abrumba la paciencia infinita de Dios, cuya arma no parece ser otra que la mansedumbre del cordero bíblico.

Todo en derredor es embriaguez, lujuria y paganismo; pero no importa: Dios sigue mandando los días y las noches y nos tiene continuamente la bahía repleta de los pescados más variados. Parece no quejarse. Algo así como si nuestro oficio fuera el ser malos, y el suyo el ser bueno; y como si ése fuera el contrato.

Sobre mis hombros de carne y hueso gravita la responsabilidad inmensa de traer al redil estas ovejas descarriadas que tienen en sus fauces lobos rapaces. Arrancar la presa, revivirla, nutrirla y mantenerla siempre en el rebaño, he ahí la tarea que me está siempre mirando de cara. ¡Pero qué cuesta arriba es esta tarea!

Hubo aquí unan moza que picó en el anzuelo, y vino y se instruyó en el catecismo lo suficiente para hacerse merecedora del bautismo. Siendo de todos conocidas sus andanzas y escapadas nocturnas, la puse por nombre Magdalena. Poco después nos hizo la visita oficial el nuevo Obispo de Alaska y, entre los confirmandos, puse naturalmente a Magdalena, que recibió la Confirmación con mucha gravedad y devoción.

Una semana más tarde la llevaron a la cárcel territorial de Nome, condenada a tres meses por desórdenes y violencias mientras estaba borracha. ¡Confirmación y cárcel en una semana!

Cuando se lo escribí al Sr. Obispo me contestó que se había leído media hora de un tirón y luego a ratos entre día.

No; aquí, en las lomas del Polo Norte, no se llevan de calle pueblos y muchedumbres. Hoy se convierte uno y mañana sale otro del redil. Más tarde se convierten dos, de los cuales uno viene a la iglesia de Pascuas a Reyes, y así sucesivamente.

— ¿Cómo hago para atraerlos? —le pregunté al Sr. Obispo.

—Echando raíces arrodillado ante el altar y presentando con toda sencillez y claridad la verdad evangélica a los que no rechacen la invitación. Esta respuesta es el programa.

\* \* \*

A propósito de cañones, el señor Obispo, mi antiguo Provincial, estuvo conmigo seis días. Le obligué a dormir en mi cama y yo me acomodé sobre unos bancos. Mientras yo guisaba y cocinaba, él me contaba historias y los dos nos reíamos beatíficamente.

Al terminar las comidas, yo lavaba en agua hirviendo los platos, y él los secaba con unos trapos bastante blancos, que yo había guardado en el desván para algún por si acaso.

Me alabó mucho mis habilidades culinarias en general y lo bien que preparaba el salmón en particular. Le dije que una trucha daba cien vueltas al salmón rey más dorado.

Al día siguiente nos regalaron una trucha de siete libras, y a los dos se nos empezó a hacer la boca agua. Pronto la corté y puse en orden las rajas, pero decidimos dejarla para darnos con ella la gran cena.

A eso de las seis, cuando ya estaba yo encendiendo la lumbre y preparando la sartén, viene zumbando el aeroplano, y el piloto nos avisa que su señoría ilustrísima tiene quince minutos para preparar las maletas. ¡Toda la trucha para mí! Ya camino del aeroplano, me decía en voz baja el señor Obispo:

—Siento mis perder esa trucha que Boabdil la pérdida de Granada.

— ¿Dónde oyó su ilustrísima hablar de Boabdil? —le pregunté con unos ojos enormes.

Y él me respondió:

— Antes de que usted naciera ya había leído yo en Washington Irvin los *Cuentos de la Alhambra*.



## VII

### ECONOMÍA DOMÉSTICA

La necesidad, madre de la invención. — Plancha, pan, calcetines, etc. — Cuestiones de cocina. — La comida a solas. — Las grandes novedades. — Carpintero, electricista y mecánico. — La lucha por la vida.

En una carta que me escribe la reverendísima Madre Superiora de un convento guipuzcoano, me pregunta quién me lava y me plancha los purificadores, os amitos, las albas; quién me hace las hostias; quién me amasa los molletes de pan, en caso de que haya pan en Alaska; quién me remienda los calcetines, y así por el estilo muchas otras preguntas caseras indicadoras de su espíritu maternal, caritativo, previsor y femenino.

Estas mismas preguntas me atormentaban a mí hace tres años, cuando el aeroplano me traía por las nubes, camino de Kotzebue. Ni un Hermano Coadjutor, ni una terna de monjas misioneras, ni un sacerdote al lado en estas pampas nevadas del Circulo Polar. ¿Cómo me las voy a arreglar yo solo; yo, que no tengo en mi haber más que inexperiencia en todas las esferas de la vida práctica?

Pero no tardé mucho en hallar la respuesta. La necesidad es la madre de la invención. El entendimiento apretado discurre que rabia. Y finalmente, ¿quién no recuerda el arpa arrinconada de Bécquer, repleta de notas dormidas en sus cuerdas, esperando la mano de nieve que viniera a arrancarlas?

Mis manos gordezuelas y toscas, distan mucho de ser de nieve; pero, sean como fueren, lo cierto es que han sabido arrancar todas las notas necesarias para armonizar con ritmo tolerable la

vida monótona que le espera a todo blanco que viene a vivir en Alaska.

\* \* \*

Una mestiza, que no ha cumplido los veinte años, tiene una plancha modelo que maneja con destreza inusitada. Me deja los purificadores, las albas y les amitos blancos y tiesos como si fueran nuevos. Las hostias me las mandan todos los meses frescas y tiernas las monjas Ursulinas de Pilgrim Springs, unos 150 kilómetros al sur de Kotzebue.

Lo del pan es aún más fácil. La esposa yanki de un minero también yanki tiene el don de amasar el mejor pan que he comido desde que salí de España. Vive en Kotzebue, a 200 pasos de mi casa. Al poco de llegar yo aquí, hicimos el siguiente convenio: yo compro dos sacos de harina y los llevo a su casa; uno es para ellos y el otro para mí. Cuando mi saco se termina, vuelvo a comprar dos sacos, y así sucesivamente. Yo no me preocupo de más.

Todos los lunes me trae dos molletes grandes que me duran toda la semana. Los yankis, a mi juicio, no comen una tercera parte del pan que comemos los españoles. La razón es muy sencilla: no saben amasar como se amasa en España. El pan yanki no tiene corteza. Todo es molledo; y un molledo blanducho que al mascararlo se hace pasta.

Aquellos escaños dorados y aquella corteza del pan español, que se quiebra entre los dientes como si fueran almendras, no los he vuelto a ver, ni espero volver a verlos. Mi panadera de Kotzebue saca una corteza muy rica y todo el pan es muy sabroso y alimenticio.

\* \* \*

En cuanto a remendar calcetines y otras prendas de vestir, yo mismo podía hacerlo si quisiera; pero se lo dejo a una semitullida eskimal que maneja la aguja con verdadero primor y que necesita algunos cuartos para vivir.

Esa es la vieja que me hizo un abrigo de pieles por todo lo alto y unas botas de piel por todo lo bajo. Luego la pago con café, azúcar, arroz, medias y alguna ropa interior de que yo estoy bien provisto merced a una organización de señoras yankis, que me mandan todos los años un cajón repleto de vestimenta de todos los usos, tamaños y colores. Hay otra cristiana mestiza, vecina mía, que me lava la ropa cada vez que lleno de ropa sucia un saco destinado al efecto. La ropa vuelve muy bien dobladita sin que falten botones ni se observen acá y allá cuchilladas ni descosidos. Es decir, que me trato a cuerpo de rey.

Nada más levantarme procuro hacer la cama, pues he visto por experiencia que, si no la hago entonces, no la hago en todo el día y es muy desagradable encontrarse con la cama revuelta al irse a acostar. Inmediatamente enciendo la estufa y me afeito. Luego barro el piso. En esto hay que ser inexorables y no dejar que pasen dos días seguidos sin hacer la cama, sin afeitarse ni barrer, pues dos días son muchos días y los hábitos repetidos forman pronto una segunda naturaleza.

Después de Misa preparo el desayuno, que es o puede ser variadísimo. Si no lo preparo entonces, no lo preparo nunca, y a eso de las doce tengo un hambre que no veo. Para salir del paso corto una rebanada de pan, que unto con mantequilla. Pero, mientras lo como a deshora, hago votos y promesas de no volver a dejar pasar la hora del desayuno sin un desayuno en toda regla.

Al día siguiente las promesas se las lleva el viento vuelven a dar las doce sin desayuno. ¡Siempre hay algo que hacer!

Últimamente he logrado ser persona formal y no hay día que no prepare el desayuno en toda regla, inmediatamente después de la acción de gracias que sigue a la Misa. Con un desayuno fuerte y con los dientes lavados y acepillados queda uno como nuevo y dispuesto a empezar el día con toda seriedad.

Por la noche preparo una cena nutritiva y abundante. El menú no puede ser más variado. En el invierno, carne de reno y tres variedades de peces que sólo entonces se pescan. En julio y agosto salmones y truchas. En septiembre gansos y patos silvestres sumamente grasientos y gordos. Por las Navidades, tármigans o aves nortañas. Y durante todo el año no me faltan patatas, cebollas, arroz, fideos y café.

Durante los guisos entretengo el tiempo con algún libro o revista. Son innumerables los trucos que he aprendido en la cocina. Si miro al puchero esperando que hierva no hierva jamás; en cambio, si tomo un libro, comienza a hervir antes de terminar la primera página.

Si estoy de pie junto al puchero con el libro en las manos, nunca hierva tanto que se derrame el caldo, porque estoy a mano y puedo levantar la tapadera; pero si me siento en una silla a varios pasos del puchero, entonces hierva en seguida y a borbotones y se me derrama el caldo. Cuando me levanto para quitar la tapadera, llego tarde.

A veces hago el disparate de ponerme a leer cartas mientras hierve el puchero, aunque sé y me consta que aquella vez me quedo sin caldo. Y dígame otro tanto del chocolate, de una tortilla o de cualquier otro condumio.

Cuando llega la hora de preparar la comida no se puede hacer otra cosa, so pena de estropear el cocido. Hay que dejar el libro, la revista de Misiones, las cartas, la máquina de escribir y todo lo demás que le llama constantemente a uno con unas voces estentóreas.

\*\*\*

Comer a solas tiene también sus intrínquilis. Tararear no se puede; silbar, tampoco; queda el leer, pero eso tiene sus inconvenientes. Si se lee algo interesante, se olvida uno del plato, y la comida se enfría.

Si se lee algo serio, la sangre tiene que acudir a la vez al estómago y al cerebro y el resultado es una mala digestión. Si se lee un periódico que ataca lo que uno considera poco menos que sagrado, la ira se sale de madre y termina uno la cena de mal humor.

Al cabo de mil fracasos en este particular he dado con un procedimiento que resulta bien: sujeto entre dos jícaras y un vaso, pongo el Kempis abierto al azar.

Si me canso de pensar y distraerme mientras como, leo unos cuantos versículos. Si me canso de tanto Kempis, como pacíficamente y sin disturbios psico-fisiológicos.

Terminada la comida o la cena, hay que fregar los platos con agua hirviendo. Mi predecesor —según me han dicho— solía amontonar todos los platos y demás servicios durante la semana, y los sábados llamaba a un par de chicas que se los lavasen todos de una vez.

Yo no he descendido todavía a ese nivel. Con un tesón que a mí mismo me admira, friego todos los días los platos y los coloco limpios en su lugar.

Me contó un Misionero, solitario como yo, que él al principio daba una importancia suma a la cocina, hasta el punto de que no osaba sentarse a la mesa hasta que veía que no faltaba nada, incluso la servilleta.

Poco a poco fue acortando en los platos y platillos, hasta que un día llegó a la sartén escueta. Es decir: guisaba algo en la sartén, y lo comía en la misma sartén. Así esquivaba el lavatorio que tanto llegó a aborrecer.

Pero resultó que tanta simplicidad no se avino bien con su estómago, que se vio atacado de úlceras muy difíciles de curar aquí. Aquello me dijo a mí que una de dos: o lavar los platos todos los días, o úlceras en el estómago. Opté por los platos.

\* \* \*

Nunca falta alguna novedad o sorpresa. Recuerdo perfectamente el día que me llegó la música del himno "*Cara al Sol*". Ya le habla puesto yo una música mía muy marcial; mas cuando me llegó la música genuina me apresuré a llamar al organista, un eskimal muy hábil, cojo, grotescamente bizco, chaparreo y muy charlatán. Primero tocó la pieza un par de veces, luego la canturreó hasta que yo la cogí. Ya en la cocina y formado militarmente, canté el "*Cara al Sol*".

Entonces se me antojó que yo en las lomas del Polo Norte era una hoja prendida al árbol de la patria por algo misterioso, imposible de aquilatar en concreto. De todo el himno lo que más

me electrizó fue la cadencia del *"Volverán banderas victoriosas — al paso alegre de la paz"*.

Desde entonces es tanto lo que he canturreado por casa el himno, que la rapacería se ha cogido la música, aunque no las palabras. Cuando yo lo canto medio distraído y la rapacería me acompaña a su modo, el conjunto es algo soberanamente sublime. Las dos señoritas de S. Sebastián, que me lo mandaron, me piden ahora la música que yo le había puesto al himno. No puedo complacerlas por aquello de que nadie está obligado a lo imposible.

La llegada del correo es siempre bienvenida. Poco a poco he ido redondeando mis conocimientos sobre la vida de los presos en las cárceles rojas. Las "FLORES DE HEROÍSMO", del P. Alonso, a quien conocí en Granada, me pusieron al tanto de los acontecimientos en Málaga. Allí pude ver asesinatos al por mayor, preferentemente el asesinato de los oficiales de Marina. Entonces me empecé a familiarizar con las palabras "sacas" y "el paseíto".

"LA EPOPEYA DEL ALCAZAR DE TOLEDO", escrita por el P. Risco me llevó de la mano desde el mismísimo 18 de julio hasta la entrada de las tropas libertadoras. Varias veces en la lectura del libro estuve a punto de vengarme en alguna silla o puchero, pero me contuve y lo leí todo sin más novedad. Llorar de rabia y entusiasmo no es novedad alguna debajo del sol.

Los libros del P. Herrera y del señor Jalón me informaron de la vida en el "Quilates", el "Altuna", y las cárceles cantábricas.

La odisea del P. Santos Fernández, escrita por el señor González Hoyos en su libro "ESTO PASÓ EN ASTURIAS", me puso al tanto de los acontecimientos en las cuencas mineras asturianas.

De Madrid estoy enteradísimo. El Duende de la Colegiata describe con mano maestra la táctica del terror rojo en toda la zona dominada por la hoz y el martillo, particularmente en Madrid.

El libro de don Teodoro Cuesta, "DE LA MUERTE A LA VIDA", me recorrió el velo que ocultaba lo que ocurría en las checas madrileñas y la vida que se vivía en las embajadas.

Los azares de las monjas están descritos con mano maestra por la "PRISIONERA DEL SOVIET" y por las relaciones impresas por las Esclavas del Sagrado Corazón.

De Levante no me llegó nada en prosa, pero sí en los versos primorosos de mi compañero de Colegio el P. Eusebio Rey, prisionero en Gandía y otras poblaciones. Finalmente no ha faltado algún poema de Pemán para poner los últimos retoques y acabar de enardecerme en estas tundras nevadas del Circulo Polar Ártico. A esto han ayudado no poco algunas monografías magníficas, como las de Adro Javier en su "LAUREADA DE SANGRE".

\* \* \*

Pero la vida es un tejido de ocupaciones a veces las más heterogéneas. Después de terminar un libro sobre la guerra española, me doy cuenta de que ya llegó el barco de los EE. UU. con el material que yo había encargado. ¡Llegó la madera!

Con la ayuda de un eskimal muy hábil puse un segundo piso o suelo sobre el que ya tenía la casa, pero sólo a dos pulgadas uno del otro. Ese vano entre los dos suelos contribuye notablemente a calentar la casa durante el invierno. Hay, pues, que hacer de carpinteros y hay que hacerlo bien so pena de echarlo todo a perder. Afortunadamente no nos corre prisa y todo sale a maravilla.

Luego derribamos dos tabiques y pusimos puertas donde antes no las había. No es tan fácil poner una puerta como pudiera parecer.

Asimismo el motor eléctrico no funciona y hay que repararlo. Primero se desmonta y se limpian y examinan todas las piezas, fijándose bien en el puesto que ocupa cada una. Para reforzar el motor adquirí un equipo nuevo de molino de viento. Leídas y meditadas despacio las instrucciones, impresas en un folleto, pongo manos a la obra e instalo debidamente los dos motores, el del suelo y el que va sobre la torre.

Acto seguido instalo los alambres eléctricos, que son muy engorrosos porque unos van a las pilas, otros a los motores y otros a las luces, y en todos ellos hay que seguir las reglas de los polos positivo y negativo. Nunca creí que pudiera yo hacer eso. Sin embargo tuve que hacerlo y todo salió bien. ¡Las reservas latentes dentro de cada uno son insospechadas!

\* \* \*

Un día se me rompió el muelle de la máquina de escribir. Al examinar el interior de la máquina se desprendieron los 42 muelles diminutos de las claves. La adquisición de un muelle nuevo y la reposición de los pequeños, más el arreglo completo de todo el artefacto fue una obra de romanos para un inexperto como yo; pero llegó un día en que la máquina volvió a funcionar en toda regla. He tenido que arreglar el calentador de petróleo, la cocinilla de keroseno y hasta el acordeón.

En esta edad de las máquinas hay que conocer las entrañas de cada máquina como el cirujano conoce los tejidos del cuerpo humano. En las ciudades o en las casas Religiosas donde hay Hermanos Coadjutores es facilísimo mandar a arreglar los objetos estropeados. Aquí en las lomas del Polo Norte tiene uno que hacerlo todo, so pena de sucumbir y perecer. Cuando se dice todo, se entiende todo, desde guisar hasta instalar la luz eléctrica.

\* \* \*

Al otro lado de la laguna de Kotzebue hay unas colinas repletas de endrinas sin pepitas que maduran en agosto. Yo cargué con la mochila como cualquier eskimal y en pocos días reuní endrinas suficientes para llenar una docena de jarros de mermelada, más 25 botellas de jugo muy dulce, como mosto, que sabe a gloria bebido a cualquier hora del día o de la noche.

Aquí la vida es un forcejeo continuo. En vez de esperarlo todo del Padre Procurador, hay que vivir de la tierra con una autarquía que jamás sobrepasarán los economistas modernos de Europa. Creo haber respondido suficientemente a las preguntas de cómo me las arreglo para vivir solo en estas costas del mar glacial. Si he descendido a detalles minúsculos y muy personales ha sido con el fin de que los aspirantes a Misiones de infieles mediten, ponderen y saquen la consecuencia.

Aquí hay que luchar cuerpo a cuerpo con la vida. Al mismo tiempo hay que conservar y cultivar el buen humor y no perder

nunca de vista que es uno Misionero, embalador de Jesucristo en la región que le ha sido asignada.

Al terminar con la brocha o la garlopa se lava uno bien y se toca la campana porque ya es hora de instruir a los catecúmenos en las finezas de amor a Jesucristo que quiso quedarse sacramentado con nosotros para los fines que explican por extenso los tratados de Teología y que el Misionero debe manejar mejor aún que la brocha y la garlopa.

## VIII

### NOCHEBUENA DE 1940

Los árboles de Noel. — Preparando el Nacimiento en Kotzebue. — Fiesta de la Nochebuena. — Solo, ante el altar. — La Misa de medianoche. — La comida de Pascua. — ¡Otro español sobre el Círculo Polar!— Los días sin sol.

En Alaska, lo mismo que en España o en cualquier otro país cristiano, la palabra Nochebuena trae a la memoria escenas íntimas de familia, cena rica, Nacimientos, frío y nieve en las tinieblas de la noche, recintos calentados por estufas y profusamente iluminados, alegría general y la clásica Misa de Gallo.

Si los argentinos sudan en la trilla bajo un sol de justicia durante las Navidades que nos perdonen lo del frío y la nieve en las tinieblas de la noche. Aquí, en las lomas del Polo Norte, no trillamos ni sudamos en ninguna estación del año.

En estas regiones septentrionales el cristiano Nacimiento ha sido suplantado por el más o menos pagano Árbol de Noel. Este Árbol celeberrimo se convierte en el centro de la familia; lo mismo de la familia católica de Comunión diaria que de la familia sistemáticamente atea.

He visto trenes con vagones repletos de arbolitos de Noel que viajan en todas las direcciones hasta que no queda ni un cortijo en las estepas centrales norteamericanas sin media docena de árboles: el más alto para la sala de reunión, y los más pequeños para lugares menos conspicuos de la casa. Los periódicos claman en el vacío contra esas talas de retoños, y los bosques sufren anualmente la sangría con la estoicidez inerte de la materia.

\*\*\*

Aquí en Kotzebue, al norte del Círculo Polar, no tenemos árboles de Noel; pero en el monte nevado, que se divisa desde aquí, abundan los arbustos de abetos que están en su elemento entre remolinos de nieve amontonada por la borrasca. Nunca nos ha faltado un buen eskimal que nos traiga un árbol con su copa veneranda.

En el salón de mi residencia le engalanamos con toda serie de colgaduras y disponemos luego los bancos alrededor para la función que se aproxima.

La víspera de Navidad es el día de más trajín en esta mansión de paz y silencio. Las niñas mayores adornan la iglesia con gusto churrigueresco exagerado. Al lado del Evangelio instalan un Nacimiento en toda regla, con pastores que jamás han visto, perros de confección exótica, corderos y ovejitas que aquí no existen, los tres reyes magos y los camellos jorobados del oriente legendario. Es un Nacimiento pobrísimo en consonancia con el misterio de Belén.

No es un Nacimiento de esos que se ven en Madrid o en Bogotá rebosando en riqueza de la que careció por completo el auténtico Portalito de Belén; sino un Nacimiento de cortezas de árboles con suelo de pajotes en cuyo interior tiene que tiritar por fuerza el Hijo de Dios recién hecho Hombre.

Acostumbrados como estamos a tiritar de frío, se nos hace más humana y asequible la figura del Niño tiritando en lugar tan pobre y desacomodado.

Otro grupo de rapaces arregla el Árbol de Noel en el salón, armando un ruido de voces y contiendas que contrasta con el cuchicheo reverencial de las mocitas que trabajan en la iglesia.

Entretanto, yo tengo que despachar con sosiego sacrosanto a todos los que vienen a confesarse. Es el día de las confesiones. No se toca la campana para ello; cada uno viene cuando lo juzga oportuno, a usanza eskimal.

Cuando las confesiones me dan cinco minutos de tregua, tengo que atender a las voces de:

—Aquí hacen falta alfileres... Aquí necesitamos puntas... ¿Quién cogió el martillo?... Vengan más cintas encarnadas... ¿Qué

se hizo del ovillo de la cuerda?... Traedme las escaleras o me voy... etcétera. etc.

Con dos voces sonoras pongo la casa en orden, y vuelvo al confesonario que es un ventanuco en la pared de lo que pudiéramos llamar mi dormitorio.

Un grupo de pequeños ordenan en hileras los premios que bajaron del desván, donde los gritos semejan el hundimiento de un barco abarrotado de mujeres.

\* \* \*

Para entonces ya están revestidos los payasos enmascarados que me esperan para ensayar por última vez. Se pellizcan a hurtadillas e imploran orden amenazando con llamar al Padre. El Padre soy yo, que no me tengo de hambre y que me las arreglo para hacer desaparecer una rebanada de pan mientras oigo confesiones de rezagados que no pueden faltar en ninguna comunidad.

El abad de la cofradía de payasos se embute entre mantas y almohadas al son de chistes y carcajadas, que hacen de mi cocina una taberna de arrabal. Yo ya estoy tan fatigado que les dejo a sus anchas; pues me quedan muchas horas de ajetreo y debo conservar la voz y las energías.

Va entramado la gente en el salón y cada uno deposita a la "sombra" del Árbol de Noel, engalanado, regalitos y chucherías para los amigos. Del desván de mi casa salen chucherías suficientes para regalar una a cada individuo.

Pronto el Árbol cobija regalos en gran número y de todo género. Los payasos ensayan sus papeles hasta que les doy el visto bueno y luego yo pongo la mejor ropa que guardo en el baúl.

El salón está repleto. Son las ocho de la noche. Cojo el acordeón y me pongo a la cabeza de los actores. De repente apagamos las luces y una voz bien timbrada lee el Evangelio del nacimiento desde un escondrijo iluminado por una linterna.

Al terminar la lectura cantamos todos un himno apropiado y luego se encienden las luces y salimos los actores al centro del salón. Hay un alboroto y unos aplausos que ensordecen, hasta que se apaciguan las masas y damos comienzo a las comedias.

Contagiados por la hilaridad, se ríen todos y aplauden sin cesar, animando con ello a los actores que se equivocan y olvidan los papeles a cada paso, pero que inventan salidas insospechadas y hasta se ayudan mutuamente en voz alta sin que al público, bonachón, se le ocurra tirar al escenario tomates, que nunca han visto fuera de los botes que venden en el almacén.

Al terminar la última escena repartimos los regalos con mucha algazara de voces, y a las diez y media salen todos y me dejan solo y fatigado, en un silencio que me restaura paulatinamente al mundo de los vivos.

\* \* \*

Cabeceando junto a la estufa, preparo el sermón y luego echo un vistazo al altar para cerciorarme de que no falta nada. La estufa de la iglesia necesita dos paletadas más de carbón. Me da gusto estar solo ante el altar y meditar en los misterios de la Nochebuena.

¿Qué hice yo en mi juventud atolondrada para merecer ser escogido por Dios para venir a celebrar la Misa del Gallo en Kotzebue, al norte del Círculo Polar, entre eskimales primitivos?

¿Por qué estoy tan contento en este remotísimo punto del globo sin oír hablar español, sin turrónes, sin la presencia de amigos veteranos, sin un alma que entienda los motivos de mi estancia en este lugar peregrino? ¿Cómo es que no me desaliento entre tanto extranjerismo?

Ahí, a dos metros, en el sagrario, está Jesucristo tan lejos de Belén como yo de España. Tan solo en el sagrario, como yo en la iglesia. Con un Corazón infinitamente más sensible que el mío.

Jesucristo y yo nos miramos y nos hallamos solos en este islote lejano. Inmediatamente se establece una corriente de simpatía e inteligencia mutua entre los dos. Ya no está solo Jesucristo, puesto que le estoy haciendo yo compañía, ni estoy solo yo, puesto que me hace compañía El.

Por desgracia ya son las once y media y tengo que hacer la primera señal con la campana. Quisiera, como San Pedro en el Tabor, levantar un tabernáculo junto al sagrario y morar allí hasta el

día del Juicio. Es una lastima que haya que interrumpir por fuerza semejante conversación y compañía.

\*\*\*

Poco a poco viene la tropa de eskimales que me despierta de mi sueño espiritual. El salón es todo ruido y humo de tabaco.

Yo cruzo como relámpago en todas las direcciones, y aquí doy instrucciones a los monaguillos; allá nombro a los que han de acomodar en los bancos a la gente; acullá descubro a un prójimo que no se ha confesado por dejadez y le arrastro suavemente al confesonario con dos chistes que le hacen reír bobaliconamente; más allá respondo a las preguntas de última hora del organista, y por fin, poco antes de las doce en punto, doy dos palmadas y entran todos en la iglesia.

Entran todos: los católicos, los apóstatas, los cuákeros curiosos y los infieles pertinaces. Todos pugnan por sentarse en los últimos bancos, pero los "introdutores de embajadores" hacen su oficio y los distribuyen a todos democráticamente, hasta que la iglesia queda llena de bote en bote.

Yo me revisto y comenzamos una Misa solemne, cantada regularmente bien. Al terminar el Evangelio predico un sermón que a mí me conmueve, pero que no sé qué impresión les hará a ellos.

La chiquillería, apelotonada junto al Portalito de Belén, apunta con el dedo a las figuras y cuchichea y yo les paro en seco con una mirada de Herodes, que no sé de dónde me sale. Callan todos y sigue el sermón. Interiormente pido a Dios que les ilumine las inteligencias para que entiendan.

Los niños de pecho patalean y gimotean y se oyen desde el altar las palabras amansadoras de sus madres que se esfuerzan por aplacarles la ira. ¡Tan pequeños y ya tan enojados! ¿Qué será cuando crezcan y se hagan mayores?

Harán tal vez lo que hicieron unos individuos durante la Misa de Gallo del año pasado. Poco antes de la Comunión entró una vieja en la iglesia pidiendo socorro.

— ¡Que se matan! ¡Que se matan! —chillaba la desdentada vieja.

Salieron apresuradamente unos doce hombres y volvieron al poco rato muy agitados y hablando mucho por lo bajo. Más tarde me enteré de todo.

Dos mozotes católicos, apostólicos y romanos, más borrachos que una cuba, se encontraron en la calle con dos paganos tan borrachos como ellos. Los fervientes católicos quisieron llevar a los paganos a la iglesia por las buenas.

Como estos rehusasen el ofrecimiento alegando que se encontraban indispuestos, los católicos se sintieron cruzados medievales y cayeron sobre ellos como aves de rapiña.

Hubo mucho retorcer de pescuezos, puñadas, coces, abrazos de oso, bajo una lluvia torrencial de blasfemias, hasta que los cráneos comenzaron a sangrar y los botellazos llenaron los rostros de renegridos. Un casco de botella cortó una muñeca con tan mala suerte que no hubo modo de atajar la sangre.

Las voces de la vieja salvaron al herido, que fue llevado al hospital, mientras los otros tres ingresaban en la cárcel. ¡Donosa manera de celebrar la Nochebuena!

Este año no fue así. Todo transcurrió en perfecto orden y al llegar a la sagrada Comunión tuve el consuelo de repartirla si incidentes desagradables. Los paganos y los cuákeros miraban curiosamente sin hacerse cargo del tremendo drama que se estaba representando ante sus ojos atónitos.

¡Qué misterio el de las almas! Son vecinos, parientes, amigos y hasta viven varios en la misma casa y unos son católicos y comulgan y los otros son paganos. Como las respuestas de los teólogos, que escribieron libros abultados, no me satisfacen, me quedo en el misterio. Prefiero admirarlo a tratar de explicarlo.

Luego de terminar la primera Misa, digo la segunda que amenizan con motetes y que deben emplear en acción de gracias. Al terminar ésta, les doy las buenas noches y les aviso que la tercera Misa tendrá lugar a las once de la mañana. Salen todos para sus respectivas casas y yo me vuelvo a quedar solo ante el sagrario. Estoy tan cansado que pido al Señor permiso para acostarme, y lo hago, quedándome dormido poco menos que instantáneamente.

\* \* \*

Me levanto a las diez. A las once, tengo de nuevo a un grupito de católicos, los mejores, y celebramos la tercera Misa. Algunos creen que se trata de otro día y desean comulgar.

Al terminarla marchan todos, menos unas viudas pobres a quienes hice un guiño con una como mueca que entendieron perfectamente.

Ya en la cocina, después de la acción de gracias, hice a cada una un bulto respetable con alubias, patatas, azúcar, café, harina y leche condensada. Es el aguinaldo del Padre para ellas y me lo agradecen a su manera.

Cuando salen rezo el Breviario; me calo luego las pieles y me dirijo a la casa del blanco, que me invitó a cenar un pavo que compró en los Estados Unidos en el verano y que, desplumado y desentrañado, conservó todo el invierno entre hielo para el festín de Navidad.

Con el hambre canina que me devora, el tufillo del pavo me arranca una sonrisa picaresca, mientras me defiendo lo mejor que puedo contra un invitado guasón, que propone escribir al Papa pidiéndole que conceda a los curas desayunar antes de Misa.

Sentados a la mesa, comemos y bebemos amigablemente, departiendo sobre los temas más inesperados, mientras afuera corre una brisa mortal que barre los campos nevados, y las estrellas centellean a porfía, aunque no son más que las dos de la tarde.

Con el pavo asado vienen otros alimentos apetitosamente condimentados. Comemos hasta que lo dejamos de sobra y ponemos fin al banquete con una taza de café humeante.

El huésped nos dice que nunca desde niño ha dejado de cenar un pavo en la fiesta de Navidad; gusto que le aplaudimos con frases de aprobación. Ellos encienden las pipas y fuman, enfrascándose luego en contar historias inverosímiles, que yo escucho con avidez por si me vienen a pelo para algún artículo en EL SIGLO DE LAS MISIONES.

\*\*\*

Este año tuve una sorpresa original la víspera de Navidad. Yo estaba en la creencia errónea de que yo era el único español residente en Alaska. Con la orden del gobierno yanqui de que todos los extranjeros debían inscribirse en los registros antes de que finalizase el año, vino a Kotzebue a inscribirse un tal Manuel Labandero, que posee varias hectáreas en unos yacimientos auríferos, al Este del distrito de Kotzebue.

Llamó a la puerta y, apenas traspuso el umbral, me espetó en español un:

— ¿Qué tal, don Segundo; cómo le va por estas tierras?

Yo me restregué los ojos y vi ante mi a un minero de edad, robusto en demasía, barbudo a lo *mío Cid*, chaparro y riéndose a más y mejor.



¿Qué tal, don Segundo?  
¿Cómo le va por estas tierras?

¡Qué horror! Al quererle replicar en español me encontré con que casi no sabía hacerlo. Resulta que una cosa es escribirlo y otra muy distinta hablarlo. Pero al fin, me impuse y me senté a charlar con él en español.

Nació en Camás de Asturias, cerca de Infiesto, y quedó huérfano de madre a los once años. Echó a volar y mi paró hasta Gibraltar. Adquirió un empleo en un vapor correo, que llevaba correspondencia por los puertos de África y vino a parar a Londres, desde donde zarpó para la India.

A su regreso tornó un barco para Cuba. Al volver de Cuba para España, enfermó en el barco y le dejaron en un puerto yanqui, en el hospital de los marinos. Cuando mejoró se internó en el país y pasó por las odiseas más divertidas, hasta que en 1902 zarpo para Alaska, de donde no ha salido ni piensa salir.

Es aún soltero. No sabe si vive el hermano que dejó en Asturias. Tal vez vivan sobrinos, ¿Por qué no? Nunca ha escrito a España, pero me agradece mi ofrecimiento de hacerlo yo por él, como lo hago por las presentes letras. El que desee comunicarse con él, que me escriba a mí, y yo le haré llegar la carta.

Manuel y yo somos los únicos españoles en Alaska y puede decirse que somos vecinos. Siendo él asturiano y yo leonés, resulta que también nacimos vecinos —como quien dice.

Hablamos de la sidra asturiana hasta que se nos hizo la boca agua. Metió la mano en el bolso y me dio cinco dólares para que comprase golosinas a la rapacería.



Manuel Labandero y  
compañeros  
instalando una tubería.

En el intervalo entre las comedias y la Misa del Gallo le recordé la existencia del Sacramento de la Eucaristía y, como había sido monaguillo, lo recordó todo en el acto.

Se confesó en español y comulgó entre los eskimales con su barba reverenda y su cara de castellano viejo, que me distrajo más de lo que yo hubiera querido.

Manuel trabaja poco y despacio; duerme la siesta hasta que despierta naturalmente; come alubias por arrobas y carne de reno por quintales; criba el mineral al fin del verano y saca limpios 500 dólares con los cuales compra más alubias y más carne de reno y toda la ropa fuerte que necesita.

Como no tiene familia, no le importa el dinero y vive hecho un señor, sin apuros económicos. Es querido de todos y tiene fama de ser la persona más bonachona de toda la región minera. Estuvo conmigo una semana contándome historias de su vida y dándome consejos referentes a la adaptación a este país original.

Quedamos en escribirnos y hasta concertamos que yo le devuelva la visita, pues me aseguró que hay por lo menos una docena de mineros católicos en aquel apartado arroyo del interior. Con decir que Manuel no se ha emborrachado jamás, queda hecho el mejor panegírico de un minero alaskense.

\* \* \*

Durante las Navidades, como no hay escuela, tengo la casa llena de niños que juegan y lo llenan todo de vida. Afuera hace un frío insoportable. Son los días más cortos del año y no vemos el sol.

Nos levantamos de noche, desayunamos de noche, comemos de noche, trabajamos de noche, cenamos de noche y nos acostamos de noche. Se cansa uno de tanta luz artificial y de tanto echar combustible en las estufas; pero hay que hacerlo so pena de la vida; no en vano vivimos en las lomas del Polo Norte.

Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo de rodillas ante el Nacimiento rústico de Kotzebue y paso revista al cortejo que acompaña al divino Niño. Ante tanta pobreza y abandono se me antoja que yo me trato a cuerpo de rey y que, en comparación con la Sagrada Familia en los días de Belén, yo me doy una vida verdaderamente principesca.

## IX

### PAPELETAS DE MI ARCHIVO

Influjo universal de la música. — Vida y milagros de un gato. — Misterios de la gracia. — Un episodio típico. — El silencio de las obras de Dios. — Miedo a los muertos. A 60 grados bajo cero. — Un tarrito de miel. Los ricos, las mujeres, los pobres y el Evangelio.

A falta de cocinero y por no tener ama de casa ni quererla, tengo que guisar la cena solo y cenarla también solo y en silencio; de ordinario, Con un libro delante que se sostiene abierto en un andamiaje de jícaras y vasos. Todas las noches lo mismo.

Pero anoche fue una excepción. Al sentarme a cenar entraron dos mozos eskimales que deseaban ensayar algunas canciones con los organillos de boca que abundan en mi desván.

Sentados en un rincón oscuro lejos de mí, y una vez puestos en acorde los instrumentos, salieron con un dúo tan perfectamente ejecutado que me hizo cerrar el libro y escuchar. Otros dúos igualmente perfectos me dejaron inmóvil y como en éxtasis.

Comía despacio y maquinalmente porque el espíritu se estaba alimentando a pasto con aquellas melodías celestiales que me trasladaban a otro mundo mejor. Recordé la poesía de Fray Luis de León a Salinas, y estuve de acuerdo con Fray Luis en que:

"Aquí el alma navega,  
en un mar de dulzura, y finalmente  
en él así se anega,  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye ni siente."

Anoche entendí mejor que nunca por qué está la Historia tan llena de sucesos que proclaman el efecto poderoso de la música. Cuando a Saúl le oprimía el espíritu malo, buscaba alivio en el arpa de David. Los judíos cautivos se resistían a cantar a sus opresores los cánticos de su tierra.

En Granada se tuvo que prohibir cantar en público el "¡Ay de mi Alhama!", para no provocar a los moriscos. Los indios del Paraguay aguardaban emboscados las canoas que llevaban a los Misioneros; pero, al aparecer éstos tocando el violín, se les cayeron las flechas de los arcos y quedaron mansos como corderos. Las mismas serpientes de la India se adormecen y pierden su instinto de agresión al oír los acordes de los gaiteros encantadores.

No hay estrato en la sociedad sin su música: marchas militares, marchas fúnebres, himnos nacionales, baladas, orquestas, órganos catedralicios, tonadas pastoriles de cuerno y de rabel, rondas nocturnas de guitarra y acordeón, jaulas de canario, trinos de ruiseñores...

La música, en todos sus aspectos y manifestaciones, nos hiere las fibras del espíritu, nos saca de la oratoria y nos trae delicadamente a la memoria la gran realidad de la armonía y ritmo de toda la creación, efímero trasunto de la armonía y proporción que existen en Dios.

El influjo mágico de la música no se puede medir con el metro ni puede ser reducido a guarismos. La música ha envuelto siempre a los espíritus en las mallas etéreas de sus melodías y ha jugado con ellos como con juguetes indefensos: los embravece, los ablanda, los enloquece, los excita al odio, los enternece, los desarma y los embriaga de placer. Hasta se ha aventurado la idea (quizá menos descabellada de lo que pudiera parecer) de que no está lejano el día en que los médicos receten un disco de Mozart, por ejemplo, para curar un ataque al hígado, o una pieza de Beethoven para aliviar o componer algún desorden intestinal.

Hay un algo en esas notas musicales que puede causar dramas irreparables o curar esos males, tanto del cuerpo como del alma, que la ciencia humana no ha podido aún desentrañar. Hay personas buenas que no se elevan a la contemplación divina si no es a los acordes de la música sagrada.

Anoche pensaba yo en todo esto mientras los dos eskimales sintonizaban en el rincón oscuro de mi cocina con organillos de boca pequeños y baratos. Nunca digerí la cena tan bien como anoche.

\* \* \*

Todo el mundo conoce los perros de Alaska, o por lo menos ha oído hablar de ellos; pero ¿quién espera oír hablar de gatos en el país de los eternos hielos? Y, sin embargo, los tenemos.

Yo mismo tengo un gato que se llama *Negrín*. Lo adquirí para ayudar a las ratoneras de la despensa y el desván, y me lo dieron cuando sólo contaba nueve días. Es muy larga la historia de cómo le acostumbé a comer apenas nacido, cuando no era más que un bulto amorfo, negro, cegatón, atolondrado, llorón y antojadizo.

Al cumplir un mes, "Negrín" empezó a dar muestras de un talento nada vulgar. El repique del despertador le despertaba. Su oído extrafino me oía salir de las mantas y me venía a dar los buenos días ala cama mayando con mucho mimo.

Al cabo de varias tentativas frustradas lograba clavar las uñas en una manta y trepaba muy animoso. Aquellas mantas eran blandas y estaban calientes. En cambio los trapos de su cajón ni eran blandos ni muy calientes que digamos.

"Negrín" sacó la conclusión de que yo le estaba engañando y decidió acogerse al "ande yo caliente y ríase la gente". No hubo modo de evitar que se subiera a la cama. En ella dormía todo el día y se espurría y bostezaba con un egoísmo y una galbana sin precedentes.

Al acostarme yo, me estrellaba contra un problema insoluble. El dormitorio es una esquina de la cocina y despacho sin puerta, para que se pueda calentar con la estufa central y común.

Echar a "Negrín" fuera de la pieza era matarlo de frío. Lo intenté, pero tuve que desistir, pues m trastornaba el juicio con aquellos mayidos afligidísimos, Dejarle adentro era darle libertad para subirse a la cama. Una noche que puse unos tablones a la entrada, trepó con mucho forcejeo y muchos arañazos y se vengó dando por tierra con todo el andamiaje.

Le dejé que se subiera. Subía por las mantas y caminaba despacio hacia la almohada, ronroneando e implorando misericordia. Cuando le tuve al alcance, le agarré y le tiré por la entrada lo más lejos que pude. Vuelta a subírseme, y vuelta a volar por el espacio.

Cansado de ser pelota de tennis, discurrió una estratagema para salir con la suya, y fue ésta: aguardaba a que yo me durmiera, y luego se subía a la cama y dormía señorialmente.

Al despertar y verle allí, le agarraba y le echaba a volar por los aires. Ni aun así se amedrentó. Al oírme dormir, se subía a pasar la noche en las mantas, y al oír el repique del despertador saltaba y se escondía debajo de una silla.

Un día le puse un espejo delante, y al ver otro gato se llenó de celos y de rabia y lanzó al vidrio unos resoplidos feroces. Otro día inflé un baloncito de goma muy tenue que flotaba como una pluma al más ligero soplo. "Negrín" se puso a estudiar el aparato con una curiosidad científica y le rodaba de acá para allá con empujoncitos muy suaves hasta que impensadamente clavó una uña en el balón, que estalló como bomba de trimotor. "Negrín" erizó los pelos, dio un mayido de náufrago y huyó velocísimo a esconderse debajo de la cama.

Volví a inflar otro balón por la tarde, pero "Negrín" le miraba ele reojo y a distancia como diciendo:

— ¡Te veo, besugo!

No descansa hasta que me hace una buena trapisonda, como subir al escritorio y volcar el tintero; meter la cabeza en un puchero sin poderla sacar hasta que lo rompe estrellándolo contra la estufa; subirse a los plúteos y tirarme tres o cuatro libros que se desencuadernan del golpe y el susto; arrastrar un zapato que luego no encuentro en media hora de búsqueda malhumorada y regañona; agarrar el talón de un calcetín que me estoy poniendo y tirar él para afuera y yo para adentro hasta que me canso de bromas y hay truenos y relámpagos; meter el hocico en el chocolate para que del asco consiguiente le dé luego toda la taza, etc., etc.

Las niñas pequeñas del catecismo se disputan el honor de cogerlo y tenerlo en los brazos. La primera en llegar al catecismo

tiene derecho a coger a "Negrín" y tenerlo mientras dure la catequesis que tenemos en la cocina.

Al oír la campana corren, o mejor, vuelan como gaviotas y, si llegan a la puerta varias a la vez, agarran el picaporte con mucho alboroto de voces y gritos hasta que irrumpen atropelladamente con muchas voces de triunfo y de protesta. Le acarician en español que me oyen y que ellas pronuncian correctamente.

El gato para mí es un misterio. Grotescamente egoísta, ni trabaja como el perro o el caballo, ni vale para la cazuela como el pollo o la ternera. Responde a las caricias con un arañazo. Tumbado en la almohadilla de un asiento, se cree rey del país y lo mira todo con el desprecio más olímpico.

La sensibilidad de "Negrín" es enigmática. En la manera de respirar me conoce si le voy a atusar o a propinarle un mojicón. Hasta dicen que los gatos saben si el visitante los acaricia por amor a ellos o por adular y complacer al amo allí presente.

El pequeño Roberto, mi vecino mestizo, viene al salón con su velocípedo de tres ruedas y le ha enseñado a "Negrín" a tomar las manillas en ademán de guiar. No creo que me haya comido un solo ratón. No le gustan: Prefiere mayar y hacerse el famélico mientras yo como.

Cierto articulista cree que los que se aficionan a un perro son egoístas, porque el perro es noble y fiel y excelente compañero, mientras que los que se aficionan a un gato muestran ser desinteresados, porque el gato no da más que mal por bien.

Y otro articulista cree que los que odian al gato son gente cruel y sin entrañas, enemiga de los niños y de las flores. Como es muy difícil conocerse a uno mismo, yo no sé en qué categoría estaré; pero reúno las cualidades antagónicas de odiar a los gatos y de querer a los niños y a las flores.

\*\*\*

Ayer por la mañana me vinieron a decir que una vieja pagana me quería ver. Estaba acostada y hablaba con toda lucidez, pero estaba segura de que se iba a morir.

Acababa de ver ángeles que escoltaban a una Señora vestida de blanco y azul que la miró muchas veces, pero no la habló. La vieja no sabía qué hacer. Contó la visión a la hija, que se contentó con parecerla el caso raro y peregrino.

Por fin, la vieja decidió llamarme, pues se trataba de un asunto relacionado con la Religión, y para estos asuntos precisamente había ella oído decir que venían los Misioneros. La instruí por espacio de una hora, y, como creía ciegamente cuanto yo le decía, la bauticé y la llamé Margarita.

Al anochecer murió muy tranquila y se fue al cielo a devolver la visita a la santísima Virgen. Este episodio, al parecer simplicísimo, es todo un tratado de Teología. La vieja que amaneció pagana, anocheció en el cielo. "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Tal vez oraciones silenciosas de monjas encerradas en su celda o arrodilladas ante el sagrario fueron escuchadas y Dios vinculó a ellas esta conversión. Yo no fui yo el que la convirtió a Dios.

Yo nunca la había visto, ni sabía que existía la tal vieja. Me llamó, fui, la bauticé, se murió y se salvó. Yo no la salvé. La salvó la gracia; y la gracia es un don gratuito que da Dios a quien quiere, pero que de ley ordinaria lo da al que lo pide o a aquel para quien se pide.

El mismo pedirlo es un don de Dios. La oración influye con verdadera eficacia en personas alejadas a quienes jamás se ha visto. Instruir, predicar y refutar no son ciertamente tiempo perdido; pero mientras no intervenga la oración suplicante, es poco menos que perder el tiempo.

La victoria del pueblo de Dios contra los Amalecitas dependía de que los brazos de Moisés estuviesen levantados hacia el cielo suplicantes, o caídos en inercia estéril. Asimismo leemos que el patriarca Abraham y diez justos tenían en sus manos la suerte de Sodoma y Gomorra.

No se desalienten las almas buenas que quisieran ser misioneras de infieles y se ven impedidas por circunstancias ajenas a sus deseos. La monja callada, el zapatero que remienda y clave-tea, el estudiante, la sirvienta, el centinela del cuartel... todos pue-

den orar y sacrificarse por la conversión del mundo infiel y cooperar activa y eficazmente en la salvación de los paganos.

\* \* \*

Alaska nunca dejó de ser Alaska. Se la llama "el país de los eternos hielos", y con razón. Me acaban de dar una noticia típica de las regiones árticas. Vivían a 25 kilómetros de aquí un padre y dos hijos que se habían quedado sin madre la primavera pasada. Una vez al mes venía el hombre con su trineo cargado de truchas heladas, que trocaba por comestibles en el almacén o en diversas casas particulares. Los rapaces pasaban el día cortando leña y poniendo lazos en el bosque, donde nunca faltan conejos y liebres.

Hace dos meses se le echó de menos al buen hombre, pero nadie se preocupó cosa mayor, por ser corriente aquí vivir de solo pescado meses y hasta inviernos enteros.

El otro día pasó por su choza un cazador y al abrir la puerta se encontró con que los tres dormían en el suelo sin respirar siquiera y con los ojos abiertos como las liebres. Los llamó y hasta les dio golpecitos con el pie, mas los durmientes no despertaban. ¡Estaban muertos!

El padre se había sentido indispuerto, pero siguió levantado hasta que ya no pudo más y una mañana no se levantó. Empeoró, le faltó todo, perdió el conocimiento y se murió.

Los niños se extrañaron del caso, pero la estolidez e indolencia nativas prevalecieron una vez más y no se preocuparon de enganchar los perros y venir a darnos la noticia. Poco a poco se les fueron acabando las provisiones, y como estaban flacuchos y tenían frío, se metieron entre mantas junto al cadáver de su padre y allí perecieron de hambre y de frío.

Los tres cadáveres semejan sendas estatuas de granito por la rigidez y dureza que tienen; helados y en posturas informes; sin oler mal; como fósiles de edades prehistóricas hallados en las grietas de un glaciar. Los eskimales de por aquí se comunican la noticia con toda naturalidad.

\* \* \*

Ayer bauticé a diez personas, y hoy día de Pascua recibieron por primera vez la sagrada Comunión. La Iglesia, grano de mostaza que brotó en Jerusalén, ha venido extendiendo sus ramas por toda la faz de la tierra y hoy nos llega el efecto benéfico de su sombra aquí a las lomas del Polo Norte.

La única iglesia católica al norte del Circulo Polar Ártico es ésta de Kotzebue. Quedan aún aldeas norteñas en las que no ha puesto los pies ningún sacerdote católico.

Seis de los ayer bautizados son oriundos de esas aldeas y uno nació en Barrow, que es el cabo más norteño de toda Alaska. Son mis feligreses. Escucharon las instrucciones todo el invierno y abrazaron la Fe con ingenuidad edificante.

Kotzebue es una trinchera excavada aquí, en el frente avanzado del Evangelio, y se libran en ella batallas tan calladas como importantes. Los rusos y finlandeses se batieron a muerte en desiertos barridos por la cellisca y en bosques repletos de nieve con neblina espesa por firmamento.

Todo el mundo se estremeció y siguió con admiración los vaivenes de aquella guerra llevada a cabo con cañones y tanques artillados. Con tanto ruido y explosiones estruendosas no se consiguió más que destruir viviendas, matar hombres y ensanchar territorios.

Las obras de Dios se hacen sin ruido de tanques, sin estruendo de cañones, sin segar en flor vidas preciosas y sin ametrallar hogares pacíficos.

Desafiando nieves eternas y hielos perpetuos, tormentas frigidísimas y meses invernales tenebrosos, los Misioneros de Alaska avanzan y conquistan calladamente, y sus conquistas son almas inmortales que se salvan y serán felices eternamente dando gloria a Dios con sus ángeles y santos.

El silencio de las obras de Dios me impresiona vivamente. La tierra y todo el mundo sideral giran y caminan por los espacios a velocidades fantásticas, y sin embargo de tan vertiginoso rodar nos extasiamos ante la paz del campo y la serenidad de la noche estrellada.

Fabrica el hombre una locomotora, un trimotor, un automóvil... objetos menos que microscópicos comparados con la Creación, y

todo es ruido de hierro y maquinaria que ensordece y desgasta los nervios y enloquece. Un boxeador resulta campeón en un encuentro a puñetazos, y el mundo lo comenta. Se convierte a Dios un corazón, y nadie lo ve.

\*\*\*

El aeroplano de Nome nos trajo una enferma que llevaron al hospital en un trineo, arrastrado por la chiquillería que se había apiñado en derredor del aeroplano.

Se llamaba Ana Jacoba, eskimalita de 18 años. Cuando me quise enterar de quién era, ya había fallecido. No duró más que unas horas. Me dijo el médico que había sido un disparate traerla, pues la tisis la tenía poco menos que difunta.

Resultó que Jacoba había estado seis años cabales en nuestra escuela de Pilgrim Springs, donde había sido Hija de María, según me lo dijo una de las jóvenes que había convivido con ella algunos años.

Debido a la tormenta que nos ha venido flagelando, dispuse posponer el entierro hasta que amainase el vendaval. El cadáver, envuelto en una sábana, descansó en una choza que yo cerré con candado.

Ayer fui con el ataúd, que me ayudó a fabricar un cojo, y hallé el cadáver tan sólidamente helado que su rigidez se podía comparar con la de una estatua de bronce.

Resultó que los codos caían un poco fuera del cuerpo, lo suficientemente para que el ataúd resultase estrecho. Todos los esfuerzos para doblegar aquellos brazos de acero resultaron inútiles. La idea de tener que fabricar otro ataúd me mortificaba mucho y estuve a punto de serrar los brazos; pero lo consideré tentación de Satanás y de mi holgazanería ingénita, y la rechacé.

Hicimos otro ataúd, y esta vez con buen éxito. Clavé yo mismo la cubierta y lo arrastramos en trineo hasta mi casa. Siguiendo la costumbre de aquí, pusimos la difunta en la iglesia para enterrarla al día siguiente, que es hoy.

Todas las noches, antes de acostarme, abro una puerta de la cocina y entro en la iglesia, donde tengo el consuelo de rezar

arrodillado ante el sagrario. Pido allí a Dios por los bienhechores, por los parientes y amigos, por los que me escriben y encomiendan a Dios y por cien necesidades más.

Pero anoche no hubo manera de entrar en la iglesia. El cadáver estaba a tres metros del sagrario y no tuve valor para entrar a tientas y rezar solo y de noche junto al cadáver.

Quise probar con luz, pero tampoco me atreví a abrir la puerta. Estábamos pared por medio; pero yo me consideraba sano y salvo mientras la puerta estuviera cerrada. La cuestión era no abrir la puerta. Me indigné sonrojado y avergonzado y me llamé los nombres más despectivos; pero ¡ca!, la puerta siguió cerrada.

¿Por qué será eso? ¿Qué daño me puede hacer a mi una chica, muerta y metida en una caja que yo mismo hice y cuya tapadera yo mismo clavé y arremaché? Es como el temor de las señoras a los ratones. Desde niño se me metió en los huesos el temor a los muertos y estoy viendo que voy a llegar a viejo sin poder echarlo de mí.

Hasta he llegado a preguntarme si cuando me muera me llegaré a tener miedo a mí mismo. Por si alguno padece de esta misma enfermedad, quiero tranquilizarle desde estas líneas y asegurarle que no tenga miedo a mi cadáver; que soy persona pacífica y no pienso resucitar para meter miedo a nadie.

\*\*\*

Estamos sufriendo la temperatura mas baja que se ha registrado en muchos años. Hoy es el quinto día de temperatura inferior a 50 grados bajo cero. Ha habido ratos de 62 grados bajo cero.

Esta temperatura no es fenómeno raro en el interior de la península donde, merced a la altura elevadísima sobre el nivel del mar, el aire es muy seco y saludable y el ambiente es poco menos que el paraíso de los leñadores del bosque con el hacha, la pipa y la botella de ron; pero aquí, en la costa helada y brumosa, saturada de humedad y de neblina, 50° bajo cero son algo imponente. No hace viento alguno perceptible, como si el aire estuviera enterrado en un fanal. El humo de las chimeneas sale remolón y desgano y

se apiña en nubarrones flotantes que se espesan y nos impiden ver la bóveda celeste.

Por el placer insano de sentir en el cutis los efectos de la temperatura, salí a la calle y pude experimentar lo pesado de la respiración y el dolor que cada anhelito produce en el interior de las narices, cuya mucosidad se congela y forma como un vallado a lo largo de los conductos nasales.

En la palangana que saqué conmigo, el agua se cubrió visiblemente de una telilla de hielo rizoso que se fue espesando a ojos vistas.

Estas temperaturas infames sobre un suelo de glaciar son la causa de que no tengamos por aquí Cármenes de Granada ni Huertas de Murcia o de Valencia ni Planas de Castellón ni viñedos ni manchegos o jerezanos. Miro por centésima vez al termómetro que se ha estancado en los 60° y unas décimas bajo cero. Cuando se lo escriba a mis amigos de España, ya sé la respuesta:

— ¡Pero cómo exagera ese hombre!

Por eso me da un gustazo salvaje mirar a la columna de mercurio y convencerme de que no exagero.

\* \* \*

Está visto que da buen resultado escribir a monjas. No sólo por el cúmulo de oraciones y sacrificios ofrecidos por el bienestar de mi alma a cambio de historietas eskimales completamente fidedignas, sino también por las ganancias que se derivan para el cuerpo, ya que, dicho sea con perdón, tripas llevan corazón, y no viceversa.

A una monja franciscana de Filadelfia en los EE. UU., la visitó su madre, y en el curso de la conversación salió a relucir la Misión de Kotzebue. El resultado no pudo haber sido más satisfactorio. A instancias de la fervorosa monja, su madre me mandó un paquete con dos litros de miel, un tarro de aceitunas, dos latas de jamón en conserva, una caja de galletas finas y un vaso repleto de la novísima invención "mantequilla de cacahuete" que se pone en el pan y sabe muy rica.

Al sentarme a la mesa, con el pote de miel delante, me viene una sonrisa curiosa como si acabase de ganar una batalla o me hubiera tocado el premio gordo. Miel en las lomas del Polo Norte es un lujo tan extravagante que ni al mismo Satanás se le había ocurrido tentarme por ahí y abrir así un boquete en el muro de la santa pobreza.

Pero ni Satanás con su soberbia y egoísmo, ni ya con mi ceguera e ignorancia, conocemos los límites de la bondad maternal de Dios nuestro Señor. Dios me trajo esa miel y me la puso delante para que luego no me queje cuando me crea solo y abandonado en este rincón remotísimo del globo,

Leí en una Revista de Misiones un artículo en el que se hablaba de los "bizarros y aguerridos Misioneros que se batían con denuedo en las avanzadas" y "sucumben heroicamente como bravos al pie del cañón", y me pregunto a mí mismo si también yo seré bravo y aguerrido y todas esas cosas, o si más bien me señalo en encuentros a muerte con potes de miel y aceitunas en conserva.

Creo que en esto, como en todo, un dorado término medio es lo más próximo a la verdad. Ni tanto cabello que se arrastre, ni tan calvo que se le vean los sesos.

\* \* \*

Hoy, como hace 2.000 años, el reino de los cielos es de los pobres de espíritu. Al final de un escrutinio cuidadoso y paciente he averiguado que los únicos que me han ayudado y ayudan con sus limosnas son gente más bien pobre que rica. En los Estados Unidos lo mismo que en España.

El rico es la persona más miserable y deleznable de la humanidad. Tiene un pánico mortal a interesarse por obras de caridad y de celo apostólico, que pueden aligerarle el bolsillo.

Para llevar adelante sus empresas necesita grandes cantidades pecuniarias y todo ello se revuelve en un círculo vicioso de dinero, que produce dinero y que se necesita para que lo siga produciendo, so pena de una quiebra lamentable.

El rico no tiene atisbos del gozo que inunda al alma cuando se sacrifica uno hasta que duela. Vive con el temor continuo de la posibilidad de venir a menos, y su vida es la de un criminal no descubierto, que ve pasar ante sí guardias civiles y policías.

Son los pobres, los de la clase media, los medianamente acomodados los que sostienen sobre sus hombros en lo material la empresa divina de la evangelización del mundo pagano.

Cada vez que recibo un giro de sirvientas de San Sebastián, Bogotá, Buenos Aires y Nueva York me confirmo más en la tesis que estoy defendiendo. En primer lugar los ricachones no tienen religión. Si la tuvieran, no osarían aparecer como seguidores del que nació en la cueva de Belén y murió desnudo en una cruz. El rico nace para vivir una vida puramente animal, que termina como todos sabemos en el cementerio. Hay excepciones, naturalmente, y cada rico debiera considerarse una excepción. Las limosnas que sostienen la Misión de Alaska vienen de personas poco adineradas. Vienen también por lo común de señoras, de señoritas y de niños.

Las mujeres tienen el corazón más tierno; las señoritas se entusiasman con las obras de celo en pro de la salvación de las almas; los niños sienten un orgullo noble en considerarse salvadores de almas ayudando con sus ahorrillos al Misionero. Los hombres son una calamidad en este punto. De cada doce limosnas que me llegan, diez son de mujeres. De aquellas mujeres que seguían a Jesucristo y a su Colegio Apostólico y les servían y ayudaban en todo. Aquellas mismas mujeres que estaban de pie junto a la cruz del Salvador, mientras los mismos Apóstoles estaban desperdigados poco menos que en masa.

Es la madre que no duerme en una semana si el niño está enfermo de gravedad en la cuna. El padre duerme ocho horas seguidas al cuarto día de vela. La madre resiste el doble y la parece que no está casada.

Los Estados Unidos tienen 30.000 sacerdotes y 124.000 monjas. Alaska tiene 35 Misioneros y 70 monjas. Es decir, que en el servicio directo de Dios las mujeres se elevan sobre los hombros de los hombres para arriba.

Y ya, en las Misiones mismas, el misionero no tiene dificultad en bautizar mujeres y niños. Son los hombres los fríos e indiferen-

tes que están demasiado atareados para ocuparse en pequeñeces como instruirse y bautizarse.

Y, si se bautizan y llevan vida católica, es porque son pobres. Si acaece que los negocios vienen buenos y mi bautizado pobre se hace rico, da un adiós a la religión, que dura mientras duren los cuartos.

Cuando me llega el correo y leo las cartas, las primeras que contesto, y con verdadero placer, son las cartas de los pobres. Esas cartas son las que, después de Dios, sostienen al Misionero y le hacen llevadera y soportable esta carga que no tiene nada de ligera.

Dios, que nació y murió pobre, escogió pobres pescadores para divulgar el Evangelio. San Pablo notó que la gran mayoría de los convertidos era gente pobre.

Aquí mismo, en Kotzebue, los únicos genuinamente ateos son cuatro blancos que son los más ricos de la población. La Iglesia que comenzó pobremente, se está esparciendo por el mundo merced a la acción incansable de los pobres. Pobre el Misionero, pobres los que le mantienen, pobres los convertidos y en un estado de humildad pobrísima el mismo Jesucristo Sacramentado.

Pero debemos enorgullecernos por ello y tenerlo a verdadera honra. No fue de nosotros de quien se dijo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de los cielos.

**III PARTE**  
**TRES MESES DE AUSENCIA**

## EL OASIS DE PILGRIM SPRINGS

El orfanatorio de Pilgrim Springs. — La comunidad, los niños y el balneario. — La tragedia del P. Ruppert. Días agradables. — El sol de media noche. — ¿Faltará el combustible?

Después de haber pasado en la aldea polar de Kotzebue nueve meses consecutivos de invierno, meses de aislamiento absoluto, de tormentas, de frío y de noches que no amanecen, un día, al apuntar la primavera, me llegó una orden en virtud de la cual debía yo tomar el primer aeroplano disponible y volar a Pilgrim Springs, 200 kilómetros al sur de Kotzebue.

El aeroplano llegó al vuelo y pronto me vi al ras de las nubes volando ruidosamente hacia el sur. Era para mí aquel un camino nuevo y desconocido. Poco antes de llegar a mi destino me dio voces el piloto rogándome que mirase a la derecha, donde pude ver una cruz incrustada en las rocas cumbres de un despeñadero. Allá abajo, en aquel valle, fue hallado muerto el P. Ruppert, de grata memoria para los aficionados a las Misiones.

La cruz estaba muda y como perdida en aquella soledad de sepulcro. Nadie en el mundo la ha visto ni la verá jamás, pero, a pesar de los pesares, está allí erguida y satisfecha de realizar bien su cometido. A pocos minutos de ver la cruz llegamos al término del viaje.

Pilgrim Springs —Balnearios del Peregrino—, es una escuela semejante en todo a la de Akulurak, que ya conocen los lectores de EN EL PAÍS DE LOS ETERNOS HIELOS.

En 1919, los Padres de Nome se internaron en la península de Seward y pernoctaron una noche en una venta que se alzaba en las márgenes de un arroyuelo en el que brota agua caliente —casi

hirviendo— y al que iban a tomar las aguas los mineros afectados de reumatismo. En aquella venta se habían jugado fortunas enteras, y en ella la borrachera se había convertido en artículo de primera necesidad.

Hablando, hablando con el ventero, se llegó a un acuerdo, y los Padres compraron la venta con toda la propiedad adyacente, incluyendo los manantiales termales. Levantaron pronto unos edificios provisionales, y al año siguiente ya funcionaba la escuela.

Hoy el personal está formado por un Padre, dos Hermanos Coadjutores, cinco monjas Ursulinas y una rapacería bulliciosa que oscila entre 67 y 70 muchachos.



El orfanato de Pilgrim Springs fue clausurado en 1942 (Nota del Editor)  
(Foto Mayo 2010)

A diferencia de Akulurak, donde todos son eskimales puros y huérfanos, aquí son en su mayoría mestizos e incluso blancos, hijos de mineros vagabundos o desaparecidos o bien octogenarios, pero con una familia numerosa, y viudos.

Es un hecho que he observado de cerca y que rara vez falla. Estos rubios aventureros del Polo se casan a los 60 con una indígena de 20. Quince años más tarde se muere ella, y él queda viudo con siete hijos pequeños. Envejecido y vinolento no puede cuidar de familia tan necesitada, y la solución, desde 1920, ha sido muy sencilla: que los Padres de Springs carguen con ellos.

En algunos casos, raros, él se vuelve a casar, y me consta de un caso en el que todavía nació otra criatura. Por eso un mal intencionado dijo que aquí se conserva la virilidad hasta varias horas después de muerto.

\*\*\*

Inútil es decir que la terna que forma la Comunidad me recibió con los brazos abiertos, y pronto nos vimos enfrascados en una charla por demás amena. Por entonces empezaban a llegar noticias detalladas sobre la toma de Madrid, y decidimos escribir al general Franco en inglés y en español dándole el parabién y ofreciéndole nuestras oraciones para que lleve a feliz término lo comenzado.

Como mi visita no había de durar más que unos días, me apresuré a visitar las escuelas, donde pasé horas amenísimas contando historias tétricas y de ladrones a la chiquillería.



## **Dormitorio del orfanato**

Desfilaron ante nosotros procesiones de esqueletos nocturnos con candelas apagadas que venían en nuestra busca, pero que no nos hallaron porque las velas, como ya dijimos, estaban apagadas, y además teníamos bien cerradas las puertas y ventanas.

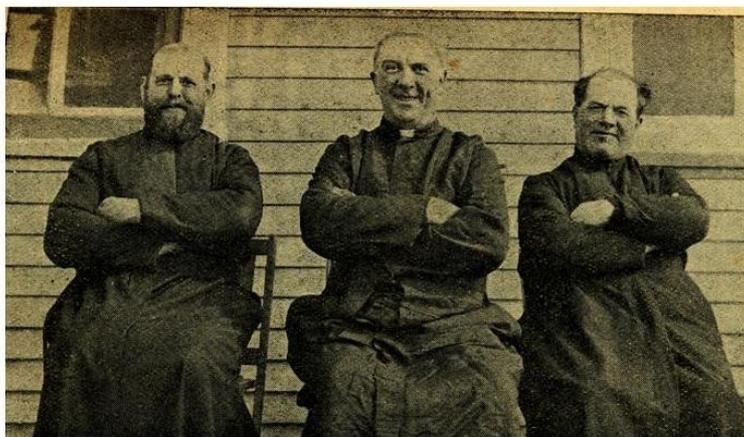
Vimos dragones alados con multitud de cabezas y pescuezos larguísimos, y se nos cuajó la sangre cuando un lobo montuno, con dientes como los dedos de la mano y ojos como tizones, atacó una choza donde dormía un niño angelical con la cabecita llena de rizos encantadores. Afortunadamente el lobo no salió con la suya, porque estaba en acecho un hombre, que le pegó dos tiros y le mató, y con eso respiramos todos y se nos ensanchó el corazón.

Luego me llevaron a ver el balneario. Todo el riachuelo, que se retuerce por la propiedad de la Misión, burbujea sin cesar y emite vapores que campean más en aquel panorama blanquísimo con un fondo de montañas repletas de nieve que amontonan mil ventisqueros invisibles. Se experimenta una sensación singular al meter la mano y sentir el agua caliente, mientras las botas están a la orilla hundidas a dos palmos de nieve.

A un lado del arroyo brotan tres manantiales copiosos que cubren sendas casetas con el fin de permitir baños privados. Es agua sulfúrica en ebullición que apesta las primeras veces y que le cuece a uno los huesos.

Ahí se matan los artritismos y toda su familia de reumas, como lo están continuamente experimentando no pocos huéspedes tullidos o en vías de estado. Aunque, por la gracia de Dios, yo no lo estoy, me bañé dos veces y sudé gotas gordas que me dejaron rendido y me trajeron un sueño reparador muy de desear.

La rapacería se baña todos los sábados, en grupos, vigilados por el H. Prefecto.



La comunidad de Springs. El H. Wickart, el P. Eduardo Cunninham y el H. Wilhalm.

\*\*\*

Otro día hice, solo, una visita al cementerio sito en un altozano, como a un kilómetro de las escuelas. Entre crucecitas de niños se alza la cruz del P. Ruppert.

Los que le ven en el cuadro del Vaticano, tendido en la nieve con el perro al lado, a modo de centinela, no experimentan ni la mitad del escalofrío que le corre a uno cuando se para a rezar un *De profundis* en la sepultura cubierta de nieve.

El Hermano Wilhalm me dio detalles tristísimos sobre su muerte. Aquí están seguros de que el pobre P. Ruppert pereció víctima de un desequilibrio mental muy común en estas regiones solitarias. Aunque tenía un guía muy experto que había recorrido

cien veces aquellos parajes y los sabía de memoria, el Padre insistió en querer probar fortuna por un atajo que a él le pareció que lo era, pero que al avisado guía le pareció un disparate rotundo. El Padre cortó por lo sano despidiendo al guía y lanzándose solo por el presunto y desdichado atajo en la mañana frigidísima del 16 de diciembre de 1923.

Al día siguiente llegó a la Misión, suelto y asustadizo, uno de los perros del trineo.

—Malo —se dijeron en casa—; aquí ha ocurrido algo gordo.

Al día siguiente vino un viejo, y en la conversación dijo casualmente que había descubierto pisadas errantes de alguno que estaba o perdido o aterido. Una simple pisada en la nieve le dice mundos al eskimal avezado.

Por la tarde llegó otro perro suelto y asustadizo como el primero. Por la noche llegó otro. Aquello se iba poniendo demasiado serio, y el corazón comenzó a latir un poco de prisa.

Al amanecer salieron los dos Hermanos con el viejo, pero no encontraron nada. Volvieron al día siguiente con un chico que los quiso acompañar, y a poco encontraron la gorra del Padre —una gorra de piel de castor— medio comida por los perros.

Siguieron un rastro que se extendía por círculos extraviados y, al doblar un terraplén, vieron sobre el hielo del río a *Mink*, el perro delantero, acurrucado junto al cadáver. Es falso que el perro ladrara y defendiese al Padre. Al verlos, el perro se les acercó muy zalamero, como no podía menos de suceder, pues eran los amos y se había criado con ellos.

Como no hay regla sin excepción, aunque en semejantes circunstancias los cadáveres aparecen boca abajo, el P. Ruppert estaba tendido boca arriba con los brazos extendidos, helado y tieso como hierro, no con el abrigo puesto, como aparece en el famoso dibujo, sino en mangas de camisa.

Varios cadáveres han sido hallados completamente desnudos, helados y rígidos, pues es un hecho comprobado que el frío excesivo produce los efectos de asfixia por aquello de que los extremos se tocan.

Llevado penosamente a la Misión, le reblandecieron con agua hirviendo hasta que lograron doblarle los brazos y ajustarle en el

ataúd. Hubo lágrimas amargas al par que resignadas, y en la Misión todos adoraron los inescrutables juicios de Dios.

Se buscó en vano el trineo por todos los alrededores, hasta que ya avanzada la primavera, el Hermano Jansen, que se dirigía a Nome, lo halló donde nadie lo esperaba. Allí estaban los arreos de los perros, recogidos y cuidadosamente doblados. Cerca estaba un cajón de naranjas ya podridas.

Más allá estaba el *park* o abrigo de pieles, muy bien dobladito, sobre la copa de un arbusto pequeño repleto de ramaje. En el trineo había un sobre con dos billetes de 100 dólares cada uno. Era el dinero para una estatua de San José que habían encargado.

Este hallazgo peregrino convenció finalmente a los Padres que el malogrado P. Ruppert se extravió, vagó en todas direcciones y, como tal vez el perro delantero tiraba para donde al Padre le parecía que no era razón tirar, soltó los perros y se dirigió a pie, solo, de noche, hambriento y tiritando hasta que no pudo más. Probablemente dio voces y escuchó; pero, con una montaña de por medio, ¿quién le iba a responder?



El P. Ruppert muerto sobre la  
nieve.

(Cuadro de la exposición  
Misional Vaticana de 1925)

Aquella misma noche en Nome, a 80 kilómetros de distancia, un señor fue a visitar al P. Lafortune para decirle que no podía echar de sí la convicción de que el P. Ruppert estaba sufriendo penosísimamente. El P. Lafortune rió la broma, le dio un cigarro y ahí paró todo.

Finalmente, *Mink*, el perro famoso, quedó tan escarmentado que cuando el Hermano le sacaba los domingos a dar un paseo, no se le apartaba de las piernas, y un día, como al trepar un ribazo el Hermano cayese de bruces, Mink se alborotó sobremanera y le empezó a ayudar a levantarse.

Fingió el Hermano varias veces caerse y quedar inmóvil, y el perro le levantaba agarrándole por el cuello del abrigo. Tal vez

aquello era una repetición macabra de su comportamiento fiel y caballeroso con el moribundo P. Ruppert. Todo esto me contó el buen H. Wilhelm, uno de los fundadores de la Misión.

Aquí en Springs hay un grupo de huérfanos de Kotzebue, mis parroquianos, y con ellos me saqué varias fotos vestido con el abrigo del P. Ruppert, que se conserva tal y como lo encontró el Hermano.

\*\*\*

¡Qué días tan agradables los que pasé en Springs! Mi visita fue aprovechada para variar de confesor, y todos desfilaron por mi confesonario. Les oí dos Misas cantadas, preciosamente ejecutadas, y las monjas me forzaron a darles tres pláticas sobre algún tema subido que las sacase de la rutina prosaica de la escuela. Escogí las "MORADAS de SANTA TERESA", y divagamos libremente sobre diversas formas de misticismo clásico y genuino. Asimismo pasamos juntos algunas recreaciones muy divertidas.

Después de nueve meses de aislamiento entre eskimales embotados, estas conversaciones tenían auras de oasis en un desierto retostado y solitario.

Otra experiencia digna de mención es el contento natural, que me embargaba cada vez que me sentaba a la mesa y veía los manjares listos sin que yo los hubiera guisado, es decir, sin que yo hubiera pelado las patatas, sin que yo hubiera cortado la carne, sin que yo hubiera tenido que atizar y soplar el fuego, mohíno y malhumorado, como lo había venido haciendo todo el invierno.

Hubo también ratos de ajedrez, con el consiguiente esfuerzo mental callado, pero tenaz y visible en jaques mates que nos administrábamos sin compasión.

\*\*\*

Desde Springs fui a Nome —como veremos en otro capítulo—, y de vuelta a Kotzebue me detuve nuevamente en Springs, donde escribo estas líneas, y donde lo encontré todo muy cambiado. Ya no hay nieve en los llanos, aunque las cumbres de

las montañas están blancas, con manchones negruzcos y sombríos. Los arbustos están cubiertos de follaje verde, y el campo está rejuvenecido y primaverizado. En los terrenos labrados, el Hermano ha plantado lechugas, cebollas, guisantes, nabos y patatas, y ayer le ayudé yo a plantar diez hileras de berzas, cuyos cogollos yo no veré ni gustaré, por no haber medios de comunicación entre Springs y Kotzebue. Anoche me acosté a media noche, por el placer de ver el sol al ras del horizonte y rezar el Breviario en el jardín.



Con tanta luz solar, las hortalizas crecen con prisa y exuberancia locas. Todo tiene que estar maduro para septiembre, cuando empiezan las heladas, que matan el suelo y no le dejan revivir hasta fines de mayo.

Aquí, en las fronteras del Círculo Polar Ártico, donde todo es desierto, y pampa, y páramos estériles, y estepas rocosas, y ciénagas pantanosas; aquí, donde la naturaleza es una madrastra roñosa y sin entrañas; aquí, en estos horizontes solitarios habitados por el oso blanco, el lobo carnicero y el reno montaraz, aquí mismo, Dios nuestro Señor dejó caer de la mano un vallecito pintoresco, con sierras por vallado y el cielo por techumbre, y fabricó cariñosamente un terreno de entrañas blandas y pecho generoso que se deja hendir por la reja y da el ciento por uno para sostén de huerfanitos destituidos de todo otro medio de manutención.

Es un argumento más de la veracidad de las palabras evangélicas: "si Dios alimenta las aves del cielo que no aran, ni

siembran, ni recogen en graneros, y viste a los lirios de un ropaje envidiado por los reyes más abastados, ¿cómo se va a olvidar de nosotros, sus hijos, que tanto le costamos y a quienes ha dado muestras de amor tan paternal?"

\* \* \*

Hasta ahora nos había provisto de combustible la selva de arbustos que crecían al calor de las aguas termales. La selva de 1919 se ha convertido en espesuras cada vez más ralas de arbolillos cada vez más pequeños e inservibles. Dentro de dos años no quedará ni un árbol.

Se trata de traer por el río unas 50 toneladas de carbón que mantengan las estufas desde agosto hasta fines de mayo. Los gastos que esto supone se echan fácilmente de ver, y corren rumores de días aciagos para la escuela orfanotrofio de Pilgrim Springs, por falta de combustible.

¡Que el Señor de la mies no eche en olvido esta parcela de su viña universal!

## XI

### DOS MESES EN NOME

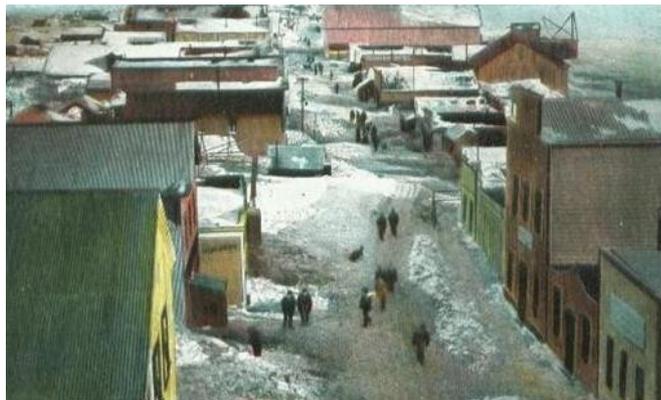
Un poco de historia. — El "Diario" de los Misioneros. Los aventureros del Polo. — Celos y charlas femeninas. — El hospital de Nome. — Con el campeón de ajedrez.

Sólo una vez, desde 1901, la muy noble villa de Nome ha estado sin misionero. Los católicos de Nome no oyeron tañer la campana durante todo el invierno de 1939. Los fallecidos murieron sin sacramentos y a los nacidos no había quién los bautizase. Celebrada la Pascua en Kotzebue, y hecha una visita al orfanotrofio de Pilgrim Springs, recibí órdenes de tomar el aeroplano y aterrizar en Nome, donde debía permanecer un par de meses, hasta que a fines de junio viniese de su *Isla Singular* el célebre Padre Lafortune.



Estas costas de Nome estuvieron desiertas desde mucho antes del diluvio, y por ellas retozaban corpulentos anfibios marinos, que no sabían de flechas ni de balas; pero en octubre de 1898

unos exploradores, curtidos a todos los temporales y arriesgados como pocos, después de mil fracasos por montes, valles y playas, descubrieron pepitas de oro en las arenas de la playa, que bautizaron con el nombre de Nome, y dos años más tarde las gaviotas vieron asustadas hileras interminables de tiendas de lona, donde se albergaban 25.000 mineros, procedentes de los cuatro Puntos Cardinales.



Nome

Allí se maldecía y se canturreaba en todas las lenguas llamas civilizadas, hasta que poco a poco las tiendas fueron sustituidas por casetas de madera, sobre las que se erguían hoteles toscos, donde se vendían los huevos a 20 duros la docena, y donde un cántaro de vino se iba en copas, que costaban de 10 a 15 pesetas cada una.

En aquella multitud abigarrada de aventureros había un crecido número de católicos, que aplaudieron la idea de levantar una iglesia cuando les visitó y se lo propuso el Padre René, en agosto de 1899.

Al año siguiente fue destinado a Nome el Padre Jacquet. El pobre Padre no duró mucho en la brega. Tres meses de invierno bastaron y sobraron para ponerle fuera de combate y dar con él en una camisa de fuerza. Trasladado a Holy Cross por las autoridades, recobró el juicio y trabajó a media máquina algunos años, hasta que murió plácidamente en el Yukon.

En 1901 llegaron dos Padres y levantaron la iglesia actual, cuya esbelta torre es el orgullo de la población. La cruz, en que remata, fue decorada con bombillas eléctricas, y aquella cruz iluminada salvó centenares de vidas en tormentas, borrascas y

tinieblas invernales cuando navegantes y exploradores se extra-  
viaban en la lejanía.

Años más tarde, en 1914, los yacimientos auríferos vinieron a  
menos, y la Compañía eléctrica, con la excusa de que no podía  
sufragar los gastos, cortó la corriente y la cruz cesó de brillar en la  
oscuridad.



Era entonces Nome una ciudad floreciente con Instituto, tres  
*Diarios*, calles, almacenes, cuatro sociedades secretas y trabajo  
para todos en abundancia. En nuestra iglesia se decían dos misas  
los domingos por no caber todos en una.



**Nome, en su  
época de  
esplendor.**

En 1903 arribó el P. Lafortune, que había de oscurecer con su  
brillo a todos los misioneros de Alaska, pasados y presentes.  
Pequeño de cuerpo, canadiense de nación, industrial como pocos  
y habilidoso como el que más, este Padre —que aun vive— tomó a  
su cargo los indígenas de Nome y sus cercanías y levantó para  
ellos iglesia aparte, donde les predicaba en su misma lengua.

Bautizó eskimales a centenares, y se acostumbró a vivir y comer como ellos, sin que por eso dejara de ser con los blancos el sacerdote urbano y cortés, cuya santidad admiraban y admiran de consuno.

\* \* \*

Apenas me instalé en Nome, abrí los cartapacios donde los Padres han venido escribiendo el *Diario* de la casa desde 1901 hasta 1939. Es un arsenal de información, que no se puede valorar en dinero. Por allí desfila todo.

Un grupo de señoras se encargó en 1906 de limpiar la iglesia y sufragar los gastos del altar. Poco a poco se convirtieron en dueñas absolutas de la iglesia, hasta que llegó un Padre de agallas y, después de estudiar el problema despacio, con una ironía socarrona y una tenacidad de hierro, las fue destronando insensiblemente, hasta que una mañana las buenas señoras se vieron en la calle sin saberlo.

Las tiples protestantes que cantaban en nuestro coro, y que se creían indispensables, fueron despedidas con una sonrisa tan fina y aristocrática, que a ellas mismas las hizo reír.

Hubo conversiones ruidosas, y pérdidas dolorosas, y muertes repentinas, que pusieron al pueblo los pelos de punta, y fallecimientos muy edificantes, que esparcieron olor de santidad por toda la población.

Hubo años de abundancia, y hubo años en que los Padres vivían adeudados y muy preocupados. Enfermedades, calumnias, propaganda subversiva, malas inteligencias, verdadera persecución... de todo libró Dios a los buenos Padres, que bregaban contra viento y marea, en un resalsero de pasiones bajas atizadas por personas constituidas en altos cargos y dignidades civiles.

Todo está en el *Diario*. Si una vieja eskimala regala dos libras de hígado de foca; si un solterón adinerado da 500 pesetas para pintar las paredes y comprar carbón; si el señor Obispo, en la visita, les llama al orden por gastar mucho azúcar; si este año ha habido más o menos casos de locura que el año pasado; si será o

no será contra la pobreza quemar incienso oloroso después de la catequesis de los eskimales, que olían que apestaban, etc., etc.

Hoy día Nome es, una sombra del pasado. Quedan, sí, calles y muchas casas; pero no todas están habitadas.

No hay más que un periodicucho pobrísimo, que sale tres veces por semana. En las páginas emponzoñadas de este papelón ridículo se envenenaron las mentes de los habitantes de Nome en la cuestión de la guerra española.

Uno de los católicos más influyentes de Nome no vaciló en decirme que Franco era un demonio disfrazado de hombre, un Atila, etc., etc. Todos mis argumentos en contra se estrellaron o rebotaron en aquella testuz de carnero bravío. Lo había dicho el periódico, luego así tenía que ser.

\* \* \*

Los primeros días fui a comer a una venta, mitad fonda, mitad taberna. Allí tuve que codearme con el celeberrimo tipo de viejo aventurero, que vino en 1898 y anda todavía vagando por las proximidades des del Círculo Polar.

El nombre genérico que comprende a todos los viejos de esta catadura es "saordó". Rigurosamente hablando, todo el que en noviembre vea helarse los ríos y las playas y presencie el deshielo en junio, pasa por el mero hecho a la categoría de saordó.

Mientras más inviernos se pasen en Alaska, más tiene uno de saordó. Pero hay saordós y saordós. Yo mismo soy un saordó en rigor técnico, aunque no me precie de ello en presencia de los viejos.

El saordó castizo es esto: septuagenario, soltero, alto y encorvado, calvo o con un pelo ralo blanquísimo, bigote rubio, ojos azules y aguardientosos, pipa negra y jorobada que cae hasta la perilla, chaquetón que sujeta un cinturón hermano carnal de la cincha, botas anfibias, de goma hasta los tobillos y de cuero el resto hasta la rodilla; no tiene religión, escupe 30 veces por minuto, lo ha leído todo, lo sabe todo, lo ha visto todo, lo quiere hablar todo, come por diez y se llama Jorge.

El que se llama Bernabé, Dioniso, Jeremías o Gregorio no es saordó legítimo, sino extranjero y advenedizo, tal vez ruso, bohemio o yugoslavo. Tiene que llamarse Jorge y venir de antepasados escoceses, yankis o escandinavos.

Asimismo tiene que ser masón y gloriarse de ello; y, por último, tiene que poner en el mismo plano a Hitler, Franco y Mussolini y desearles a los tres muerte a fuego lento acá en la tierra, y una eternidad de horrores en el infierno.

Cuando el saordó enferma de gravedad, sus viejos hermanos masones le ponen un garrafón de vino junto a la almohada para aliviarle los trances penosos de la agonía; y, cuando el infeliz se desploma inerte como encina corroída y deja de escupir, le amortajan caritativamente y le llevan al cementerio masónico.

En el centro del cementerio general de Nome hay un reservado con rótulos enormes que dicen: "Cementerio Masónico". El fin de estos rótulos es facilitar el día del Juicio a los Ángeles la tarea penosa de separar los malos de los buenos. El Ángel que, de un vistazo, vea salir de esta parcela masónica una caterva de seres espantadizos, ganará tiempo acorralándolos a todos a la izquierda sin más ceremonias.

\*\*\*

En Nome tuve sorpresas que en Kotzebue ni las hubiera soñado. Una señora viuda, octogenaria, me llevó un mazapán con adornos de baño blanco y canela, que me desarmó con solo mirarle. En el aturdimiento consiguiente le ofrecí a la señora una silla, y el dichoso mazapán me costó dos horas y media de escuchamiento.

A los tres días, otro mazapán y dos horas en las sillas. Al día siguiente, un paquete de rosquillas deliciosas y tanta charla que, cortando todos los nudos gordianos de la urbanidad más elemental, miré al reloj y me excusé con que tenía que rezar el Breviario.

Al día siguiente, dos pollos desplumados, abiertos y helados y una charla que no llevaba trazas de acabar.

Otra señora adiposa y septuagenaria, no católica, viuda de un renegado católico que murió sin sacramentos, tuvo celos de la

octogenaria y, no queriendo ser menos, me empezó a traer rosquillas y mazapanes, que yo tenía que pagar con asentadas eternas, escuchando detalles minuciosísimos de episodios los más ridículos y baladíes. Allí me enteré de la vida y milagros de las dos terceras partes de la población.

Las dos señoras se sabían de memoria una a otra, y las dos se querían como la zorra y la gallina. La octogenaria prometió revocar el testamento y escribir otro donde estuviera incluido mi nombre. La septuagenaria se contentó con hacerme probar un traje planchado y seminuevo de su difunto esposo, mas unas camisas y un maletín repleto de pañuelos blancos muy majos.

Al preguntarlas separadamente por qué no habían hecho eso años antes con otro Padre, me respondieron que nunca habían hallado oportunidad de hacerlo; pues, o no los habían hallado en casa cuando iban a visitarlos, o, si los hallaban, no tenían paciencia para escucharlas y las despedían a toca-teja con buenos modos y maneras.

La respuesta me hizo reír. Unos días antes mi paciencia había estado a punto de estallar.

Los católicos se alegraron de ver de nuevo al misionero y acudieron con fidelidad a cumplir con Pascua. Siguiendo una costumbre inmemorial, los blancos se sientan a un lado y los indígenas y mestizos a otro.

Todos hablan inglés. Los mismos indígenas se van avergonzando de su lengua gutural, y se vanaglorian de hablar inglés, y hasta de salir con frases elegantes y palabras floridas, que no dicen del todo bien, entre giros bárbaros y frases incorrectas.

\*\*\*

Desde 1906 hasta 1919 hubo en Nome un hospital católico, regentado por Hermanas de la Caridad amables y abnegadas, como es proverbial en ellas.

En toda la redondez del globo son estas Hermanas respetadas y buscadas, y dondequiera que levantan ellas un hospital, arruinan irremisiblemente a los hospitales circunvecinos. Los enfermos quieren ser tratados por las Hermanas, y por nadie más.

Pero Nome es una excepción en el mundo. Nome es el tipo clásico de pueblo venido a menos, habitado por tipos de una pedantería soez que consideran progreso pertenecer a la masonería, creer en la evolución, dudar filosóficamente de la existencia de Dios y evitar todo contacto con el Catolicismo retrógrado y opresor de las conciencias.

La presencia de un hospital católico entre sus chozas atiborradas de revistas indecentes era un reto al progreso y a la libertad de pensamiento.

Después de muchas juntas y disputas, decidieron llamar a los protestantes, a quienes aseguraron que favorecerían contra la institución católica. Así lo hicieron. Las Hermanas se trasladaron al sur de la península y dejaron el campo a los Metodistas.

Ahora el hospital está regentado por gente de negocio, que se cuida más de los dólares que de los dolores de los enfermos. Las enfermeras tienen novio y no atienden a los enfermos como lo hacían las Hermanas. Los viejos marrulleros, que invitaron a los Metodistas, vieron el error y escribieron cartas a las Hermanas rogándolas volver. Ninguna de las cartas recibió contestación. Así escarmientan otros en cabeza ajena.

En este hospital incoloro había un enfermo hidrópico, un saordó de los castizos, que era el campeón de ajedrez desde 1915. Le visité y jugamos una tarde. ¡Ya se veía que era el campeón! Como me paraba los pies a las pocas jugadas, decidimos que jugara él sin una torre, y así tuvimos unos juegos interesantísimos. Una tarde me ganó sin torre.

Al día siguiente fui al hospital muy de prisa y decidido a darle una paliza, y me encontré con que la cama estaba vacía, Había muerto por la noche. Quedé muy impresionado, pues el pobre señor no tenía religión, ni la había querido tener jamás.

Con todo, nos habíamos hecho verdaderos amigos en aquella cama donde nos sentábamos a estudiar jugadas nuevas y ataques inesperados. Sus restos descansan blandamente en el cementerio masónico.



Nome

### LAS ISLAS DIOMEDES

El P. Tomás Cunninham. — Fauna marina. — En poder de los Soviets. — Frío y hambre. — Un resbalón desgraciado. — Noticias de última hora.

A un tiro de piedra de una a otra, hay dos islas en la parte norte del embudo del Estrecho de Bering. Por entre las dos pasa la línea imaginaria que separa a un día de otro; el meridiano donde empiezan y rematan los siete días de la semana. La isla mayor se llama Diomedes la Grande, y pertenece a Rusia; la menor se llama Diomedes la Chica, y pertenece a los Estados Unidos.

Las dos islas están habitadas por eskimales de pura cepa. Los de Diomedes la Grande son paganos, porque así lo ha dispuesto Stalin; los de Diomedes la Chica son en su mayoría católicos, porque tienen la dicha de albergar en su isla al misionero jesuita P. Tomás Cunninham, de 33 años, natural de Nueva Zelanda, que es ni más ni menos el centro geográfico de los antípodas de España.

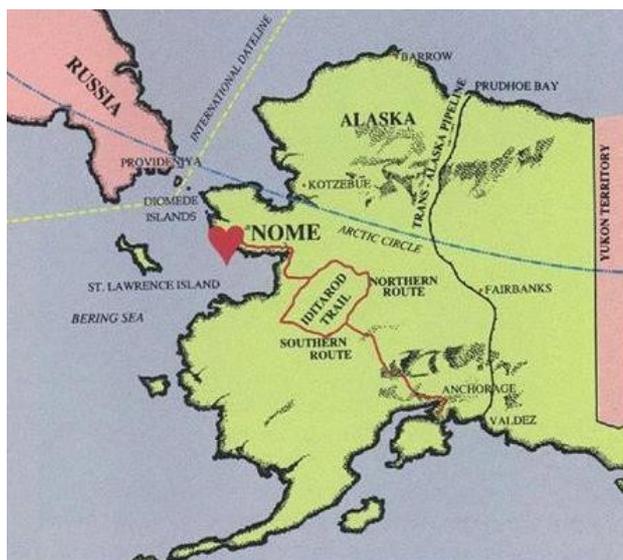
El P. Tomás vino a Alaska conmigo en 1935 y pasó el primer invierno en Nome. En el verano se enteró de las condiciones favorables de las islas Diomedes y se decidió a probar fortuna. Reunió a toda prisa el material necesario para levantar una capilla y navegó impertérrito por entre los bloques de hielo en una barcaza de piel de morsa.

Cuando cerró el invierno y cayó sobre la isla el primer manto de nieve, el Padre remachó los últimos clavos del tejado y se pudo guarecer adentro junto a la estufa. La novedad atrajo a los isleños, que empezaron a convertirse con toda sencillez e ingenuidad.

Acabo de pasar unos días con el Padre Tomás. El otro día, mientras trabajaba yo en la residencia de Nome, llamaron a la

puerta y vi entrar un espectro que pugnó por sacarme los ojos de las órbitas. No cabía duda: aquel era el P. Tomás, Tom, como le llamamos en familia. En 1935, Tom era un mocetón esbelto y garrido. Hoy, Tom es una reliquia del pasado. Sin afeitarse, los ojos hundidos, sucio, desaliñado y macilento sobremanera, Tom tiene todas las características de un cadáver ambulante.

\* \* \*



Las islas Diomedes han venido manteniendo poblaciones indígenas desde el alborar de los siglos, merced a las focas mofletudas que, en bandadas incontables, se divierten sin cesar a corta distancia de la costa.

Sin mezclarse con las focas, y en bandadas menos numerosas, merodean asimismo los contornos de la isla morsas gigantes, llamadas también vacas marinas —*walrús*—, cuyos colmillos descomunales surten de marfil los mercados, más pródigamente que los elefantes, de existencia precaria.

Las morsas tienen por Biblia el Korán. Cada macho es un califa, con un harén interminable de hembras, que le siguen muy sumisas, y las infidelidades se pagan con muerte instantánea, administrada por los malhadados colmillos.

Celos son también causa inacabable de colmillazos mortales, y finalmente, uno de los espectáculos más excitantes e imponentes de la creación es presenciar el combate a muerte de dos machos

corpulentos, en la playa arenosa de un islote remoto y solitario. El macho de edad madura pesa aproximadamente tres toneladas, y maneja unos colmillos de 40 kilogramos cada uno.



*Walrús*

Con el vasto mar por plaza de toros y los dos harenes por testigos, los dos toros marinos se atacan y contraatacan, y gruñen, y bufan, y se acaballan, y se sumergen, y vuelven a la lidia con ojos de furor y sangre hasta que uno, en aquella esgrima a muerte, halla una entrada favorable y cae sobre el adversario con todo el ímpetu de que es capaz y le hunde los colmillos hasta la raíz.

Mientras el infeliz vencido agoniza en un oleaje de sangre, las viudas pasan a ser propiedad del vencedor, a quien acatan humildemente, y aquel harén crece y se multiplica.

Además de las focas y morsas surcan las aguas frías de Diomedes ballenas blancas en buen número y una variedad riquísima de peces de todos los colores. En el verano vienen los gansos y patos silvestres y lo llenan todo de huevos y pechugas.

Con estas ayudas de costa, los isleños pasan nueve meses en Diomedes, y en el verano van a Nome, donde trafican con el marfil y pieles sobadas y se proveen de ropas y alimentos para el resto del año en la isla.

\* \* \*

El P. Tomás pasó allí el primer invierno sin percance alguno. Con el rifle al hombro, y bien abrigado, salía de caza con los indígenas y volvían todos arrastrando un trineo repleto de focas, que luego repartían amistosamente. Se ganó la simpatía de los isleños por su puntería feliz y su facilidad es aprender la lengua.

El segundo año se vio de hoz y coz en un apuro que no olvidará mientras viva. Era a la entrada del verano, y el Padre remaba con un grupo de isleños armados de rifles y arpones a caza de focas. A poco el cielo se encapotó, y el mar se alborotó, y la barca llegó a duras penas a una playa de Diomedes la Grande, donde anclaron muy contentos y optimistas.

De repente, el Padre vio delante de sí a un hombre con uniforme ruso, que le puso el revólver a dos palmos de las narices. Retrocedió el Padre por instinto y chocó con el revólver de otro oficial, que le apuntaba a la nuca.

Le obligaron por señas a que les siguiera y le metieron, en una caseta, donde le juzgaron sumarísimamente y le condenaron a ser deportado a Siberia, para ser allí fusilado.

Hacia de intérprete un mestizo que sabía ruso y eskimal. Los oficiales rusos dedujeron que el Padre Tomás era un espía, por dos razones, hablaba el eskimal, cosa inexplicable en un blanco, y pasaba todo el invierno en Diomedes la Chica, allí, a las puertas de la Rusia soviética, desde donde le era relativamente fácil espiar los hechos y dichos de los rojos.

Sólo un espía de profesión podía vivir allí. Además, a ningún sacerdote le está permitida la entrada en territorio alguno soviético sin pasaporte, y aquí estaba el P. Tomás cogido con las manos en la masa.

Todo esto duró menos de media hora, encerrados en aquella caseta destartalada. Los remeros del Padre le esperaban afuera impacientes, y como tardaba en salir, y sospechasen que tal vez se estaba fraguando algo gordo, le dieron voces en eskimal preguntándole qué ocurría. El Padre les respondió también en eskimal que le querían matar. Entonces los remeros cargaron los rifles y metieron los cañones por los agujeros y resquicios.

Al ver esto el Padre dio un salto ligerísimo hacia la puerta, que abrió medio a ciegas y salió en menos que se tarda en decirlo. Los remeros insistieron en acribillar a balazos a los dos rusos, pero el Padre se lo estorbó,

Los rusos, aunque no entendían las palabras, vieron que aquello olía a chamusquina y se guardaron de asomarse a la puerta, quedando por el mero hecho prisioneros del P. Tomás y

muerdos de miedo. Allí quedaron los dos agazapados y frustrados en sus deseos carnívoros de caza clerical, a la que —como todos sabemos— están aficionadísimos.

Al llegar aquí le pregunté al Padre si le había entrado miedo. Me respondió que, por espacio de cinco minutos, se convenció plenísimamente de que le fusilaban sin ambages, y que en cinta cinematográfica desfiló ante sus ojos el pasado ruin y miserable de su vida criminal y deseó haber sido mejor. Tuvo tedio de morir. Tuvo pánico de morir.

Luego se consoló pensando que moría en la brecha y que Jesucristo le había de recibir en sus brazos amorosos, y aquí estuvo a punto de llorar de devoción. Devoción y pánico se sucedían atropelladamente, cuando los remeros intervinieron en su favor y le salvaron. Era un día muy frío, pero el Padre Tomás sudaba copiosamente.

\*\*\*

Este último invierno ha sido tal vez el más duro en los fastos de la isla. A principios de diciembre la temperatura bajó a 50 bajo cero, y ahí quedó estacionada hasta fines de marzo.

El Padre no estaba preparado para tamaña contingencia. Al levantarse por la mañana, la cocina estaba a 25 bajo cero. Así se le estropearon las patatas, los huevos y la leche condensada.

Como el combustible se le iba a marchas forzadas, quiso ahorrar lo más posible, pero los efectos en la temperatura fueron tales, que llegó a pensar seriamente en el peligro posible de helarse durante el sueño, y por tanto no se atrevía a acostarse. Aquello iba presentando un cariz de mal agüero.

A principios del año llegaron las tormentas de nieve cargadas de ciclones, que se sucedían con una regularidad irritante, y la isla quedó convertida en silencio y soledad de cementerio. Nadie osaba salir a la puerta y mucho menos salir de caza.

Las provisiones de los indígenas se agotaron, pero los ciclones no se agotaban. Un día de menos vendaval, los isleños entraron en tropel en la casa del Padre y le dijeron que se morían de hambre.

Aquí es donde el P. Tomás pensó con el corazón, como si no tuviera cabeza sobre los hombros. El eskimal es pedigüeño por naturaleza y holgazán, y como no tiene idea de lo que es vergüenza, pide y pide hasta que no queda en la aldea ni una cáscara de nuez. Si puede vivir mendigando, no trabaja.

Como todos se echan esa cuenta, hay que instruirles desde el principio y asegurarles que la ración del Padre es para él solo y para nadie más. El Padre Tomás no obró así. Les mandó ponerse en fila y les dio todo, absolutamente todo lo que tenía en casa, excepción hecha de un fardelito de te.

Los isleños cargaron con todo y se lo llevaron. A ellos, ¿qué les importaba lo que iba a comer el Padre? Ande yo caliente y... ahí me las den todas. Son como niños.

Pues bien, con este procedimiento de dar a destajo, el Padre quedó sometido a una dieta increíble. Por la mañana decía Misa y luego tomaba una taza de te. Por la tarde, otra taza. Por la noche, otra. Al día siguiente lo mismo, y así sucesivamente cerca de cuatro meses.

De vez en cuando cogían alguna foca y le traían un trozo de hígado, que él freía lo mejor que sabía y luego devoraba lo más aprisa que podía.

Como las tormentas no amainaban, la caza de focas se hizo muy cuesta arriba y el Padre ya iba acostumbrándose a vivir sorbiendo té, cuando se acordaron, que dos años antes habían enterrado en los pedruscos de la costa una ballena podrida, que no habían podido terminar. El Padre y los isleños cavaron, acá y allá hasta que la localizaron; y aquella ballena, corrompida primero, y helada después en dos inviernos sucesivos, les suministró dos comidas al día, hasta que volvieron a cazar más focas.

No hace mucho, al trepar por las peñas con una foca al hombro, el Padre se resbaló y se fracturó una costilla. A falta de médico se la compuso él mismo, pero con tan mal acierto que el canto de una de las fracciones oprimía un pulmón y dio origen a una serie interminable de vómitos de sangre.

Había que arreglar aquella costilla, fracturándola de nuevo. Como no tuviese valor para quebrarla él mismo, dio un martillo a un eskimal, que se la partió de un martillazo. Una vez repuesto del

susto, compuso las fracciones lo mejor que pudo; esta vez con más feliz resultado.

Mientras convalecía arrimado a la estufa, vino un grupo de eskimales de Diomedes la Grande, que deseaban danzar y divertirse con sus vecinos isleños. Antes de empezar la danza hubo un rato de catecismo, y los huéspedes asistieron a las instrucciones con toda espontaneidad. En Diomedes la Grande no hay catecismo, porque se enfadaría Stalin.

El Padre sostuvo con los súbditos de Rusia el siguiente interrogatorio:

— ¿Quién hizo las ballenas?

—Stalin.

— ¿Quién hizo las focas?

—Stalin.

— ¿Cuántos años tiene Stalin?

— ¡No sabemos!

— ¿Tendrá unos sesenta años?

— ¡Tal vez!

—Pues entonces ¿quién hizo las ballenas y las focas antes de que naciera Stalin?

Aquí los pobres eskimales súbditos de Rusia se rascaron la cabeza y carraspearon y confesaron ingenuamente que no sabían responder.

\* \* \*

Todo esto me contaba en la habitación de Nome el Padre Tomás. Yo también tenía noticias sensacionales que comunicarle. Ya hacía tres meses largos que reinaba felizmente Su Santidad Pío XII, y el Padre no lo sabía; como tampoco sabía que teníamos en Alaska Obispo auxiliar y un Provincial nuevo en la provincia adoptiva de Oregón.

De Franco no había oído más que el nombre. No sabía quién era quién, ni por qué luchaban y se mataban. Cuando le expliqué el

estado de la cuestión, abrió unos ojos muy grandes y dio gracias al cielo por la victoria del Generalísimo sobre sus vecinos los rusos.

En la isla de Diomedes no hay periódicos, ni telégrafo, ni siquiera radios. Allí se vive como vivirían los biznietos de Adán, que se internasen en valles remotos y deshabitados. El mundo, como nosotros le entendemos, no existe para ellos. En Diomedes la Chica no hay más mundo que las olas, el hielo, la caza, la pesca, la aldea y las estrellas.

Allí nacen y se crían y mueren, sin saber de trimotores, ni de tanques, ni de leyes agrarias, ni de cursos universitarios. Curtidos por los fríos y tormentas, y avezados a dormir al raso, sobre el hielo donde viven las focas, los eskimales de las islas se crían fuertes y melencólicos, sin enfermedades nerviosas, ni prisas, ni miedos del porvenir.

Ahora se alza en su isla una iglesia, donde se bautizan, rezan, y donde vive oculto el mismo Jesucristo de las catedrales góticas de Castilla. Antes, todo era superstición. Ahora ya saben que cuando van de caza es mejor rezar que acogerse a las antiguas supersticiones; y rezan con una fe primitiva y sincera que les acarrea todo género de bendiciones. El P. Tomás vive allí como un rey. Vino a Nome por provisiones y volvió lo más pronto que pudo. Si no volvió al día siguiente fue por charlar conmigo y escuchar mis comentarios a la guerra civil española, que acababa de terminar felizmente.



Pescando bajo el  
hielo...

## XIII

### LOS EXPLORADORES DEL P. HUBBARD

De Nome a Kotzebue. — Entre bloques de hielo. — Un pájaro y una flor. — En una playa sin nombre. — Los colmillos de un walrús. — Dos marineros clásicos. — El “Desfile de la Victoria”. — Giménez Caballero y el acordeón. — Los expedicionarios del P. Hubbard.

Mi estancia en Nome tocaba a su fin. Tan pronto como llegase de King Island el P. Lafortune, yo debía cederle el puesto y salir para Kotzebue de donde ya llevaba ausente más de dos meses.

Media noche era por filo, y aun andaba yo por la arena de la playa esperando ver por las crestas de las olas la escuadrilla de canoas en que llegan todos los veranos a Nome los indígenas de King Island con el P. Lafortune a bordo. Me acosté al fin; pero a eso de las 4,00 me despertaron unos golpes a la puerta de mi cuarto.

Era el célebre P. Lafortune de quien hemos hecho mención repetidas veces en EL SIGLO DE LAS MISIONES. A pesar de sus 71 años y de las muchas arrugas, es ligero de pies como el que más, activísimo, todo bondad y amabilidad. Le ayudé la Misa y se acostó, pues llegaba rendidísimo.



El P. Lafortune, misionero de King Island.

A la media hora de acostado al P. Lafortune llegó el no menos célebre P. Hubbard, el explorador de quien también hemos hecho mención en dicha Revista. Llegaba con otros tres exploradores y los había traído desde los EE. UU. un guardacostas del gobierno.

Traían a bordo la friolera de 15 toneladas de equipaje, llamémosle así, pues parte del tal equipaje lo formaban 30 tanques de gasolina, dos gasolineras y una pirámide de cajones y sacos abarrotados de comida y aparatos fotográficos. Iban a explorar el río Noatak que desemboca en Kotzebue, y pensaban fijar su residencia en mi casa.

Iríamos, pues, todos a Kotzebue en un vaporcito que alquilaría aquel mismo día. Y así fue. El barco se alquiló, se cargó, y a la media noche del 3 de julio zarpábamos de Nome camino de Kotzebue. Con buen tiempo debíamos llegar en dos días.

El primer día todo fue agua de rosas. Poco a poco empezaron a divisarse bloques de hielo flotante, que se iban espesando cada vez más. Viramos hacia la costa. A poco nos vimos envueltos en una selva espesísima de bloques que nos cortó el paso por completo. No hubo más remedio que echar el áncora y hacer alto.

Los costados del barco eran ásperamente rozados por el hielo que le robaba la pintura y lo golpeaba estrepitosamente. El viento era de cara y nos traía sin cesar hielo y más hielo, hasta que los bloques se apretujaron y soldaron y formaron una masa sólida por toda la faz del océano que se extendía cuanto podía verse con unos prismáticos modernos potentísimos.

Tras del viento, que amainó, vino una niebla espesa que se convirtió en llovizna persistente e irritante. Allí no se veía más que hielo y niebla. Y era el 5 de julio, cuando en Castilla los segadores afilan las guadañas y comienzan la recolección del trigo y cebada temprana en medio de un sol que derrite los sesos. Pero nosotros estábamos a medio mundo de Castilla.

En el barco no había más que cuatro camas estrechísimas pegadas unas a otras a las paredes bajas de aquel barcucho fabricado para cuatro y que ahora albergaba a diez: seis blancos y cuatro eskimales. No podía uno pasear por él, ni podíamos sentarnos todos a un tiempo.

Pasamos el día 5 en aquel encierro cambiando de pie como las cigüeñas y procurando no levantar la voz demasiado para no convertir aquel antro en un manicomio.

Uno de los exploradores pesaba 120 kilos, aunque no tenía más que 30 años, y cada vez que se movía hacía rebullir a todos los demás. Era boxeador de profesión y llevaba siempre al aire unos brazos desnudos e inmensos como los postes del telégrafo, y un pecho poblado de rizos que tiraban a rubios.

Nos desafió a todos a darle con el puño cerrado dos puñetazos secos en la boca del estómago. Uno tras otro (y algunos con verdadero furor) le fueron hundiendo los puños en el vientre, pero el gigante quedaba siempre sereno e impasible, con una sonrisa de chulo que nos dejaba boquiabiertos. Para que nadie se asuste hay que advertir que el tal boxeador es de Comunción diaria.

\*\*\*

El día 6 amaneció también lloviznoso y a nuestro alrededor no había más que hielo sólido que no se movía. Por la tarde salió el sol y vimos que estábamos a corta distancia de la costa. Quedó el capitán en el barco y todos los demás nos echamos sobre el hielo, camino de la playa, con una escopeta al hombro por si acaso tierra adentro descubriáramos algunos patos o gansos silvestres. El grupo se esparció y pronto se perdieron todos de vista por aquellas lagunas.

Yo me senté al abrigo de un ribazo arenoso y me puse a jugar con la arena movediza como los niños de la escuela. ¿Dónde estábamos? Allí no había señales algunas de vida.

Debajo de aquel cielo plomizo con marismas inhabitadas, a un lado, y la superficie helada del mar glacial, a otro; con las costas lejanas e invisibles de Siberia, a la izquierda, y una tundra inexplorada, a la derecha; allí, en aquel ribazo arenoso, donde me recostaba meditabundo, experimenté quizá la mayor soledad por que he pasado, y me vi en los pliegues del silencio más perfecto que se puede imaginar.

Entre unas yerbas selváticas, mecidas por la brisa norteña, descubrí una flor raquílica, de pétalos nunca vistos. La miré com-

placido y me pareció como que también ella me miró extrañada; tal vez ella se hizo cargo de que su presencia en aquel lugar era — como la mía— fortuita e inesperada. Nos hicimos amigos.

Más tarde vino revoloteando un pajarito, de patas largas y muy delgadas, que se posó cerca de mí, y se puso a buscar alimento, hundiendo en la encharcada yerba un pico descomunamente largo y algo encorvado.

Aquella flor y aquel pajarito vivían, al parecer, solos y daban gloria a Dios cumpliendo con sus respectivos oficios de esparcir buen olor y revolotear siguiendo el capricho. En todo lo que alcanzaba la vista por aquellas inmensidades de mar y tierra, no había otras señales de vida.

Me puse a explorar la costa, y al poco rato vi unas estacas que excitaron en mí la curiosidad. Llegado a ellas, descubrí una gruta artificial que se internaba en un altozano arenoso. De los antros tenebrosos salía un hedor que apestaba, tanto, que no tuve ánimo para entrar y examinarla.

Evidentemente, en las estacas de afuera se habían atado perros, como se hace hoy día en todo poblado eskimal. Allí había vivido alguien. ¿Quién? ¿Cuándo? He ahí las incógnitas. Ahora todo era y es soledad de desierto. De vez en cuando llegaban a mis oídos disparos lejanos.

Cuando ya avanzada la tarde comenzaron a llegar mis compañeros, enlodados y exhaustos de fuerzas, arrastrando aquellas botas enormes de goma, que les llegabais al cinto, vi que el resultado de la caza había sido satisfactorio, pues traían entre todos siete patos silvestres y un ganso fenomenal. Por la noche tuvimos una cena muy sabrosa que despachamos de pie, teniendo cuidado de no chocar con los codos del vecino. El boxeador ocupaba una tercera parte, y todavía se quejaba de que no le dejábamos sitio.

El día 7 amaneció lo mismo que el día anterior. Al despertar nos desperezamos y fuimos saliendo a gatas de las entrañas mal ventiladas del barco, dirigiéndonos por instinto a la esquina donde hervía una cafetera que despedía buen olor.

Desayunamos hablando todos a un tiempo sobre nada de importancia y pronto nos escurrimos por el hielo, camino de la

costa, a pasear por la arena mojada, bien abrigados contra una brisa mortífera que nos helaba los huesos.

La mayoría prefirió volver al barco a calentarse; otros fueron de caza y yo me quedé paseando y meditando en aquella playa sin nombre que rara vez habría sentido sobre sus lomos el taconeo de los mortales. El hielo estaba macizo y sin moverse. El barco estaba allí, a un tiro de piedra, preso entre unos bloques como cerros.

Estábamos de viaje y en plena marcha y con prisas de llegar a nuestro destino cuanto antes; pero el hielo se reía de nosotros y nos decía con sarcasmo: "Quien manda, manda", y no teníamos más remedio que aguantar mecha y callar.

\*\*\*

El día 8 amaneció como los anteriores, para fastidio de nuestros nervios ya tirantes; pero el cielo me deparó a mí un episodio que no olvidaré mientras viva. Uno de los eskimales de la tripulación, que se divertía mirando acá y allá con unos gemelos potentísimos, divisó un bulto negro que a mí no me hubiera dicho nada, pero que a él le dijo muchísimo, y así se lo comunicó a los otros indígenas, que se alborotaron mientras chapurreaban a toda prisa en su lengua natal. El tal punto negro —no les cabía duda— era un *walrús* o vaca marina y sus colmillos tenían que ser de primera.

Me puse en marcha con ellos y caminamos sobre el hielo menos de un kilómetro, hasta donde estaba flotando entre el hielo el *walrús* muerto. Con un garfio que llevaban sacaron a la superficie el pescuezo primero y luego la cabezota y la boca, de la que salían dos colmillos de marfil tan largos como mis brazos.

Todo fue cosa de minutos. Sin dar un solo golpe en falso los indígenas descabezaron al monstruo, y con un hacha bien afilada cortaron y descarnaron los colmillos primero y los caninos después. Les pregunté qué pensaban hacer con los caninos, y me respondieron que los guardaban para hacer collares que luego vendían.

—Las señoras —me dijeron— gustan de echárselos al cuello y los pagan bien.

Al poco rato volvíamos al barco vencedores y con los despojos de la victoria. Allá detrás y entre bloques de hielo quedó el *walrús* flotando descabezado para pasto de gaviotas y peces rapaces. Era el primer *walrús* que yo había visto y palpado.

Uno de los cazadores descubrió en la costa una cabeza enorme separada de una columna vertebral, de volumen desmesurado. Fuimos allá y descubrimos que era una ballena, o mejor, la osamenta de una ballena muerta, barrida por las olas, que la dejaron en seco en aquella playa solitaria. Los dientes eran enormes, pero vacíos por adentro y poco resistentes; por eso los dejamos allí en la arena. El día 9 sopló un viento favorable y aquella extensión sin límites de hielo comenzó a rebullir y a moverse mar adentro hasta que nos dejó una calle de agua suficiente para culebrear por ella, camino de Kotzebue.

Fue un día bellissimo, imposible de olvidar. Apechaba impertérrito el barquito por entre los hielos en movimiento rompiendo bloques aquí, esquivándolos allí, reculando, virando rápido ya a la derecha ya a la izquierda, y así navegamos todo el día.

Brillaba un sol delicioso y, de pie en la cubierta, nos extasiábamos ante aquel bosque sin límites de bloques de todos los tamaños y figuras. Unos eran blancos y torneados, a manera de conos; otros irregulares y de un área increíble, otros sucios y lodosos, otros de azul celeste muy vivo, y otros, en fin, formando las figuras geométricas más caprichosas. Uno tras otro, en procesión interminable, los íbamos dejando a todos a las espaldas mientras su aspecto nos recreaba la vista y el espíritu.

\* \* \*

Así estuvimos navegando hasta que en una bahía topamos con el "SUTHERLAND", barco de 7.500 toneladas, que se compadeció de nosotros y nos tomó a bordo. El barquito volvió para Nome. El "SUTHERLAND", tuvo que descargar una carga inmensa por los diversos pueblecitos que tocábamos, lo cual nos detuvo una semana entera por aquellas bahías del mar glacial.

El cocinero y un camarero eran respectivamente portugués y mejicano; hablaban buen español e intimamos en seguida. Narrar

lo mucho que me contaron llenaría un libro. El mejicano había dado varias veces la vuelta al mundo en diversos barcos de distintas nacionalidades, siempre sin pasaporte, y, para conocer algo de los diversos países por donde pasaba, se quedaba de incógnito en los puertos, tres o cuatro meses, comiendo lo que cayese y durmiendo donde aconteciese, entendiéndose por señas o como fuera, pero siempre con el ojo abierto y observando de cerca la vida y costumbres del lugar.

El portugués nació en las Azores; emigró de joven a los EE. UU y lleva 30 años de cocinero en distintos barcos. Los dos pertenecen a la Unión de Trabajadores Marítimos, una especie de la U. G. T. o C. N. T., que va extendiendo sus tentáculos por todo el litoral yanqui.

Ganaban buen jornal, pero querían más. Querían comprar una casa mejor y un auto más moderno. Querían viajar por el placer de viajar y alojarse en los mejores hoteles. Querían dinero, dinero, dinero y nada más que dinero, para luego darse con él la gran vida. Y uno es cocinero y el otro barrendero y hacedor de camas. Me preguntaron que cuánto ganaba yo; les dije que nada. Quisieron saber de que vivía; les dije que de milagro.

Cuando me llegó a mí el turno de hablar y a ellos el de escuchar, hablé hasta que se convencieron de que la raíz de todos los males es el amor desordenado al dinero.

\* \* \*

Finalmente,, después de dos semanas de andar flotando por bahías extrañas y cargadas de bruma, una mañana amanecimos a vista de Kotzebue, que aparecía borrosa allá en el horizonte y semejaba flotar en aguas que a mí me eran de sobra conocidas.

Desembarcamos un domingo por la tarde. En la playa estaba toda la población que se apiñaba a ver las lanchas que nos llevaban a tierra por no poder el barco acercarse a la costa rasa y arenosa de un metro escaso de calado. La chiquillería me llevó a mi casa con un bullicio formidable.

¡Qué diferente todo de como estaba el último día de abril, cuando yo la había dejado! Entonces la casa estaba envuelta en

montículos de nieve, a los que se subía por peldaños también de nieve que yo había hecho con una pala, y ahora, en vez de nieve, crecían alrededor de las paredes unos yerbajos parecidos a la avena loca, y por todo el campo se extendía un manto verduzco en el que descansaba la vista con placer.

Por dentro la casa estaba muda e inerte, con esa inercia de la materia cuando el hombre la deja en paz. En un rincón vi el saco de correspondencia que me había ido acumulando el cartero durante los tres meses de ausencia.

Revistas, periódicos, libros, folletos, más revistas y luego aparte un fajo descomunal de cartas con sellos de todos los colores. Huroneando con avidez por aquella selva de impresos, di pronto con lo que buscaba y pude recrearme, y solazarme, y escudriñar con una sonrisa continuada muy beatífica las fotos donde aparecía el desfile de la Victoria por las calles de Madrid.

Dos hermanos míos y cinco primos marcaban el paso detrás de aquellas banderas victoriosas; pero querer buscar sus caras en aquellos haces apretados de soldados uniformados era buscar la aguja en el pajar.

La rapacería se me apiñaba alrededor de la silla y miraba conmigo las fotos del desfile. Uno preguntó que a dónde iban tantos mozos con escopetas. Respondí de prisa que a dar un paseo por la Castellana. El rapaz no replicó, y yo seguí presenciando el desfile.

\*\*\*

En la Revista "RADIO NACIONAL", de Burgos, leí aquel artículo de Giménez Caballero sobre el acordeón. El lenguaje pulido del articulista, su derroche de imaginación, el encadenamiento fortísimo de ideas verdaderamente próceres, la fuerza, en fin, arrolladora y aplastante de todo el artículo, todas estas unidades sumadas dieron primero en tierra con el castillo de naipes de mis aficiones al acordeón; pero luego reaccioné.

Se trata simplemente de asociación de ideas. Si a uno le hace daño una vez el pepino, basta olerlo a cien metros para odiarlo con verdadero asco. Un canto aprendido al atardecer, recostados en una loma verde que domina la mar tranquila, con veleros en el

horizonte, es capaz de evocar más tarde los recuerdos más placenteros del pasado.

Dice Giménez Caballero que *"lo que el puño cerrado, lo que la bandera roja, lo que la estrella de cinco puntas, lo que la Marsellesa, lo que la Internacional, eso significa ya hoy el acordeón cuando lo oímos por la radio. Oyendo el acordeón en la radio... se ve la bandera tricolor que envuelve a su emisora"*.

De acuerdo. Pero eso fue entonces, cuando los rojos de Madrid. A mí, el acordeón me recuerda la corriente solemne del inmenso Yukón, el sol de media noche, las auroras boreales en noches tranquilas y frías, la habitación caliente y bien iluminada, mientras afuera ruge y brama la tormenta, las canciones leonesas reproducidas aquí, en las lomas del Polo Norte, y las horas que pasaron alegres merced al recurso del acordeón.

Giménez Caballero en mi lugar hubiera cantado las glorias del acordeón. ¿Qué sería de mí si me quitasen el acordeón? El solo pensamiento me pone los pelos de punta.

Pero yo no llegué a casa solo. Aparte de la rapacería venían conmigo los cinco de la expedición del P. Hubbard. Aquella misma noche tuve que volver a recordar mis conocimientos culinarios y guisar una cena para seis. Y luego desayunos y más cenas por espacio de catorce días con sus noches.

Ellos dormían en los sacos hechos a manera de colchoneta, que extendían sobre el suelo. Fueron dos semanas de ajetreo hasta que salieron a explorar el río Noatak, desde el cual volvieron a Nome. En pago por los servicios prestados (fui cocinero, barbero, ventero, amanuense y varios oficios más) me dejaron, al marchar, lo siguiente: 100 litros de gasolina, medio cántaro de miel, un cajón de pasas, tres cajones de carne en latas, dos cajas de leche condensada, dos jamones, un saco de azúcar, otro de arroz, otro de patatas y café para mientras viva.

Claro que yo viviría como un rey con todo esto; pero Kotzebue está lleno de viudas desamparadas huérfanos necesitados, y a los Misioneros nos dio Dios corazones compasivos... y no digo más.

## **IV PARTE**

### **COMUNICACION CON EL MUNDO EXTERIOR**

### CONTESTANDO A UNA CONSULTA

La carta de un Misionero en ciernes. —Respuesta; Indiferencia. — Estudios bien hechos. — Paciencia en abundancia. — Afición a la fotografía. — La correspondencia. Colaboración en revistas. — La comida. — ¡Vida de Sagrario! — La salud.

Raro será el Misionero que no reciba de vez en cuando cartas de jóvenes aspirantes a Misioneros en tierras de infieles. A mí me llegan en fajos. Antes de abrirlas ya sé lo que dicen. He aquí una carta cuyo contenido voy a trasladar íntegro con permiso que tengo de su autor, aunque para evitar tomaduras de pelo me he decidido a cambiarle el nombre. Dice así

"Muy R. P. Llorente:

"Ya le he escrito dos veces, y nada; a ver si a la tercera va la vencida; aunque ya sé yo de sobra que con la guerra es muy posible que se extravíen muchas cartas. Pues le diré que yo soy un Apostólico de 14 años, y leo EL SIGLO DE LAS MISIONES, y siempre que llega la Revista lo primero que digo es: a ver si viene algo de Alaska; y es lo primero que leo.

"Pues el caso es que me he convencido de que yo nací para Alaska; quiero decir, para ser Misionero de Alaska. Y es inútil que usted ni nadie me desaliente, porque mi determinación es irrevocable, pues me consta que yo nací para esas regiones nevadas. Ya sé que hay muchos negros, y chinos, y japoneses; pero a mí esos no me tiran; en cambio nada más ver una fotografía de Alaska, ya me entra un no sé qué por todo el cuerpo; lo cual yo achaco a que, como arriba le dije, yo nací sin duda para ser compañero de usted en Alaska.

"Y como no tengo más que 14 años, cuando yo valga para Misionero, ya usted estará viejo y necesitará un compañero joven y fuerte; pues es el caso que yo, gracias a Dios, nunca he estado enfermo. Y ¡qué digo enfermo!, pero al contrario, estoy muy robusto y siempre lo he estado; y como aquí nos tratan bien, pues cada vez me estoy poniendo mejor.

"Lo que ahora deseo saber es lo siguiente. Cómo se las arregló usted para ir allí y con quién lo trató, para que yo dé los mismos pasos. Qué lenguas se necesitan ahí. Si me pudiera mandar una gramática, de primera, pues los jueves y días de campo puedo aprender muchas palabras y frases de esas lenguas o dialectos que me imagino serán muy difíciles naturalmente, y muy raros, sobre todo a los principios, pues a mí el latín y el griego me cuestan bastante; el latín no tanto, pero sí el griego.

"También deseo saber qué clase de vida llevan ahí para irme acostumbrando poco a poco; porque aunque leo todos los meses su crónica en "EL SIGLO", pero siempre una carta íntima es mucho mejor. Además, a mi me parece que usted se calla mucho en las crónicas para el público; y otras personas son del mismo parecer; y yo quisiera saberlo todo sin secretos para, como dije, irme aclimatando a ello siquiera sea con el pensamiento. Por ejemplo, el frío, el hambre, los naturales, el aburrimiento y otras cosas que dejo a su consideración. "Contésteme en seguida, a poder ser, y yo le contestaré a vuelta de correo como conviene a su futuro compañero. Yo no dejo pasar un día sin rogar a Dios por usted; ni uno siquiera; y lo seguiré haciendo siempre así. Ya van a tocar la campana y tengo que terminar. Su hijo y amigo que le besa la mano,

*"Ceferino Carrillo Recio."*

\* \* \*

## RESPUESTA

*Mi caro Ceferino:* Acabo de leer tu carta que me ha encantado. Por ella veo que eres hombre de pelo en pecho, que es como me gustan a mí los hombres. Nada de desalientos. Adelante, caiga el que caiga. En tu marcha de frente nunca te desvíes ni a la

derecha ni a la izquierda. Con todo, permíteme un consejo: procura adquirir la propiedad de saber y poderte doblar cuando de lo contrario irías al fracaso. Imberbe y con apenas 14 abriles sobre los hombros, ya das por descontado cualquier otro empleo que no sea el misionar conmigo en Alaska. ¿Y si te dicen que no tienes talento para el sacerdocio y te mandan para casa? ¿Y si eres admitido y luego te quieren destinar a China? O pudiera suceder que en el curso de los estudios descubrieras y revelararas cualidades geniales de biólogo, de químico y aun de astrónomo y los Superiores, en consulta, decidieran destinarte a esas ciencias para que des gloria a Dios con tus descubrimientos y publicaciones de renombre internacional y con ellas añadas nuevo brillo y lustre a nuestra santa religión.

Si suponemos, pues, que se te frustra el venir a Alaska, ¿qué vas a hacer? ¿Echarlo todo por la borda? Déjate de extremos, Ceferino, y busca el justo medio. Vendrás a esta Misión si Dios quiere, como hablan los buenos cristianos, y que tú omitiste en tu carta, muy a pesar mío.

Suponiendo nuevamente que Dios se ha servido escogerte para esta Misión, y suponiendo que tú cooperes, y volviendo a suponer que todo salga a pedir de boca, que no saldrá, he aquí una lista de consejos más o menos en armonía con las preguntas que me hacías en tu carta.

\* \* \*

Estudia como si de ello dependiera tu salvación. Una vez en Alaska no tendrás tiempo para aprender Teología Moral, ni Derecho Canónico, aunque sí para repasarlos. Como vienen en libros tan voluminosos, encuadernados en color negro, espantan un poco, y no se les toma en las manos con aquel sosiego con que se los toma cuando no hay otra cosa que hacer, ni con aquel afán con que se los devora cuando tiene uno que examinarse.

Ni tendrás aquí un Profesor salomónico ni un Moralista profesional que te resuelva de balde todas las dudas con solo exponérselas en su habitación contigua a la tuya. Todo eso tienes que hacerlo ahí en las aulas, y ¡ay de ti como no lo hagas! No te quejes luego de que no te avisé a tiempo. ¿Qué vas a responder, si

no, o cómo vas a resolver casos enredados y enredosos que se te presentarán al volver de cada esquina, pues aquí en las Misiones los casos inverosímilmente enmarañados sobrepujan a los inventados por los moralistas ? ¿Cómo desenredas la madeja?

Y cuando ya crees tener atados todos los cabos, aparece un cabo más y un poco peor que los que tanto te hicieron sudar; porque la dama en cuestión —llamémosla dama para adularla— ha sido bautizada tres veces: una por inmersión, cuando pasó por allí un ministro de la secta bautista; otra por aspersion, cuando su madre y toda la familia se hicieron episcopalianos, porque el ministro les dio un saco de harina, y otra no recuerda, porque era muy pequeña y la llevó su madre a una capilla "federada" que cada año regía un ministro de secta diferente.

Ahora quiere casarse con un católico y quiere bautizarse antes por dos razones: porque él así lo exige y además porque la otra noche tuvo una visión y vio a un espíritu junto al techo. No le vio bien la cara, pero sí todo el cuerpo; y eso quiere decir que se tiene que bautizar pronto o de lo contrario se irá de cabeza a los infiernos.

Para que no dudes de su buena fe, llora y se limpia los ojos con un pañuelo que fue nuevo. Tú, Ceferino, la miras y contemplas con ojos llenos de compasión mientras repasas mentalmente y a toda velocidad lo que dispone y ordena sobre el caso el tratado sobre el Matrimonio.

No es buena señal que se te haga el griego tan cuesta arriba. Los dialectos eskimales, Ceferino, te van a poner la cabeza en carne viva. Vayan por vía de ejemplo cuatro palabras:

Nosotros = *Juárganum*.

Vosotros = *Illiptiktun*.

Yo corro = *Acpaliksúktunga*.

Yo lo veo = *Kinereaktunghináctunga*.

Y así sucesivamente. No creo oportuno mandarte apuntes eskimales. Aquí sobre el terreno harás en una semana más que ahí en todos los jueves del año. A decir verdad, nunca llegarás a hacer cosa de provecho. Aprende bien el inglés y lo demás se te dará por

añadidura. Los eskimales van aprendiendo rápidamente el inglés merced al sistema de escuelas con que va sembrando la península el gobierno de Wáshington.

Sé hombre de una paciencia a prueba de bomba. Examínate ahora y ve de averiguar si te hierva o no la sangre cuando te hacen muecas sarcásticas, o cuando te echan indirectas que muestran al trasluz la estima pobre en que te tienen, o cuando te castigan por faltas que no cometiste y de las cuales por virtud no te excusaste, o cuando en las disputas escolares queda de manifiesto que calzas menos puntos de los que tú quisieras calzar, o en fin cuando todo te sale al revés de como té esperabas y habías planeado.

Si en estos o semejantes casos te hierva la sangre de suerte que no la puedes contener en las venas y te sale vaporosa por ojos chispeantes, dientes apretados y narices atufadas, ahora te lo digo: los eskimales huirán de ti aterrados. En cambio ti eres hombre chapado a la clásica figura de Job y no te alteras exteriormente a no ser en casos que lo pidan, entonces —digo— non dudes que efectivamente naciste para Alaska y no para el Congo ni para la Cochinchina.

Porque verás aquí cosas por demás extrañas. El catequista te preguntará qué va a responder a los que le preguntan si el Padre puede decir la Misa sin vino. Predicar contra la borrachera, por un lado, y beber vino en pública iglesia, por otro, es más de lo que los eskimales pueden aguantar.

Durante el verano la población indígena se desparrama por las pampas encharcadas en busca de ciertos mamíferos típicos de por aquí de piel muy apreciada, y tú te quedas solo en casa. Llega el domingo y, claro, no van a venir a Misa chapoteando lodo cuatro días con sus noches. Luego van volviendo uno a uno cuando se les antoja. Tú tienes que hacerte a todo esto.

A ver si te aficionas un poco a la fotografía. Hoy día te puedes hacer aquí con una cámara poco menos que de balde. Luego en las cartas que escribas, procura incluir una o dos fotos. Ante todo procura responder a todas y cada una de las cartas que lleguen a tus manos, a no ser en casos manifiestos que no merecen respuesta, como cuando un bachiller te pide para el Museo de Misiones del Colegio una zorra blanca, viva o muerta; la cornamenta de un reno, muchos sellos de Alaska y la osamenta de

una ballena bien empaquetada para evitar desperfectos en el largo viaje por esos mundos; todo ello a renglón seguido.

Claro que aun en semejantes casos se puede y aun se debe responder al bachiller proponiéndole que él en cambio te mande un carnero, a poder ser vivo; el teléfono que usó Moscardó durante el asedio del Alcázar de Toledo; unos racimos de uvas de Jerez bien empaquetados para que no se desgranen, y una piel de lobo gris cogido en los Pirineos.

\*\*\*

Pero, fuera de estos casos tragicómicos, responde a todos, absolutamente a todos. Aunque no sea más que unas líneas. Y si la carta te promete oraciones, alárgate un poco más en la respuesta. Al leer una carta, hazte cuenta que no hay más que dos personas en el mundo: el que la escribió y tú.

Ponte en su lugar y verás que sin duda tuvo que luchar contra viento y marea hasta que por fin un día, el de la fecha de la carta, se decidió a echar a un lado temores y tuvo aliento para escribirte, aunque lamenta no conocerte de vista. Eso merece ser pagado con creces. Que no te venza nadie en generosidad y agradecimiento y que nunca se diga de ti que "el hacer bien a villanos es echar agua en el mar".

Si eres de esos que no escriben jamás, no quiero verte ni pintado. No quiero que en un año de holgazanería epistolar vayas a echar por tierra el castillo de naipes que yo he levantado a fuerza de pegarme con engrudo a las cuatro patas de la mesa. No vengas. Quédate ahí. Porque si tú no escribes, nadie te escribe; y si nadie te escribe, te verás de la noche a la mañana solo, huérfano, abandonado, desligado de la patria y de los amigos y te aburrirás y mucho me temo que salgas con algún disparate. Cuando estés de mal humor, no escribas. Cuando estés fatigado, tampoco. Pero si un día amanece claro y despejado y te asienta bien el desayuno y no haces más que moverte y tararear juguetón y letabundo, ese día siéntate y despacha todo el correo que puedas. Si te vienen a la pluma noticias tristes y deprimentes, no las escribas. El mundo tiene ya de por sí bastante dolor sin que vengas tú a empeorarlo.

Si tienes cosas cómicas que narrar, expláyate en ellas y cuéntalas todas con sus pelos y señales. Deja que se rían de ti; otro día te reirás tú de ellos. Además, ya sabes que en las comedias el que más se ríe por dentro es el payaso. Incluye en las cartas alguna foto tuya; ya sabes que el hombre y el oso mientras más feo más hermoso.

\* \* \*

En cuanto a colaborar en alguna Revista, eso te lo dejo a ti y a tu discreción. Desde luego, si lo haces, di la verdad y no pintes Alaskas paradisíacas que hagan creer a toda la juventud que han nacido exclusivamente para Alaska.

No gastes tiempo ni papel en describir el nivel moral de los indígenas, porque ninguna Revista te lo publicará.

No porque las Revistas vean en ello algo reprehensible, sino porque hay esparcidas por esos mundos muchas personas melindrosas, mal cimentadas en el verdadero espíritu católico, escrupulosas hasta lo inverosímil, meticulosas sobre toda ponderación, retrógradas, reaccionarias en el sentido malo de la palabra, escandalizables a lo Caifás, etc., etc., que al leer tus descripciones sobre la vida privada de los indígenas se llevan las manos a la cabeza y hienden los aires con suspiros y jaculatorias de expiación, y escriben luego a las Revistas amenazando con darse de baja en la suscripción si se vuelven a repetir tamaños ataques al candor angelical de tantas víctimas inocentes.

Por eso te prevengo desde ahora y te ruego que, en atención a los malos tiempos que corren, te atengas a generalidades inocuas y dejes que esos candores angelicales se encuentren a bocajarro el día de mañana en las Misiones con lo que antes tuvieron derecho a saber.

\* \* \*

En cuanto a la comida, hay mucho que decir. Nunca te faltará aquí pescado. En el verano lo cogen las redes. En el invierno funcionan los anzuelos debajo del hielo. Hervidos o guisados estos

peces saben muy ricos al principio y cuando se tiene mucha hambre. Carne de reno en el invierno sabe bien si se sabe preparar con arte. En el verano se estropea pronto.

En el almacén se puede comprar de todo: habas, harina, té, café, azúcar, patatas, huevos, de todo.

También tenemos unas ratas acuáticas muy sabrosas. Se les corta la cola larga que arrastran, se las descabeza para quitar de la vista aquellos dos ojos pequeños, vivos y relucientes, se las desuella y desentraña y luego se las fríe en sartenes bien engrasadas hasta que quedan doradas que da gloria verlas y gustadas.

Si no tienes estómago para comer ratas fritas, quédate ahí. Ceferino, quédate; no me vengas luego con que no te avise a tiempo.

\* \* \*

Si eres hombre escrupuloso, una de dos: o lo haces para que te tengan por santo, o no lo haces; si lo haces, mándalo pronto a paseo y ponte a buen recaudo; si no lo haces, hay que volver a distinguir: si logras verte libre de la enfermedad del todo y por completo, puedes venir; sino, no vengas; porque aunque pudieras confesarte conmigo cada media hora mientras yo viva, ¿qué va a ser de ti cuando yo me muera y tú te quedes solo en Kotzebue y no veas más sacerdotes que al P. Superior o al Sr. Obispo cuando vengan a hacer la visita una vez al año? ¿Qué va a ser de ti? Dime, Ceferino, ¿qué va a ser de ti? Piénsalo.

\* \* \*

Aquí, en Alaska, notarás que no bastan ni la correspondencia ni las conversiones ni los eskimales para hacerte hombre feliz; quiero decir, hombre completamente feliz, a lo cual tienes derecho por el mero hecho de ser Religioso con votos perpetuos. Serás infeliz y vivirás días aciagos y meses amargos y miserables si no tienes la dicha de intimar mucho con Jesucristo.

Pata ti Jesucristo no es ni puede ser algo indiferente. Para ti tiene que ser la luz de tus ojos, el aliento que te sostiene, el motivo de tus obras, el Amigo con quien tienes que estar en comunicación constante, la piedra filosofal que te convierta en dulzuras todas las hieles inherentes a la vida en las lomas del Polo Norte.

Los eskimales miran al sagrario a bulto y no ven.

Tú tienes que ver a Jesús allí presente, vivo, interesadísimo por ti, deseoso de hablarte al corazón y de aliviarte las penas, tan llenos de gracias sus brazos y manos que se le derraman y caen al suelo por no haber quien las reciba, tan agradecido porque te entregaste a él sin reserva, que cuando te lo dé a sentir te vas a quedar estupefacto.

Y entonces sí; las lomas del Polo Norte son jardines orientales donde el aroma casi marea de tan pesado. De lo contrario, Ceferino, estas lomas van a ser tu sepultura prematura (así en rima consonante). Empieza, pues, ahora a ser hombre espiritual.

\*\*\*

En cuanto a lo que dices de que eres chico robusto, hay que distinguir. Gente carnosa y abultada no cae bien aquí. Ser enjutos y nervudos y con las muñecas vellosas a lo Esaú, es aquí cien veces preferible a ser gordos y mantecosos, siempre a punto de coger asma.

Un poco de gimnasia te vendrá bien; pero no exageres, como esos fanáticos que se pasan el día hinchando los pulmones, retorciéndose con expresiones agónicas, trotando por los paseos como potros mal domados, golpeando sacos embutidos de arena, etc., etc. Anda derecho con la vista serena y el pecho hacia fuera y no vayas a echar joroba a los 14 años.

Ya creo que basta por hoy. Ruega mucho por mí. Ruega por todos los Misioneros.

Yo, en cambio, te prometo que rogaré por ti a Jesucristo en este sagrario, el más norteño de Alaska, y le diré que te vaya labrando y que tú te dejes labrar hasta que un día te veamos bien labrado y afanado en salvar almas; bien aquí conmigo, bien en el centro de África o entre los bandidos de China, o en el Japón o en

la India, o entre los isleños del inmenso Pacífico, que te recibirán vestidos sabe Dios cómo.



## LEYENDO LA CORRESPONDENCIA

De Cádiz. — De una ciudad del Cantábrico. — De California. — Del corazón de China. — De Palma de Mallorca, de Montevideo, de Caracas, etc. — Cartas de monjas.

Después de reflexionar mucho y ponderar despacio las razones en pro y en contra he venido a sacar la conclusión de que la ayuda más eficaz, que recibe el Misionero de los hielos polares, es la correspondencia de allende los mares que llega tardía siempre, pero que al fin y al cabo llega, después de haberse arrastrado por vericuetos tortuosos y haber salvado distancias astronómicas por derroteros indescriptibles. Llega al fin el trineo correo que nos es tan familiar, o aterriza de repente un aeroplano con la preciosa carga de varias sacas de correspondencia.

Puesto sobre la mesa el fajo de cartas noto distintamente que tanto el espíritu como los huesos se alegran y sonrían; la nieve apelmazada en las ventanas parece un bosque de rosas apiñadas que cuelgan de ramas invisibles; el viento que lleva en sus alas el frío de la muerte se me antoja céfiro de mayo cargado de perfumes; Alaska deja de serlo por unos instantes, y la vida toda parece sumamente amable y digna de vivirse.

\* \* \*

La primera carta que abro viene de la provincia de Cádiz y dice así:

"Reverendo y amado Padre: Ya sé que le extrañará la firma, pues no me conoce, y yo nunca le he escrito; pero aunque Vd. no me conoce a mí, yo le conozco a Vd. y me le sé de memoria

gracias a los artículos de EL SIGLO DE LAS MISIONES. No sé qué tiene Alaska que yo lo primero que hago cuando me llega la Revista es ir en seguida a ver si hay algún artículo de ese país de los eternos hielos.

"Padre, nos gustan mucho los artículos de Alaska. Pero quiero preguntarle una cosa; dígame, ¿cómo puede vivir con ese friazo? ¡Ay, Dios mío, yo con lo friolera que soy me moriría! Figúrese el calor de Andalucía, y así y todo, cuando hace un poco de frío, ya tirito; conque en Alaska, ¿cómo iba a vivir yo? Y otra cosa, Padre, y le ruego me dispense la curiosidad, ya sabe Vd. que las mujeres somos muy curiosas; diga, Padre, ¿no se aburre? ¿No le vienen murrias? ¡Usted ahí tan solo!

"Figúrese que yo aquí en el Colegio, tan cerca de mi casa que me vienen a ver casi todas las semanas, y así y todo no hago más que pensar en mi casa y familia. Tengo un hermano menor que yo. Luego viene una hermanita y por último un niño de un año que nos parece un angelito del cielo. A lo mejor llega a ser Misionero como usted. ¡Ay, pero no de Alaska, eso no; mi madre se moriría; seguro que sí; y a mí me daría un lloreo pensando en él, que me harían las lagrimas surcos en las mejillas como leí en un Devocionario que le pasó a San Pedro, de pena por haber negado a nuestro Señor! Haga el favor de responderme, Padre; ya sé que está muy ocupado, pero siquiera unas líneas.

"Y que no me voy a poner yo poco oronda con una carta del Polo Norte, así como quien no dice nada. Me voy a dar unos humitos con la carta que me van a tener que hablar por solicitud. ¿Verdad, Padre, que le da mucho gusto recibir cartas? Por eso le escribo y le seguiré escribiendo. Sepa también que rezo por Vd. todos los días, toditos, así sin dejar ni uno; y cuando me cuesta estudiar, estudio y me venzo y se lo ofrezco a Dios por Vd. y por los eskimales.

"Ya esta carta va muy larguísima; pero no quiero terminar sin volverle a repetir que cuando crea usted que está solo, sepa que no lo está, porque yo me acuerdo mucho de Vd. siempre que vamos a la capilla, que es muchas veces, pues no podía ser de otra manera estando con monjas. Rece por mí, Padre, y por mi familia y (por Dios, Padre, escíbame) y sepa que le encomienda mucho a Dios su afectísima

\*\*\*

Termino esta carta con una sonrisa bonachona, en medio de una cara de luna llena, y abro esta otra que viene de una ciudad del Cantábrico:

"Muy reverendo y apreciado Padre Misionero: Aunque no tengo el gusto de conocerle personalmente, pero he deseado escribirle desde hace mucho tiempo para decirle que siga escribiendo artículos en EL SIGLO DE LAS MISIONES, que todos leemos con muchísima fruición. Dos amigas mías me querían hacer creer que lo que usted escribe lo inventa. Yo las dije: nos seáis tontas, ¿cómo se va a inventar eso sin verlo ni vivirlo? Lo que pasa es que en el Polo Norte es tan distinta la vida de como lo es en España que a nosotras aquí eso nos parece novela. ¿Verdad, Padre, que acerté?

"Y con esto queda dicho que espero contestación. Por favor, Padre, siquiera unas letritas; ya sé que está usted muy ocupado. Yo estoy metida en latines y más latines, pues han cambiado el plan de estudios. Rece por mí alguna vez para que me entren estas conjugaciones tan enrevesadas.

"Yo tuve un hermano de 21 años que falleció en el "Baleares". ¡Si viera lo bueno y simpático que era y cómo le adorábamos en casa! Cuando se apuntó de voluntario a raíz del Movimiento rezábamos en casa por él todos los días, sobre todo mi madre; pero se ve que Dios le quiso para Sí. Y como murió por Dios y por España, nos consolamos de tan sensible pérdida. Rece por él vuestra reverencia alguna vez, que, si usted reza por él, esto segura de que Dios le ha de despachar favorablemente la súplica. ¿Qué puede Dios negar a un Misionero?

"Créame, Padre, que le envidio. Si fuera hombre, me hacía yo también Misionero como usted. ¿No tienen en Alaska Misioneras? Me parece que leí que sí las hay. Pues si ellas sí, ¿por qué no yo? Me va a tener usted por una ambiciosa y pretenciosa. Pues aunque me tenga, digo que quiero llegar un día a ser Misionera; si no en Alaska, en otra parte del mundo infiel.

"Pida mucho por mi, Padre, y encomiéndeme a Dios cuando esté solo ante el sagrario en esas noches de invierno que usted nos describe en sus artículos. Por ser esta la primera, nada más; pero otro día me extenderé más, Suya,...

*Fulana de Tal."*

Tomo el lápiz y escribo el nombre, que inserto en la lista de las peticiones, añadiendo "Baleares" para incluirlos a los dos.

\* \* \*

Abro la carta siguiente que lleva en el matasellos CALIFORNIA. Está en inglés y dice así, traducida literalmente:

"Gracias, Padre, por su carta que tanto me alentó a sufrir por nuestro Señor. Y buena falta que me hizo, pues éste es el octavo año que llevo en cama; y aunque soy monja, soy mujer y los dolores me duelen como es natural. Me han hecho cinco operaciones; una verdadera carnicería. Vivo muriendo. Y como si mis dolores no bastasen a postrarme, anteayer recibí carta de Irlanda y leí que mi hermana ha fallecido de una pulmonía doble que la ahogó.

"Mi anciano padre queda poco menos que solo y temo que fallezca también de un día a otro. Todos se mueren, o mejor, se van al cielo, menos yo. Yo quede acá abajo de trasto inútil, de estorbo, probando la paciencia de estas buenas monjas que me asisten; que me vienen asistiendo ocho años seguidos. No tengo más que los huesos. Aquí en mi cuarto de la enfermería hay un espejo y me da miedo mirarme.

"No hago más que acordarme de cuando era niña allá en Irlanda. ¡Qué buenos son los irlandeses! En cambio estos yankis son una amalgama de razas mal condimentadas y peor cocidas en el puchero nacional, sin costumbres patriarcales multiseculares como en Europa. Si no fuera porque yo vivo aquí, no acertaría a concebir cómo un español, criado bajo el cielo azul del Mediterráneo, hubiera podido jamás aclimatarse a estos climas norteños y

extranjeros tan diferentes de Castilla. "Yo amo mucho a los españoles, sobre todo desde que me dijo un Padre Jesuita que los irlandeses somos descendientes de los antiguos celtas españoles.

"Durante la guerra civil española no hice más que ofrecer todos mis dolores por el triunfo de Franco. Todavía tengo aquí junto a la cama una foto grande de Franco; y, cuando leo que ha expedido nuevos decretos favoreciendo a la Religión, tomo la foto y la beso y pido a Dios que le dé cien años de vida. Yo estaba en la creencia de que nuestro mitad español y mitad irlandés De Valera era el gobernante católico por antonomasia; pero cuando resurgió Franco vi con gozo que la extirpe española brotaba cada vez con más pujanza vástagos de renombre imborrable.

"No sé qué tonterías estoy escribiendo; me tiembla mucho la mano y se me borran las ideas. Cuando me traen la sagrada Comunión pido por usted y por sus eskimales. Me da gusto pedir por los Misioneros. Y cuando me muera, voy a pedir más todavía. Pero a ver si usted hace lo mismo conmigo. Tal vez sea ésta la última carta. Si así es, cuando le escriban que he fallecido, deténgase mucho en la Santa Misa y agote su elocuencia con Jesucristo en mi favor. ¡Que gusto tener un Misionero que va a pedir por mí después de muerta!

"Estoy llorando, pero yo fui siempre muy llorona; no me haga mucho caso. Cuando muera y esté en los brazos de Jesucristo voy a pedir por usted con especial ahínco; y allá arriba le esperaré. ¡Qué consuelo, poder hablar de esto con tanta seguridad! Sí, reverendo Padre. Allá en el cielo se acabarán estos dolores que me han venido martirizando.

"Y en cuanto a usted, en el cielo ya no tendrá nieve, ni hielo, ni tormentas, ni soledad, ni abandono. Ni tendrá tampoco eskimales embotados que no entienden de delicadezas divinas. Diga, Padre, ¿cómo se las amaña para no cansarse de explicar el catecismo a esos salvajes tan estúpidos? Yo siempre oí decir que los Jesuitas son tan inteligentes; y usted ahí con esos seres primitivos, ¿verdad que muchas veces se cansa? Pero ya sé yo que lo hace por Dios. Dios tampoco se cansa de nosotros, a pesar de nuestra estupidez. ¡Qué bueno es Dios!" Etcétera....

\*\*\*

Al terminar esta carta no me río. Canturreo muy pensativo unos segundos y abro otra carta que viene del corazón de la China y la firma un Jesuita mejicano.

"Tanto el chino como la China —dice— me van pintando bien, pues me siento como en mi centro. Esto no quita que de vez en cuando experimente uno la lejanía de la patria y de los seres queridos; pero estos son gajes del oficio y *entran por los veinte "riales"* que decía el rancharo. ¡Cómo me hicieron reír aquellas anécdotas sobre los "pelaos" de mi tierra!

"Soy muy amigo del que se las contó a usted. Con esta clase de compañeros se le espantan las murrias al mismo demonio. La primera limosnita que recibí la empleé en comprar una bicicleta. Qué le parece de ancha mi conciencia, ¿eh? Por ella bien cabrá el lanudo camello.

"Creo inútil decirle que apenas llegan sus artículos sobre Alaska les doy la gran devorada y por unos instantes me despojo de la bata de chino para vestirme del abrigo de piel de oso; y sepa que todavía conservo un gran cariño a la Alaska de mis ensueños (usted dirá de mis pesadillas).

"A mí me gusta ver la vida por el prisma prosaico y no por el que me pintan los siete colores del arco iris; y así aquí en China, como si estuviera en Alaska, palparía siempre la realidad adusta, serena y fría, dejándome de auroras boreales y jardines chinos encantados. Quiero con esto decir que si la llamo "la Alaska de mis ensueños" es porque fue con la que experimenté los primeros arranques de apostolado efectivo, y por eso hasta hoy la sigo teniendo cariño, pues el corazón es como esas vasijas de barro cocido que conservan siempre el olor del primer licor en ellas vertido.

"Antes de que me empiece a poner lírico voy a terminar para que no se contagie usted; y le ruego que ya que está tan cerca de nuestro Señor, pues está tan lejos de las cosas terrenas, y hay proporción inversa entre esas dos extremidades —Dios, las criaturas— le ruego que cuando vaya por esas estepas o "tundras" como las llaman ustedes, cuando avance silencioso detrás del trineo, eleve una ferviente plegaria por este andrajo de Misionero

para que pueda hacer un poco en favor de este mundo infiel. Me encomiendo... etc."

Al terminar esta carta, cuyo original es tres veces más largo de lo aquí copiado, me admiro ante la coincidencia de que un Jesuita mejicano en China escribe a un Jesuita español en las lomas del Polo Norte, y me encanta este detalle del gran cuadro de la catolicidad de la Iglesia.

\* \* \*

Una carta firmada por Perita Pando, de Andalucía, dice así:

"Respetado Padre: ¿Se ha enterado que hice la primera Comunión? Ese día me acordé de pedir por sus eskimales, que creo que tendrá muchos en ese pueblo. Ya tengo cinco años. Este curso me quedo en la elemental; pero el año que viene pasaré al primer grado. Besa respetuosamente su mano, etcétera."

\* \* \*

De **Palma de Mallorca** viene una carta que parece una página arrancada de los escritos del beato Juan de Ávila. La que la firma tiene la ingenuidad de decirme que acaba de cumplir 21 años, cosa que parece imposible concebir dado el alto coturno espiritual de la misiva. Su ocupación más frecuente entre día es retirarse en espíritu al sagrario de Kotzebue y abismarse allí en petición y adoración ante Jesús sacramentado.

Al leer esa carta escrita por una joven de ciudad me confirmo en que el Espíritu Santo derrama sus gracias lo mismo en las aceras de las grandes ciudades que en los claustros sombreados de los conventos, y doy por ello gracias a Dios.

De **Montevideo** me escribe una señorita catequista que madruga todas las mañanas a oír Misa y comulgar y a pedir por los eskimales de Kotzebue. Con la lectura de sus cartas se enriquece

mi vocabulario. Ya sé lo que son "botijas" y "pibes" y otras que no hay por qué enumerar. Al pensar que en Montevideo se pide diariamente por la conversión de los eskimales de Kotzebue, me aliento a seguir bregando contra viento y marea.

De **Caracas** vienen varias cartas entusiastas. Los que las firman no se contentan con meras palabras y me mandan un paquete gordezuelo de libros venezolanos que me han de hacer más llevaderas las horas largas del invierno alaskano.

De **Buenos Aires** vienen cartas y libros. Los dos tomitos de Astronomía del P. Puig los devoro en dos noches y con ellos me doy por enterado de todos y cada uno de los secretos de los espacios interplanetarios.

De **Bilbao** llegan cartas con una remesa de libros que ya leí, pero que volveré a leer, sobre todo algunos de ellos.

De **Nápoles** me piden una relacioncita sobre los eskimales para no sé qué Revista. Ellos se encargarán de traducirla del español. Picado un poco de que crean que el español es cosa fácil de traducir, escribo la relación que acribillo de giros leoneses para que el napolitano encargado de la traducción se rasque la cabeza y carraspee a su sabor y no me vuelva a pedir más relacioncitas.

De **La Paz, Bolivia**, llega sudorosa una carta que ha recorrido la mitad del orbe y al fin me ha encontrado sentado aquí al escritorio. Con ella vienen unas Revistas que me enteran de la efervescencia católica del país. Como el autor duda de si su carta llegará a su destino, me apresuro a darle la buena nueva y a rogarle que siga escribiendo más por ese estilo.

De **Tokyo** me dicen mis antiguos condiscípulos que el japonés es una lengua peliaguda; que, aunque despacio, se va ganando terreno en lo tocante a conversiones; que ven el porvenir un tanto halagüeño y que San Francisco Javier describió a los japoneses tal

cual son. Luego me hacen una letanía de preguntas sobre los métodos que seguimos en la conversión de los eskimales.

\* \* \*

Las cartas de monjas son legión. Dice una "Aquí hay mucho entusiasmo por Kotzebue, y varias Madres han pedido permiso a nuestra Rvda. Madre Superiora para escribir a usted." Otra: "Todas las mañanas lo recuerdo para pedir mucho, mucho por usted y sus eskimales".

Otra: "¿Está el Señor reservado en el sagrario de Kotzebue? Muchas veces me traslado a él pensando en unas palabras de usted que leí y son éstas: ¡Qué frío está el Señor en los sagrarios de Alaska!" Otra: "Me traslado varias veces en espíritu al sagrario de Kotzebue y le pido a Jesús que le ayude eficazmente a convertir a todos los eskimales".

Otra: "Hago en espíritu muchos viajes a Kotzebue para asistir a su Misa y visitar a Jesús en su sagrario y ofrecerle mis sacrificios por la conversión de esos eskimales y para que le conserve a usted siempre tan alegre y optimista. No le pase por la mente contestarme, pues ni lo quiero ni lo merezco. No lo quiero, porque dice santa Teresita que las monjas de clausura solamente con la oración y el sacrificio somos útiles a las Misiones. Y no lo merezco por ser quien soy. Por eso no le mando mi dirección epistolar".

Y así sucesivamente. Lo de no darme la dirección epistolar hizo que no digiriera bien las comidas y no durmiera pacíficamente por espacio de una semana. Escribirme una carta de oro y ocultar las señas, es más de lo que yo puedo aguantar. En fin, se lo perdono por ser monja de clausura; aunque me veo obligado a confesar que mis fervores místicos no alcanzan esas alturas.

\* \* \*

Es decir que de los cuatro Puntos Cardinales se está bombardeando al cielo para que se abrevien los días y luzca pronto el lucero matutino de las conversiones. Antes de ayer hice una visita

a muchos no católicos. Cuatro adultos quieren bautizarse. Con ellos vienen cinco niños.

Hay otros "picados" que caerán pronto si los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES siguen bombardeando al cielo, bien desde sus respectivas casas, bien en espíritu desde este mismo sagrario donde está Jesús sacramentado día y noche. Y si no convertimos a todos los eskimales de las lomas del Polo Norte, por lo menos las cartas me convertirán a mí, que no es poco.



### ATANDO CABOS

La muerte de “Saxófono”. — La corrida de toros de Kotzebue. — La Madre Lorenza. — El gobierno yanqui y el aguardiente. — El eskimalito Millán Astray. — Baltasar, el guía. — El por qué de mi acordeón. — Una misionera de Alaska. — El montón de la izquierda. — Las tormentas de Kotzebue.

Lectores asiduos de EL SIGLO DE LAS MISIONES y que se interesan vivamente por todo lo que atañe a esta Misión singular, me escriben preguntándome sobre varios sucesos que han visto la luz pública bien en esta Revista, bien en el libro sobre EL PAÍS DE LOS ETERNOS HIELOS.

Son preguntas expuestas con todo candor; y, a mi juicio, semejantes preguntas son legítimas y tienen derecho a ser respondidas. En este capítulo vamos a responder a las más corrientes.

**De Bucaramanga, Colombia.** — *Padre, yo amo tanto a los perros. Y usted también los ama mucho por lo que leo en su libro. Pues siendo esto así, dígame, ¿por qué mató a Saxófono? ¡Ay, pobre animal! Créalo, Padre, la noche que leí cómo le pegó usted un tiro, casi no pude dormir. ¿Es así como galardonan los muchos años de servicio...? etcétera.* (EN EL PAÍS DE LOS ETERNOS HIELOS, Págs. 139-141).

**Respuesta:** El Labrador tiene un amor inmenso a la pareja de bueyes que le aran las tierras y le tiran del carro. Pero si un buey se rompe una pata y no tiene cura, lo mata sin más contemplaciones.

Supongo que lo mismo hará el árabe con su camello, por mucho que le quiera, y los indostánicos harán otro tanto con sus

elefantes de carga. El perro de Alaska ha perdido todo derecho a vivir en el punto y hora en que es declarado inútil. Mantener a 16 perros grandes supone 4.500 salmones anuales; es decir, muchos salmones. Cuando un perro ya no sirve más que para comer, resulta una carga.

Lo que hay que conseguir a toda costa es un trineo en el que todos los perros tiren a una. Si uno es holgazán, ya se sabe: un tiro por las orejas. Cuando uno llega a ser tan viejo que no puede seguir el paso doble de los demás, un disparo lo arregla todo. Así, sin sentimentalismos.

Mientras el trineo tira bien y a una, todo va bien y se les alimenta bien y se les mulle yerba blanda en sus casitas de madera donde duermen calentitos en las noches crudas de invierno.

Por el mes de abril se matan en Alaska las dos quintas partes de todos los perros. En octubre el trineo se ve reforzado con reclutas inexpertos, pero briosos, que muy pronto son lo mejorcito del tiro. Donde estuvo mi crueldad fue en haberlo matado yo. Debí haber encomendado la ejecución a un eskimal. Cuando vi morir a Saxófono ya no tuve valor para volver a presenciar ningún otro fusilamiento; mucho menos para fusilar yo a ningún can. En el Yukón perro se dice *kimujta* y cachorro se dice *kimeágaruk*. En resolución, que Saxófono fue medido por el rasero común sin descortesías ni injusticias.



\* \* \*

**Monasterio de Osera, Orense.**— Díganos, Padre, ¿qué tal salió la corrida de toros, o mejor del toro, en Kotzebue? ¿Quedó el nombre de España a la altura? (EL SIGLO, 1940, Enero, p. 20).

**Respuesta:** Aquella corrida fue algo que merece pasar a los fastos de la Historia con caracteres indelebles. En ella el nombre sacrosanto de la España Imperial quedó por las auroras boreales.

De plaza hizo el yerbazal donde pastaba el mastodonte; de talanquera, un alambrado; de público, la eskimalada mezclada con los blancos; de banda de música, los gritos de la plebe, y de cuadrilla yo solo.

Digo, pues, que me adentré hacia el toro pausada, y mesuradamente vestido de elástico y botas de agua con una banderola roja en una mano y un bastón en la otra.

A decir verdad, me temblaba bastante el pulso y me latía muy de prisa el corazón, pero, pensando en España, lo deseché todo como cosa baladí; y con pulsos, y latidos, y cosas baladíes me vi delante de los cuernos.

Allí no hubo saltos de garrocha, ni suerte de varas, ni un farol, ni suerte de banderillas en silla o fuera de ella, ni brindis, ni pasos de muleta. Mi enemigo, mogón por más señas, resultó no ser de lidia.

Al pasarle la bandera roja por los ojos, los cerraba complacido creyendo que le iba a abanicar y a espantarle las moscas. ¡El muy traidor! Yo me enojé y empecé a tirarle de las orejas y a pellizcarle el hocico; pero él reaccionaba retrocediendo.

El pasmo y entusiasmo del público no tenía límites. Don Quijote en la aventura del león no quedó ni más suspenso ni niño complacido que yo quedé, en esta corrida inmortal.

En ella se vio una vez más a las claras cómo los españoles no nos arredramos, antes nos lanzamos a acometer empresas arriesgadas, donde el resto de la humanidad se ha pasivamente en calidad de espectadores y admiradores. Y a propósito; el pobre toro tiritaba tanto durante el invierno, que su amo desesperó de engordarlo, y un día le dio un tiro en la nuca y lo mató. A mi me trajo unas chuletas que comí pensando en la famosa corrida. Este fue el fin del toro de Kotzebue.

**Santander, España.** — *Padre, ¿vive todavía la Madre Lorenza? ¿Qué dijo cuando se vio tratada “así” en su libro? ¿No le riñó?* ("EN EL PAÍS...", páginas 199-202).

**Respuesta:** A la Madre Lorenza le regalé un ejemplar del libro donde sale ella tan notablemente descrita. Hay que hacer notar que la buena Madre no sabe español. Pues bien, como no vio su foto por ninguna parte, quedó complacidísima.

Me había amenazado y rogado que no publicase su foto. Cuando hojeó todo el libro y no vio su foto, suspiró y me lo agradeció. Luego me pregunto si la había sacado a ella a colación.

Respondí que muy brevecito para decir que la habíamos festejado en su jubileo inolvidable. Con eso se aquietó, y no hubo más.

Hay que tener en cuenta que no está uno obligado a decir toda la verdad en todo tiempo y lugar, sobre todo cuando el decirla trae como consecuencia horas enteras de reprimenda de pie en una puerta por la cual entra una corriente de aire que puede originar una pulmonía.

La pobre Madre, rayana ya en los 80, no vio cumplidos sus deseos de morir en Akulurak, donde vivió desde 1905. Hace cosa de un mes se la descubrió un cáncer en el estómago y sus superiores enviaron un aeroplano que se la llevó a para Fairbanks, y de allí salió para los EE. UU.

Fue ése un sacrificio incruento que acabará por matarla cualquier día. No me imagino a la Madre Lorenza fuera de Akulurak, rodeada de niñas eskimales, bondadosa, ancianita, sosteniendo moralmente los edificios con su mera presencia. Querrá Dios exigirla este postrer sacrificio antes de llevársela para Sí, donde nos esperará impaciente.

Por lo menos allá arriba, como no hay relojes, no podrá saber a puesto fijo cuánto tiempo gasta en contarme historias acaecidas antes de que yo naciera. La Madre Lorenza es un alma extraordinaria; de lo mejorcito que hemos visto por aquí en el llamado sexo débil.

**Madrid.**— *¿Cómo es posible que un gobierno al parecer tan práctico como es el yanki permita el uso del aguardiente en Kotzebue, y entre los eskimales en general?* (EL SIGLO, 1939, Junio, p. 543, etcétera).

**Respuesta:** El gobierno yanki es demócrata. Los ciudadanos yankis se gobiernan a si mismos, según dicen, mediante el sufragio popular libre. Los eskimales son ciudadanos yankis.

Antes de Año Nuevo los taberneros recogían una mayoría respetable ele firmas en Kotzebue y con esa mayoría en la mano exigían del Juez territorial licencia para vender licores en esta localidad. Así lo habían venido haciendo en los últimos ocho años. Valiéndonos precisamente de ese sufragio libre, nos juntamos el médico de Kotzebue y yo una tarde y planeamos poner fin a tanta farsa. Bajo capa de una conferencia higiénica los reunimos a todos en un recinto y allí el médico peroró sobre los efectos del alcohol en el organismo. Yo diserté sobre los efectos de la borrachera en general.

Al fin pasamos unos papeles con dos listas. Los que deseaban la venta de licores en Kotzebue, habían de firmar a la izquierda; los que no la deseaban, firmarían a la derecha.

Al terminar el cómputo vimos con fruición que la proporción era de cuatro contra uno a favor de la llamada ley seca. Hicimos cinco copias elegantemente escritas a máquina y mandamos una al señor Juez, otra al Sr. Gobernador, otra al Diputado por Alaska en Washington, otra al Comisario del Negociado de indígenas, y nosotros nos quedamos con la quinta.

Los taberneros se pusieron furiosos. A mí me llamaron los nombres más execrables que se pueden proferir, pero yo no me tenía de risa por dentro.

Comenzaron a buscar nombres para sus listas; pero ya estaba ocupada la venta, y no hubo sitio para ellos.

El último día de año recibimos un telegrama del Sr. Juez mandando que a las 12 de la noche se clausurasen las tabernas, pues quedaban revocadas todas las licencias para vender licores incluso vino y cerveza. ¡Triunfamos!

Desde entonces desaparecieron los borrachos como por encanto. Hay que tener presente que los eskimales de poca cultura, necesitan ser regidos con cierta dureza. Con un régimen conservador, son gente buenísima; con un régimen pagano son fieras fuera de las jaulas.

\*\*\*

**Málaga.** — *Padre, qué tal marcha Millán Astray, aquel peque bautizado por usted en una de sus excursiones por el Yukón? ¡Cuidado que fue ocurrencia llamarse así!* (EN EL PAÍS..., p. 198).

**Respuesta:** Millán Astray Kanikchak marcha viento en popa y a toda vela. Le llaman Míyan que es lo más que se han podido acercar a Millán. Por ser varón, y el primogénito, está consentidísimo y todo se le vuelven mimos.

Hace poco le sacaron una foto, y en ella puede verse lo malhumorado que se puso. Para que se estuviera quieto tuvieron que agarrarle por las manos su madre y su prima. Parece tener mal genio. *Kanikchak* es palabra eskimal que significa nieve. Es una especie de apellido tan común en Alaska como Pérez o García en el mundo español.

\*\*\*

**Córdoba, Argentina.** — *Padre, ¿sigue Baltasar en el cargo honorable de guiar al Misionero en sus viajes por la tundra nevada?* (EN EL PAÍS..., repetidas veces).

**Respuesta:** No, señor. Baltasar se casó poco después de salir a relucir en las páginas de nuestro libro. Se casó con una colegiala de Akulurak. Vivieron felices unos meses, pero su felicidad se agrió cuando Baltasar comenzó a escupir sangre y a palidecer y a debilitarse. Fue una tisis galopante.

Los últimos meses los pasó en el salón de los chicos sentado junto a la estufa. Le llamaban por apodo *Tuungnúpalj* que quiere decir "Negrote". ¡Ay del chico que se lo llamara! Pero al fin cuando ya no podía correr, se lo llamaban. Tuvo que intervenir el Padre y con eso todo se normalizó y se arregló. Baltasar era hombre de

pocas palabras, testarudo, tan corto de inteligencia que jamás pudo aprender dos palabras inglesas seguidas, inútil como intérprete y gran fumador; pero era muy aseado, casi vanidoso, y poseía una cualidad rara en virtud de la cual le era fácil orientarse en medio de una tormenta. Jamás se extravió por las tundras nevadas.

Asimismo sabía tratar a los perros con amor y entereza a la vez y era muy hábil para hacerles correaes nuevos que les caían como llovidos. Era también un cazador de pro. En conjunto Baltasar era un sujeto necesario en la Misión de Akulurak.

Su puesto lo ocupó un tal Adolfo, más joven y menos diestro en orientarse, pero más despabilado intelectualmente y que hace a la vez de intérprete.

\*\*\*

**Pamplona.** — *Diga, Padre, ¿cómo se le ocurrió a usted dedicarse al acordeón habiendo tantos otros instrumentos músicos mucho más aristocráticos y de más valía musical? Nosotros se lo oíamos tocar tanto a los rojos de Madrid que lo llegamos a odiar con verdadero asco. Pero menos mal que usted ni es rojo ni se lo oyó tocar a los rojos; y si le ayuda a pasar bien los ratos de ocio bien está.* (EL SIGLO, 1940, mayo, pág. 148).

**Respuesta:** Habiendo sido yo toda mi vida una nulidad en cuestiones musicales, aunque muy amigo de oír buena música, y sospechando que tal vez en Alaska tuviera tiempo sobrado para tañer algún instrumento, di un paseo por una de las calles centrales del puerto de Seattle en los EE. UU. mirando de prisa y a hurtadillas todos los escaparates que iban quedando detrás como los postes de telégrafo en la vía férrea, hasta que me vi enfrente de un escaparate repleto de instrumentos músicos.

Al final de varios razonamientos con el dependiente, decidí comprar un acordeón por ser el instrumento músico más barato. Ya a punto de pagar, se nos acercó el dueño del establecimiento. Nos saludamos.

Era judío, oriundo de los judíos españoles; tanto que nos enfrascamos en una conversación en español. Incluso se apellidaba Franco. Yo creía soñar despierto. Sus bisabuelos habían sido

expulsados de España por los Reyes Católicos; pero... para demostrarme que no abrigaba resentimientos, me vendió el acordeón al precio a que lo había comprado él en Alemania — 9 dólares— en vez de los 14 dólares por los que lo vendía en los EE. UU. ¿Cómo negar que hay judíos decentes y caballerosos?

Una tendera judía, al enterarse de que yo era Misionero de Alaska, rehusó cobrar un solo centavo de los 50 dólares de mercancías que yo acababa de comprar en su tienda.

Yo debo ser un individuo rarísimo. En mis dos encuentros con mercaderes judíos he salido ganancioso, cosa en sí tan imposible como engañar a un gitano en compra-venta de burros.

Digo, pues, que la emprendí con el acordeón y no lo he dejado aún. A decir verdad lo toco pésimamente. Pero cuando estoy solo en la cocina o cuando lo toco entre eskimales no suenan del todo mal aquellas notas musicales. Aquel gangoso infla-desinfla no redunda ciertamente en alabanza del acordeón. Pero ¿qué quiere usted? Fue el instrumento músico más barato en aquella tienda judía del puerto de Seattle.

\*\*\*

**Cataluña.** *Padre, yo tengo 13 años y quiero ser misionera de Alaska. De clausura no, porque tengo un carácter muy vivo y me gusta moverme. Además aquí en el Colegio veo que en tiempo de silencio tengo una lengua muy larguísima. Así que ya ve. Pero en Alaska con esas monjitas lo pasaría yo muy bien. Se me han hecho simpáticos los eskimales. A ver si me escribe. Me temí mucho que no me fuera a escribir y dudé en escribirle; pero luego me dije: bueno, allá va; si sale con barbas, San Antón, y sino, la Purísima Concepción.*

**Respuesta:** Confieso que nunca había oído este último refrán; pero me hizo una gracia enorme. Y que viene muy a pelo; no como los de Sancho, que venían todos por los cerros de Úbeda. Si usted a los 13 años no se despepitara por hablar, sería usted una excepción. Y eso es precisamente lo que necesitamos en Alaska: gente que hable y entretenga. Pero aquí con estas monjitas de

Alaska no puede echar refranes en español porque ellas son yankis y no hablan más que inglés.

Creo sinceramente que debe usted abandonar la idea de venir a doctrinar a los eskimales. En primer lugar necesita usted para ello despojarse de sus hábitos españoles y vestirse sayas yankis, que tal vez no le caigan bien.

Tiene usted que hacerse yanki en cuerpo y en espíritu: hablar inglés con cierta corrección, conocer la mentalidad yanki, hacerse yanki, es decir, adquirir un carácter algo frío y hacerse un poco sosa, cosas para usted tal vez imposibles de toda imposibilidad.

Luego que haya usted superado esos obstáculos insuperables, tiene que empezar a hacer lo mismo con relación a los eskimales y tiene que hacerse eskimal, es decir, tiene que adquirir una cachaza que no dice bien con su carácter vivo y tiene que pasar años enteros esforzándose por penetrar en los secretos del alma eskimal sin conseguirlo.

Como ve, no es tan hacedero, como pudiera parecer, el venir de España al Círculo Polar a convivir con monjas yankis que misionan a los eskimales. En cambio le sería relativamente fácil continuar siendo española en una Comunidad de monjas españolas Misioneras.

Cuando en tiempo de recreo les eche usted un refrán, todas se reirán y lo celebrarán. No estará usted como gallina en corral ajeno, sino como el pez en el agua. El único obstáculo que tendría usted que superar sería el hacerse japonesa, o indostánica, o chamorra, o china, o tal vez africana. Ya es eso en sí un obstáculo; pero no es más que uno; y siempre es más fácil superar un obstáculo que dos. Todas las energías que hubiera usted de emplear en hacerse yanki, las puede emplear es hacerse japonesa (pongamos por caso), y con eso andará usted doble de camino. Hay que ser prácticos a la vez que santos. Usted lleva camino de llegar a ser las dos cosas.

\* \* \*

**Lima, Perú.** *¿En qué quedamos; desapareció el montón de la izquierda o no desapareció? Porque ya llevo esperando su*

*respuesta una eternidad y no acaba de llegar.* (EL SIGLO. 1940, julio y agosto-septiembre págs. 594 y 229).

**Respuesta:** El montón de la izquierda desapareció para no volver a reaparecer jamás; pero mientras dure la guerra dudo mucho que lleguen con regularidad las mismísimas valijas diplomáticas.

Cuando amanezca el día venturoso en que se firmen las paces, entonces volverán los correos a la normalidad y nos saldrá todo a pedir de boca, No lo dude.

\*\*\*

**Mérida, Venezuela.** *Diga, Padre, ¿siguen soplando en Kotzebue aquellas tormentas famosas?* (EL SIGLO, 1939, julio, p. 178 ss. ; 1940, p. 153 ss.)

**Respuesta:** Kotzebue es sinónimo de tormenta. Van unidos como la uña y la carne.

Quevedo, que tenía inquina a los sastres, se preguntaba: "¿Cuál fue primero, la mentira o el sastre? Porque si fue primero la mentira, ¿cómo pudo haber mentira sin sastre? Y si el sastre fue primero, ¿cómo pudo haber un sastre sin mentira?"

Yo me pregunto a veces: "¿Cuál fue primero, Kotzebue o las tormentas? Etc." Ahora mismo está rugiendo una que no me ha dejado dormir en tres noches.

La nieve barrida se apelonada alrededor de los edificios hasta taponar las puertas y ventanas. El bramido rabioso del vendaval da la impresión que quiere arrancar la casa y llevársela por los aires.

Vive uno a la expectativa, digámoslo así, siempre con la duda angustiosa de si el viento arrancará la casa de raíz o si se contentará con volar el tejado. Hasta hoy no ha logrado ni lo uno ni otro. ¿Lo logrará algún día?